



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE  
MÉXICO**

---

---

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

***DE STUDIIS ET LITTERIS* DE LEONARDO  
BRUNI. ESTUDIO INTRODUCTORIO Y  
TRADUCCIÓN COMENTADA**

**TRADUCCIÓN COMENTADA**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**

**Licenciado en Letras Clásicas**

**PRESENTA :**

**César González Bernal**

**DIRECTOR DE TESIS:**

**Maestro Pedro Emilio Rivera Díaz**

**2017**

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD.MX.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice

Prólogo .....	3
I. Estudio introductorio.....	5
1. Contexto Histórico.....	5
2. Renacimiento.....	12
3. Humanismo.....	21
4. Vida y obra de Leonardo Bruni.....	31
5. De studiis et litteris .....	38
a. Ubicación temporal.....	38
b. Destinatario .....	38
c. Contenido.....	39
d. Opiniones sobre el texto .....	40
e. Relación con su propia época .....	41
f. Originalidad del texto.....	42
g. De los tratados educativos renacentistas. ....	44
II. Preámbulo a la traducción .....	46
1. La tradición del texto y sus ediciones.....	46
2. Versiones en lenguas modernas .....	47
3. Mi traducción.....	47
4. Notas .....	47
5. Estructura de la obra.....	48
III. Texto comparado .....	51
IV. Notas.....	83
Conclusiones .....	105
Bibliografía consultada.....	108

## ***De studiis et litteris* de Leonardo Bruni. Estudio introductorio y traducción comentada**

### **Prólogo**

La importancia de Leonardo Bruni (1370-1444) radica especialmente en sus traducciones del griego al latín, en su teoría sobre la traducción y en su obra histórica.

Debido a que es un autor poco estudiado de manera académica en nuestro país, e incluso en otros, resulta interesante volverse hacia él para aumentar nuestro entendimiento del Renacimiento y del antiguo mundo clásico, ya que nuestra comprensión de este último depende, en gran medida, de la visión que nos legaron los humanistas como él.

Así, he elegido traducir el *De studiis et litteris* (¿1405-1429?) de Leonardo Bruni. Se trata de una epístola dirigida a Baptista Malatesta (1383-1450), ilustre mujer del siglo XV. La carta cobra interés para nosotros porque, en ella, el autor ofrece un listado de escritores y obras indispensables para los estudiosos del mundo clásico. Por ello, identificados con el público a quien se dirige la carta, podemos servirnos del consejo y programa de estudios que propone uno de los humanistas más importantes de la historia.

Este trabajo consta de un estudio introductorio, traducción de la carta y las notas pertinentes. En el estudio introductorio comienzo con un breve repaso de acontecimientos históricos desde la caída de Roma hasta el Renacimiento florentino; luego, abordo los conceptos que los versados han dado sobre

“Humanismo” y “Renacimiento”; después, resumo la vida y obra de Bruni; finalmente, abordo la obra que nos compete en un comentario sobre ella. A esa introducción le siguen confrontados el texto latino y mi versión castellana, la única en nuestro idioma hasta donde sé. Notas a mi traducción y al latín completan el trabajo.

# I. Estudio introductorio

## 1. Contexto histórico

\*Para la confección de este breve repaso histórico, he recurrido principalmente a las páginas 28 – 89 de la obra de Hearder, debidamente consignada en la bibliografía. La falta de referencia indica, pues, el uso de esta fuente.

Después de la caída de Roma en 476 la península itálica fue dominada por los hérulos. En el 493 éstos fueron derrotados por los ostrogodos, quienes se adueñaron de Italia. En 535, los bizantinos, pretendiendo restaurar las fronteras del antiguo imperio, comenzaron una campaña para recuperar la península y en 552 vencieron al último rey ostrogodo.

Cuando de nuevo toda Italia fue parte del Imperio Bizantino, en 568, una nueva tribu germánica cruzó los Alpes: eran los lombardos, quienes para 573 ya habían conquistado todo el norte de la península y formado otros reinos en el sur. Así, tanto los bizantinos como los lombardos ostentaron amplio poder en Italia. Sicilia y el extremo sur de la bota eran posesiones bizantinas; el sur pertenecía a reinos lombardos; una franja en el centro que incluía Roma y Rávena era de los bizantinos y el norte era por completo lombardo.

En 751 la fuerza de los lombardos aumentó y éstos expulsaron a los bizantinos de su asentamiento más importante en la península itálica: Rávena. La pérdida de esta ciudad y los problemas religiosos del emperador bizantino con el papa hicieron que se formara un nuevo estado. Esta agrupación, conocida como *Estados Pontificios*, estaba conformada por los territorios de Italia central que

pertenecieron antes al Imperio Bizantino y que ahora el papa pretendía gobernar. Sin embargo, los lombardos reclamaban los territorios como suyos, ya que habían sido ellos quienes vencieron a los bizantinos.

El papa en turno, Esteban II, pidió ayuda a Pipino III, rey de los francos, que por ese tiempo se convertían en la nueva potencia de Europa Central. Pipino venció a los lombardos en dos ocasiones y en 756 ya le había asegurado el control del centro de Italia al papa. Los lombardos recuperaron fuerzas y amenazaron a los Estados Pontificios una vez más; en ese momento el papa León III pidió ayuda a Carlomagno, nuevo gobernante franco, quien derrotó nuevamente a los lombardos en 774; además, anexó los territorios del norte de Italia a su imperio y reivindicó las pertenencias papales en el centro de la península.

El norte de Italia pasó así a manos de los francos, pero Carlomagno murió en 814 y las luchas de sucesión no lograron desembocar en un poder central sólido. Por lo cual, en 843, el Imperio Franco se dividió en tres partes: el reino de los francos occidentales, medios y orientales; Italia quedó en el *Reino Franco Medio*, que sería el más débil y fugaz de los tres.

Los dirigentes francos tenían mayores pretensiones de dominar los territorios de Europa central que Italia, lo cual, aunado a que el Reino Medio no tuvo continuidad, provocó que las poblaciones de Lombardía fueran ganando autonomía con el tiempo. Tras diversos conflictos, los territorios del Reino Medio terminaron repartidos entre el Occidental y el Oriental. A partir de 962, con la coronación de Otón I como emperador, se conoce al Reino Oriental con el nombre

de *Sacro Imperio Romano Germánico* y, en ese mismo período, el norte de Italia pasa a formar parte de sus territorios.

Durante el siglo X, ya bajo el dominio germano, la población de las ciudades del norte de Italia como Milán y Florencia aumentó, debido a que los campesinos aledaños comenzaron a emigrar hacia ellas. El antes boscoso y pantanoso valle del Po tenía ahora mano de obra suficiente para ser talado, limpiado y drenado, lo que permitió más campos cultivables, de modo tal que las ciudades crecieron, la tierra subió su valor y el comercio con Alemania, Francia y medio oriente se disparó: había aparecido la clase comercial y productora burguesa (Waley, 21).

Durante la segunda mitad del siglo XI los italianos del norte disminuyeron la autoridad imperial. En las ciudades, los conflictos entre el papa y el emperador germano resultaron en la reducción de la potestad de los obispos que no volvieron a recuperar su influencia municipal por ser considerados títeres del Imperio Germano. En el campo, por su parte, los nobles que ahí tenían tierras y castillos no rendían especial obediencia al gobernante germano (Waley, 20).

Para la segunda mitad del siglo XII el emperador germano era Federico I Barbarroja, quien pretendió disminuir el poder del papa y también someter efectivamente a su imperio a las ciudades lombardas que en él se encontraban, pero que eran autónomas en la práctica. La unión de ciudades, la *Liga Lombarda*, venció al emperador en 1176; después, en 1183, se firmó la paz de Constanza en la que las ciudades aceptaban formar parte del Imperio Germano, pero con el derecho a gobernarse a sí mismas.



Para finales del XII, después de sacudirse el poder imperial y clerical, las ciudades-estado del norte de Italia ya habían tomado verdadera consistencia. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XIII, el emperador Federico II y el papa en turno tuvieron nuevamente altercados religiosos; esta vez varias ciudades de Lombardía pelearon al lado del papa y fueron derrotadas por las fuerzas imperiales de Federico en 1237 en Cortenuova. Posteriormente, en 1248, en Parma, el papa y la Liga lombarda salieron victoriosos.

Durante este período de turbulencias, el emperador arreció su potestad en el ámbito italiano, pero en 1250 su muerte terminó de dar libertad a las ciudades-estado y de eliminar el poder imperial en Italia (Mallet, 59).

Las ciudades del norte de Italia eran independientes en su gobierno y se aseguraban su propio suministro de alimentos y de materias primas; tenían territorios rurales adjuntos a su zona urbana y algunas, incluso asentamientos ultramarinos; unas eran productoras como Milán y Florencia; otras, comerciantes como Venecia y Génova. Todas sentían un singular patriotismo local (Mallett, 61).

Para el siglo XIV Milán, Florencia, Verona, Venecia y Génova, en menor medida, se habían vuelto las principales ciudades-estado, pues extendieron sus límites territoriales e incluían en su esfera de poder a otras ciudades más pequeñas.

La forma de gobierno era distinta en cada ciudad-estado: las familias preeminentes luchaban entre ellas por la hegemonía y se dividían en facciones que desunían a las comunas. En todos los casos, de distintas maneras, el grupo

de artesanos-productores y mercaderes tenía gran potestad en los asuntos públicos. Sin embargo, los peligros exteriores, como los conflictos con el papa, el emperador (dependiendo de los gustos del grupo hegemónico) u otras ciudades, ponían en relieve la devoción ciudadana y generalmente todos los grupos de poder trabajaban juntos en esas circunstancias (Mallet, 61).

Para nosotros, Florencia es de especial interés: una rica y populosa urbe que basó su economía en la producción y comercialización de una fina lana, muy solicitada en Europa central, y en la actividad bancaria. Sin duda, la gran organización de estos productores laneros y banqueros prestamistas es lo que permite el crecimiento de la ciudad. Esta organización se extiende a todos los demás dueños de medios de producción y talleres, quienes terminan organizándose en las llamadas *Artes*.

Las Artes eran sociedades de productores y la base del gobierno florentino. Tienen su antecedente en una sociedad de mercaderes de principios del siglo XII que luego se diversifica y, para el siglo XIII, da como resultado las siete Artes Mayores (de los Mercaderes, del Cambio, de por Santa María, de los Merceros, de la Lana, de los Peleteros, y de los Jueces y Notarios) y las catorce Artes Menores (lenceros y ropavejeros; zapateros; carpinteros y albañiles; herreros; carniceros; vinateros; posaderos; comerciantes de aceite, sal y quesos; curtidores; armeros; cerrajeros; soldadores; comerciantes de madera; panaderos). Hay que anotar que estas Artes estaban constituidas por los dueños y no por los trabajadores (Antonetti,33-36).

Gracias a ello, el estrato burgués de artesanos-productores, comerciantes y banqueros, tomó el control de la ciudad. El pueblo llano, los trabajadores y campesinos se quedaron sin representación real en el gobierno. Después de 1290, los nobles tuvieron que inscribirse en gremios de artesanos si querían ser escuchados y posteriormente su influencia en los asuntos públicos se debilitó cada vez más por leyes creadas (1293) por y para los burgueses. La clase burguesa, por su parte, vivía inmersa en luchas intestinas en las que cada familia procuraba su hegemonía sobre la ciudad (Antonetti, 27-28) (Romero, 24-25).

Así, el gobierno de estos burgueses tomó la forma de una república totalmente independiente. A finales del siglo XIII, la ciudad contaba con unos cien mil habitantes; su expansión hizo necesaria la construcción de una nueva muralla y de la renovación del mobiliario urbano: se rectifican, amplían y pavimentan las calles, se remodelan iglesias y plazas, comienza la construcción de la nueva catedral Santa María del Fiore y de edificios laicos como el palacio del Podestá. Junto con esta expansión urbana y tangible, la ciudad nos da también los primeros brillos de su esplendor intelectual con Dante (1265-1321) y Petrarca (1304-1374) (Antonetti, 38-40).

La primera mitad del siglo XIV transcurre con la bien lograda lucha de los florentinos por mantener su independencia del Imperio Germano y por someter a sus ciudades vecinas. Sin embargo, en 1348 la peste azota la ciudad y, aunada a una hambruna unos años antes y a la quiebra de algunas casas bancarias por malos préstamos al rey de Inglaterra, prepara las condiciones de la ciudad para el advenimiento de nuevos dirigentes. A pesar de todo eso, encontramos en esta

época las semillas del Renacimiento: Petrarca (1304-1374) y Boccaccio (1313-1375) son los primeros ejemplos para los humanistas, mientras que Francesco Landini (1325-1397) destaca en la música (Antonetti, 41-57).

Así, tras algunas luchas entre las familias burguesas, los d'Albizzi, comerciantes de lana inclinados al papado, se alzan con la hegemonía de la ciudad desde finales siglo XIV y durante las primeras décadas del XV mantendrán la ficción de democracia, pero en realidad ostentarán un poder casi monárquico. Ésta es la época de los humanistas florentinos con Coluccio Salutati (1331-1406) como primer exponente y Leonardo Bruni (1370-1444). Masaccio (1401-1429) precederá a los grandes maestros de la pintura. Brunelleschi (1377-1434) será el referente en cuanto a arquitectura y, en la escultura, Donatello (1387-1466). (Antonetti, 57-61)

Desde 1434 hasta 1494, período que constituye la edad de oro de Florencia, la hegemonía quedó en manos de los famosos Medici, comerciantes y banqueros. La ciudad en ese período fue gobernada bajo la ficción de una república con el mando de los Medici de hecho. Es ya, pues, la era del Renacimiento en todo su esplendor.

## 2. Renacimiento

El concepto de Renacimiento presenta algunos problemas importantes en su definición: su alcance se extiende a varias expresiones artísticas y, por tanto, es difícil unificar su estética; es complicado dar una periodización, ya que cada vez se extiende más su cronología y sus límites geográficos también se amplían; además, en su calidad de categoría historiográfica moderna, le atañen los ámbitos político, cultural y económico de las sociedades en las que se inscribe.

Si bien, los propios humanistas y artistas del siglo XV se supieron hombres de una nueva era y usaron los términos *risuscitare* y *rinascita* para referirse a su tiempo (Colomer, 5), fue hasta el siglo XIX que la distancia temporal permitió definir al Renacimiento como categoría historiográfica. Fueron el historiador francés Jules Michelet en el volumen VII de su *Historia de Francia* (1855) y el suizo Jacob Burckhardt en *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) los primeros en dar forma al concepto que tenemos y en ellos mismos se apoyan las impresiones generales que caracterizan el período como un tiempo de luz en contraposición a la oscuridad de la Edad Media.

Para Michelet el Renacimiento es básicamente la era del descubrimiento, del descubrimiento material y del descubrimiento del hombre por sí mismo:

La dulce palabra Renacimiento no evoca para los partidarios de la belleza más que el advenimiento de un arte nuevo y el libre florecer de la fantasía. Para el erudito supone la renovación de los estudios de la Antigüedad; para los juristas, el día que surge del confuso caos de las antiguas costumbres. Pero ¿eso es todo? (...) Dos cosas, en realidad, son propias en particular de aquellos tiempos: el descubrimiento del mundo y el descubrimiento del hombre (Michelet, p 2).

Lamentablemente no tenemos un concepto o definición de Renacimiento específico de Burckhardt. Su obra toma inspiración en la premisa de Michelet (Huizinga 2, 116 y Kaegi, XIII) y describe el Renacimiento como el resultado de varios fenómenos sucedidos en Italia, de donde se expandió a toda Europa. Para Burckhardt es el talante italiano y las condiciones históricas ocurridas en esas tierras las que dan lugar al individualismo y a la cultura superior del Renacimiento. Los procesos que menciona son seis y se tratan cada uno en un capítulo: el hecho de que en Italia el Estado llegó a la categoría de obra de arte (Burckhardt, 1); el individualismo que los protagonistas históricos italianos desarrollaron (Burckhardt, 73); la resurrección de la antigüedad clásica que ocurrió también en Italia, pero que no fue un fenómeno necesario para nuestro historiador, sino sólo matizante (Burckhardt, 95); los descubrimientos de nuevos mundos, de la belleza, del universo y del hombre mismo realizados por italianos (Burckhardt, 156); el carácter festivo de los italianos (Burckhardt, 195); y, finalmente, su moralidad y religiosidad (Burckhardt, 237). Según Burckhardt, todo esto, en un conjunto inseparable, lleva a la conformación del Renacimiento.

El inglés John Addington Symonds, que publicó su obra monumental *El Renacimiento en Italia* entre 1875 y 1886, nos dice en su prólogo que dos de sus principales fuentes fueron el séptimo tomo de la *Historia de Francia* de Michelet y *La cultura del Renacimiento en Italia* de Burckhardt y que muchas de las opiniones del suizo matizaron las suyas propias. Así, no es raro que en el primer capítulo nos diga que:

La palabra Renacimiento o renacer indica, en rigor, un movimiento natural que no puede explicarse por tal o cual característica, sino que tenemos que aceptar como un esfuerzo de la humanidad cuya hora había sonado, al cabo de un largo proceso y de cuyos progresos y avances participamos todavía nosotros. La historia del Renacimiento no es la historia de las artes, o las ciencias, o la literatura, ni siquiera la historia de las naciones. Es algo más profundo: la historia de la conquista por el espíritu humano, manifestado en las razas europeas, de la libertad consciente de sí misma. (Symonds, 12)

Y también nos ofrece el clásico contraste con la Edad Media: “Las artes y las invenciones, el conocimiento y los libros, convertidos de pronto, al advenir el Renacimiento, en elementos vitales, habían yacido durante largos siglos olvidados en esas orillas del Mar Muerto a que damos el nombre de la Edad Media” (12).

Y más opiniones en ese sentido:

Sin perder nunca de vista la verdad de que la esencia del Renacimiento es una esencia intelectual, de que el Renacimiento fue, para el mundo moderno, la emancipación de la Razón, podemos pararnos a examinar las relaciones entre el feudalismo y el movimiento renacentista. La actitud mental de la Edad Media era la de la ignorante prosternación ante los ídolos de la Iglesia, el dogma, la autoridad y el escolasticismo (13).

Llegó luego el turno de la revisión del concepto: Johan Huizinga en su *Otoño de la Edad Media* (1919) hace énfasis en la continuidad de la Edad Media, sobre todo francesa, hasta el Renacimiento:

Para ver todo esto claramente sería útil observar el orto del Renacimiento, con más detalle del que es posible en estas páginas, no en Italia, sino en aquel país que había sido el terreno más fértil para cuanto constituyó la magnífica riqueza de la auténtica cultura medieval: en Francia. Si se considera el *Quattrocento* italiano, en su confortador contraste con las postrimerías de la vida medieval en Francia, en Inglaterra o en el Imperio Alemán, se siente que este siglo es un período cultural de mesura, alegría y libertad, puro y armonioso. El conjunto de las cualidades constituye lo que se considera como Renacimiento y en ellas se ve el sello del nuevo espíritu. Pero entretanto se ha olvidado –con la inevitable parcialidad sin la cual no es posible ningún juicio histórico– que también en la Italia del *Quattrocento* seguía siendo genuinamente medieval la sólida base de la vida cultural, más aún, que hasta en los espíritus del Renacimiento están grabados los rasgos de la Edad Media mucho más profundamente de lo que es habitual figurarse. Pero en el cuadro domina el tono del Renacimiento (Huizinga 1982, 452-453).

El mismo historiador en su ensayo *El problema del Renacimiento* (1920)

pone en papel las deficiencias y lagunas del término:

Vuestro Renacimiento es como Proteo. No hay modo de que os pongáis de acuerdo acerca de ninguno de sus aspectos: acerca de cuándo comenzó y de cuándo terminó, acerca de lo que fue para él la Antigüedad, si una causa o simplemente un fenómeno concomitante, acerca de si es posible o no separar Renacimiento del Humanismo. El concepto de Renacimiento adolece de vaguedad así en cuanto al tiempo como en cuanto a la extensión, lo mismo en lo tocante a su significación que en lo atañedor a su contenido. Es un concepto confuso, incompleto y fortuito y es, al mismo tiempo, un esquema doctrinal muy peligroso, un término técnico que probablemente haya que desechar por inútil (Huizinga 1946, 102).

Más adelante y reforzando la misma idea, agrega:

El concepto del Renacimiento no es un concepto fijo, ni en cuanto a sus límites en el tiempo ni en cuanto al carácter y la esencia de los fenómenos que lo integran... Cuáles son los rasgos fundamentales en que la cultura moderna difiere de la cultura de la Edad Media. Entre esos dos campos culturales quedará enclavado el Renacimiento (Huizinga 1946, 147).

Pero sí ofrece cierta definición del término:

El Renacimiento es una época de transición. El tránsito de la Edad Media a la Época Moderna no nos brinda (¿cómo podría ser de otro modo?) la imagen de un gran viraje, sino la de una larga serie de olas que avanzan sobre una playa: cada una de ellas rompe, como las del mar, en un sitio distinto y en momento distinto. Las líneas divisorias entre lo viejo y lo nuevo discurren cada vez con trazado diferente; cada forma cultural, cada pensamiento se dirigen a su propia época y los cambios no rigen nunca con el complejo de la cultura visto en su conjunto (Huizinga 1946, 148).

Agrega explícitamente casi al final de su ensayo: “El Renacimiento no puede ser considerado como antítesis pura y simple de la Edad Media” (Huizinga 1946, 153).

Para Huizinga, el Renacimiento es una época de transición (1946, 147) entre la Modernidad y la Edad Media, por tal motivo tiene características de ambos períodos y definitivamente no es contrastante con la Edad Media.



El estudioso italiano Eugenio Garín nos ofrece en su *El Renacimiento Italiano* (1940) una compilación de testimonios de los mismos renacentistas sobre aspectos importantes del Renacimiento. En su introducción define el Renacimiento de este modo:

El Renacimiento, nacido con Cola di Rienzo y con Petrarca como un movimiento de insurrección nacional, como una lucha contra los <<bárbaros>>, cultural a la vez que política, llegó a alcanzar muy pronto un significado universal que fue desvinculándolo de sus raíces italianas para hacer de él una meta eterna para la civilización europea, e incluso mundial, luego que la nueva visión del sentido de la vida y del hombre hubiese conquistado nuevas tierras y nuevas vías (Garín, 27).

Sin embargo, el italiano es más preciso en la definición inicial del fenómeno: “un movimiento de insurrección nacional”, que en la parte final “una meta entera para la civilización europea”, ya que no aclara en qué consiste o dónde está esa meta común de los europeos.

En su libro *El Risorgimento* (1949), el filósofo marxista, periodista y lingüista italiano Antonio Gramsci, trata el tema de unificación de Italia del siglo XIX. Para ello, comienza su exposición desde la Edad Media y pasa por el Renacimiento y la Reforma.

Así, Gramsci le da un doble significado al concepto de Renacimiento, él cree que: “el Renacimiento es un movimiento de gran alcance, que se inicia después del [año] Mil, y del cual el Humanismo y el Renacimiento en sentido estricto son dos momentos concluyentes, que tuvieron en Italia su sede principal, mientras que el proceso histórico más general es europeo y no sólo italiano” (Gramsci, 25).

Para él, el Renacimiento como movimiento progresista que empieza después del año 1000 se consolida con la conformación de los estados nacionales de España, Francia, Inglaterra y Portugal y culmina con la expansión mundial de éstos. Por su parte, en Italia, este movimiento decae precisamente con el Humanismo y el Renacimiento en sentido estricto, ya que no se consolida un estado nación, ni existe una expansión mundial italiana (Gramsci, 25).

Y define lo que él llama “Renacimiento en sentido estricto” de este modo:

El Renacimiento puede ser considerado como expresión cultural de un proceso histórico en el cual se constituye en Italia una nueva clase intelectual de alcance europeo, clase que se dividió en dos ramas: una que ejerció en Italia una función cosmopolita, vinculada al Papado y de carácter reaccionario, otra que se formó en el extranjero, con los exiliados políticos y religiosos y que ejerció una función cosmopolita progresiva en los diversos países en que se estableció, o participó en la organización de los Estados modernos como elemento técnico en las milicias, en la política, en la ingeniería, etcétera (Gramsci, 28).

En *La civilización del Renacimiento* (1967) el historiador francés Jean Delumeau se alinea a la opinión burckhardtiana de que el regreso a la antigüedad clásica no es un elemento indispensable ni definitorio del Renacimiento:

El Renacimiento gustó siempre de los caminos indirectos. Por esta razón el retorno a la Antigüedad sigue aún engañando a hombres bien intencionados que pretenden juzgar la época de Leonardo en función del referido hecho y le reprochan su adscripción a un pasado completamente caduco... El Renacimiento, aficionado a los <<emblemas>> y criptogramas, disimuló su profunda originalidad y su deseo de cosas nuevas tras ese jeroglífico engañoso: la falsa imagen de un retorno al pasado (Delumeau, 21).

Para el francés, el Renacimiento es avance y técnica: “Nunca en el pasado de la humanidad fueron puestos a punto tantos inventos en tan corto lapso de tiempo. Pues el Renacimiento fue principalmente progreso técnico, dando al hombre de Occidente más dominio sobre un mundo mejor conocido” (Delumeau, 21).

Y nos ofrece su rotunda definición de Renacimiento:

Pero quede bien entendido que la palabra <<Renacimiento>> no puede ya conservar su sentido original. Dentro del marco de una historia total, significa, y sólo puede significar *la promoción de Occidente en la época en que la civilización de Europa se distancia de manera decisiva de las civilizaciones paralelas*. En tiempos de las primeras Cruzadas, la técnica y la cultura de los árabes y de los chinos igualaban e incluso superaban las de los occidentales. En 1600 ya no sucedía así (Delaumeau, 18).

En *El Renacimiento* (1987), el historiador inglés Peter Burke pone en entredicho varios fenómenos que se suponen propios del período y los liga con la Edad Media; además, se aleja y revisa el sentido burckhardtiano del término *Renacimiento*. Él cree que el Renacimiento tal como lo concibió Burckhardt es un mito en sentido doble:

cuando los historiadores profesionales aluden a los <<mitos>>, por lo general, se refieren a relatos del pasado que se pueden considerar como falsos o en cierta manera engañosos. En el caso de la descripción que Burckhardt hace del Renacimiento, los historiadores ponen en tela de juicio, por exagerados, los espectaculares contrastes que el autor señala entre el Renacimiento y la Edad Media, y entre Italia y el resto de Europa, ya que tales contrastes se producen por no haber tenido en cuenta las diversas innovaciones que se realizaron durante la Edad Media, la pervivencia de las actitudes tradicionales en el siglo XVI e incluso más tarde, ni tampoco el interés de los italianos por la pintura y por la música de los Países Bajos. (Burke, 8)

En cuanto al otro sentido de mito para el Renacimiento nos dice:

Un mito es un relato simbólico que narra las vicisitudes de unos personajes sobrehumanos (por su excelsitud o por su mezquinidad); es un relato moral, y para ser exactos, un relato sobre el pasado cuya función es la de explicar o justificar algunos aspectos de la realidad actual. El Renacimiento de Burckhardt es también mito en este sentido. Los personajes de su relato –bien sean héroes como Alberti y Miguel Ángel, o villanos como los Borgia– son todos ellos sobrehumanos. Y ese mismo relato explica y justifica a la vez el mundo moderno. Es un relato simbólico, en el sentido que describe un cambio cultural utilizando las metáforas que no son puramente decorativas, sino un elemento esencial de la interpretación de Burckhardt. (Burke, 9)

En su ensayo, Burke pone en relieve la continuidad con la Edad Media y el carácter medieval de los renacentistas, la deuda con la antigüedad clásica y los

fenómenos renacentistas fuera de Italia. Al final, concluye que el Renacimiento fue un “movimiento” más que un “período”:

En este ensayo hemos definido el Renacimiento de una manera más restringida que la de Burckhardt y, empleando la útil distinción de Gombrich, lo hemos considerado un <<movimiento>> y no un <<período>>. E incluso al caracterizarlo como movimiento, lo hemos limitado de manera bastante estricta, resaltando (excepto en el caso de la pintura) el intento de revivir la Antigüedad más que otro tipo de cambios culturales de lo que se han ocupado Burckhardt y otros historiadores. Estas limitaciones son deliberadas, y por una buena razón: un ensayo breve como éste, que se ocupa de tan diversos aspectos del conocimiento y de las artes en tantos países europeos, resultaría intolerablemente vago si careciese de un tema de análisis bien delimitado. Todavía más importante es el hecho de que casi todas las otras características que se atribuyen al Renacimiento pueden encontrarse también en la Edad Media, época con la que se suele contraponer. Y sucede que esta simple oposición binaria entre la Edad Media y el Renacimiento, tan útil a efectos explicativos, es en muchos aspectos errónea (Burke, 97).

Aquí, es útil señalar el énfasis que Burke pone en la palabra “intento” a lo largo de su ensayo. Hace evidente que los esfuerzos de revivir la antigüedad se quedaron en intento sin que la tradición clásica fuera restituida efectivamente, sino que convivió y se mezcló con muchos usos y costumbres medievales, así como modernas.

Así tenemos que para Michelet el Renacimiento fue el descubrimiento del mundo y del hombre; para Burckhardt, un conjunto de fenómenos italianos de los que destaca el individualismo de ese pueblo; para Symonds, la conquista de la libertad por los europeos; para Huizinga, una etapa de transición entre la Edad Media y la Modernidad; para Garín, un movimiento de insurrección italiano que luego se vuelve europeo y universal; para Gramsci, el proceso por el que se consolida una nueva clase intelectual italiana en Italia y en toda Europa; para Delumeau, la promoción que desemboca en la hegemonía europea; para Burke, el movimiento que intenta revivir la antigüedad.

Y, aunque se ha reducido el marcado contraste entre Edad Media y Renacimiento, seguimos reconociendo que son períodos aparte. Ahí radica el problema de su definición y conceptualización. ¿Qué hace que el Renacimiento sea tal cosa? ¿Cuál es el espíritu de su identidad? Mientras los historiadores llegan a un acuerdo, no nos queda más que definir al Renacimiento como el período de la historia europea que abarca los siglos XV y XVI de nuestra Era, durante el cual el hombre europeo reconoció la importancia de la antigüedad romana (también griega y de otras culturas) y la recuperó como paradigma, secularizó en gran medida el pensamiento y la hegemonía católica se vio disminuida, adquirió la conciencia histórica moderna y exploró los continentes de Asia y América.

No podemos ahondar en cuál de estos fenómenos es el definitorio de la época; ni en qué tan adentro de la Edad Media se encuentran sus raíces; ni tampoco en si uno de ellos es consecuencia de otro, porque todo ello sobrepasa los alcances de esta investigación. Sólo podemos inscribirlos en el marco del Renacimiento, período en el que vivió y escribió Leonardo Bruni.

### 3. Humanismo

En primer lugar, debemos tener presente que *Humanismo* es un vocablo polisémico, cuya interpretación varía por los contextos en los que se inserta. Su amplio rango de significados lo ha equiparado a los conceptos de *humanitarismo*, *piEDAD*, *antropocentrismo* e, incluso, hace referencia a los estudios académicos actuales de sesgo literario y filosófico (González 47-48). Tan es así que el DLE refleja toda esta polisemia en las acepciones que consigna bajo esta entrada. Siguiendo este mismo diccionario, nos enfocaremos aquí en la segunda acepción: “2. m. Movimiento renacentista que propugna el retorno a la cultura grecolatina como medio de restaurar los valores humanos”, que frecuentemente se ha dado por designar como *Humanismo Renacentista*, para distinguirlo de los otros usos.

El término *Humanismo* fue acuñado por el teólogo y filósofo alemán F. J. Niethammer (1766-1848) en el siglo XIX; designaba la educación en la tradición clásica, el gusto por su literatura y la exaltación de los valores que en ella se encuentran. Esta palabra sirvió para contrastar tal formación con la educación de carácter técnico y científico que coexistía en aquellos tiempos (Burke, 27) (Mann, 20) (Santidrián, 14).

A su vez, el sustantivo Humanismo se deriva de la palabra *umanista*, con la que ya desde el siglo XV se distinguía a los estudiosos del latín, el griego, la literatura clásica, la retórica, la historia antigua y la filosofía moral pagana (González 47). Se llamaban *humanistas* debido a que recogieron y cultivaron el currículum que creían más cercano al antiguo ideal de la *humanitas* romana (Burke, 27).

Con la palabra latina *humanitas* los autores clásicos designaban a la formación y cultura que debía recibir todo hombre que buscara cierta distinción y notabilidad; era un ideal educativo que personajes como Cicerón habían tomado de la antigua *paideia* griega: la pretensión de conjugar las cualidades que hacían verdaderamente humano al hombre (Puledda, 23) (Mann, 19).

Así pues, en primer lugar, es importante señalar que *Humanismo* es de sí un término retrospectivo y más o menos moderno que no usaron los primeros filólogos del siglo XIV y, por lo tanto, no precisaron ni caracterizaron. Ahí yace en gran medida el problema de su definición y la abundancia de diferencias en sus representantes.

De cualquier modo, presentaremos algunas de las maneras con las que se ha intentado definir este término.

Tras la desintegración del imperio Romano, las formas y las prioridades en la educación cambiaron. La ascensión y estabilización de los reinos germanos y la hegemonía del catolicismo fueron factores de gran importancia. Así, durante la Edad Media, la teología, la escolástica, la lógica, el aristotelismo, la filosofía natural, entre otras disciplinas, acapararon las mentes de los estudiosos y eruditos (Burke, 30).

Aunque los esfuerzos se dirigieron a otras disciplinas y tradiciones de conocimiento, el regreso a las formas romanas tuvo defensores por lo menos desde el siglo VIII. En el llamado Renacimiento Carolingio, entre los siglos VIII y IX, destacan Alcuino de York (c. 735 – 804) y Erico de Auxerre (841 – 876), pero la

desintegración de Imperio Franco no permitió la consolidación de esta tradición clasicista (Mann, 21-23).

El llamado Renacimiento del siglo XII tuvo lugar en Francia. Digno representante de este movimiento es Juan de Salisbury (c. 1120 – 1180) que logró un gran conocimiento de la literatura clásica, pero no la erudición exhibida más tarde por los humanistas en sentido estricto (Mann, 23-24).

Pasamos ahora a la Italia trecentista de las comunas y las ciudades-estado, donde la ciencia jurídica que estudiaba principalmente el *Digesto* y el *Código* de Justiniano formó a varios eruditos que luego se interesaron por las demás expresiones literarias latinas. En Padua son dignos de mención el notario y juez Lovato Lovati (c. 1240 – 1309) y su discípulo Albertino Mussato (1261 – 1329); en Verona, Giovanni Mansionario (c. 1260 – 1337) y Benzo d'Alessandria (c. 1250 – 1329) (Mann, 25-28).

Pero el centro más importante fue Aviñón, no por la abundancia de representantes, sino por la calidad de uno en especial: ahí fue donde Francesco Petrarca (1304 – 1374) ejerció su ministerio humanista. Al ser esta ciudad sede papal, tenía una biblioteca privilegiada que Petrarca aprovechó para iniciar la filología propiamente dicha. Él recolectó manuscritos con los que cotejó, enmendó y anotó muchos textos clásicos, entre los que destacan las obras de Virgilio, de Tito Livio y de Cicerón. Su conocimiento de la literatura latina devino también en un conocimiento sin igual de la historia romana. Su erudición general le permitió arbitrar controversias en materia clásica y desmentir algunos equívocos tomados



largo tiempo por verdades; aunque también su opinión fue errónea algunas veces. Escribió obras notables en latín al estilo antiguo como su épica *Africa* y su colección de *Carmina* y *Epistolae*, e incluso se inmiscuyó en el breve proyecto del romano Cola di Rienzo (1313 – 1354) que pretendía unificar Italia y restaurar la antigua grandeza imperial romana; sin embargo, dicho intento no se completó (Mann, 28-39).

De este modo, Petrarca aglutinó en su persona todos los intereses heredados al movimiento humanista y después de él ya podemos hablar de *Humanismo*. Faltará agregar el gusto por la filosofía, sobre todo por la platónica que no cultivó Petrarca y, de la mano de ella, el estudio del griego en el que tampoco participó a fondo (Mann, 35-37). Estos rasgos se completan en la generación florentina posterior de humanistas, entre quienes se cuentan Coluccio Salutati (1331 – 1437), Niccolò Niccoli (1364 – 1437), Pier Paolo Vergerio (1368 – 1444), Leonardo Bruni (1370 – 1444), Poggio Bracciolini (1380 – 1459), Marsilio Ficino (1433 – 1499) y Angelo Poliziano (1454 -1494). Hay que añadir a éstos a León Battista Alberti (1404 -1472) de Génova, a Lorenzo Valla (1407 – 1457) de Roma, a Giovanni Pontano (1426 – 1503) de Perugia y a Giovanni Pico (1463 – 1494) de Ferrara y (Morrás, 14).

Así, entre las características del Humanismo renacentista encontramos principalmente la admiración por lo clásico, la necesidad de encontrar y enmendar textos clásicos, y la producción de obras originales que los imitan (Mann, 26).

Es importante señalar la contextualización histórica que los humanistas hicieron de la antigüedad. Tal cuidado benefició el entendimiento de los clásicos, ya que los estudiosos de esa época eran más conscientes que los medievales de su propia lejanía y diferencias con la civilización clásicas (Burke, 37) (Puledda, 22). Así, los humanistas voltearon a la literatura clásica con renovado entusiasmo y de manera más crítica que sus antecesores. Gracias a ello adquirieron una nueva interpretación y perspectiva de los textos latinos ya consagrados y conocidos y mejoraron las traducciones al latín de los textos griegos (Burke, 30-32). Los humanistas recuperaron, pues, el pasado clásico en su efectiva realidad histórica (Colomer, 10).

Si la conciencia histórica jugó un papel determinante en la admiración de los humanistas por lo clásico y en su técnica para interpretar textos; la *imitatio* fue el metro con el que juzgaron y confeccionaron su obra. La *imitatio* era el término con el que los autores latinos clásicos se referían a la utilización de modelos, sobre todo griegos, en la tarea de conformar su propia literatura. Así que la *imitatio* es una vuelta a lo clásico tanto en su concepto como en sus resultados. De este modo, los humanistas usaron la *imitatio* para producir literatura nueva bajo los moldes clásicos de la poesía épica y lírica, la historia, el género epistolar, etc.

La *imitatio* en los humanistas, al igual que en los latinos, no es mero remedo de sus modelos, es, sobre todo, asimilación y apropiación de los paradigmas para lograr, en la medida de lo posible, una mejora (Burke, 35). Aunque algunos humanistas como Angelo Poliziano (1454 – 1494) defendían la idea de que había que guardar cierta distancia con el modelo para no caer en esa

categoría de “remedos” (Burke, 35), había otros como Ficino (1433 - 1499) quien de hecho intentó aparecer como un Platón redivivo (Garin, 26).

Dos características del Humanismo ampliamente discutidas son el paganismo y la actividad política de sus representantes. Con respecto al primero, es ya casi acuerdo común entre los académicos que el paganismo era más bien ficticio o literario; ya que, en la vida cotidiana, los humanistas eran cristianos. La sospecha de paganismo pudo derivarse de algunas formas latinas puristas que estos autores usaron para describir el mundo o simplemente se trataba de simulaciones histriónicas para acercarse a los modos y costumbres antiguas. Pero más que renegar de la cristiandad y abrazar la antigua religión politeísta, estos intelectuales jugaron un papel conciliador entre el cristianismo y el pensamiento antiguo: pusieron en relieve la importancia de la filosofía pagana y demostraron que no había contrariedad con el cristianismo (Burke, 39-41) (Puledda, 29) (Santidrián, 15).

Con respecto a la actividad política de los humanistas no hay regla. Los primeros representantes italianos tenían, en general, una vida política más activa, y desempeñaban cargos públicos, por ejemplo: Leonardo Bruni fue canciller de Florencia. Esto es quizá por dos razones: la primera es la necesidad natural de política que tienen las ciudades-estado como en las que vivieron los iniciales exponentes; la segunda es que ellos eran más cercanos al ideal de restauración romana que propone el Humanismo en sus comienzos y vieron el camino para lograrlo en la imitación de estadistas como Cicerón.

Conforme avanzamos en el tiempo y el Humanismo expande sus fronteras más allá de las ciudades-estado italianas, vemos que ese ideal o imitación política disminuye. Así, tenemos al francés Charles de Bouelles (c. 1475 – 1566) presentándonos al intelectual de vida contemplativa y no activa en lo más alto de los cuatro niveles de existencia que él mismo propone: existir, como una roca; vivir, como una planta; sentir, como un hombre y entender, como un sabio (entender corresponde a la vida contemplativa). Así mismo podemos mencionar a Erasmo de Róterdam (1466 – 1536) quien prefirió la vida contemplativa alejado incluso de la academia. Sin embargo, está también Sir Tomás Moro (1478 – 1535) de quien sabemos que tuvo una activa vida política con cargos públicos en tierras anglosajonas (Burke, 28-29) (Puledda, 22-23).

Así, partiendo de estas características se ha intentado definir al Humanismo de varias maneras. Por ejemplo, hay quienes han visto su esencia en la importancia y reivindicación del hombre:

Si una finalidad permite definir el contenido del denominado Humanismo, ésta es la organización de un cuerpo teórico que justifique y cobije el poder del hombre. El movimiento humanista dista mucho de ser una escuela filosófica en un sentido restringido, ni aún la gran hegemonía del platonismo permite catalogarlo de esta manera. Más bien se trata de un movimiento cultural-moral, esencialmente literario que postula el abandono de la escatología y la teología medievales para defender una visión nueva de la vida humana. Sólo en una primera instancia el Humanismo se presenta como un programa de educación clásica, basado en los ideales de la antigüedad. Su objetivo, considerado en profundidad, es más ambicioso: impulsar las bases civilizatorias que den firmeza a la individualidad del hombre (Argullos, 87).

[El Humanismo] fue un movimiento que buscaba mediante la enseñanza de las humanidades –*studia humanitatis*: gramática, retórica, historia, poesía, filosofía, etc.– el cultivo de las facultades del hombre (Santidrián, 14).

Otros han visto la esencia del Humanismo en el ideal de restitución de la latinidad en mayor o menor grado:

El Humanismo es aquel desvelo por el legado de la Antigüedad –el literario en especial, pero no exclusivamente– que caracteriza la tarea de los estudiosos por lo menos desde el siglo IX en adelante. Por encima de todo, supone el redescubrimiento y el estudio de las obras de los clásicos grecolatinos, la restitución e interpretación de sus textos y la asimilación de las ideas y valores que contienen (Mann, 20).

Al principio, el Humanismo se manifiesta sobre todo como un fenómeno literario que apunta al redescubrimiento de la cultura clásica... Pero la cultura del Humanismo no se reduce a una imitación artificial de los modelos del pasado... Para la cultura del Humanismo, imitar a los antiguos significa sobre todo educar a los hombres nuevos como lo hacían los antiguos, cultivando las “virtudes” que ellos habían demostrado poseer y que habían expresado en la vida civil. Sólo con hombres así formados habría sido posible renovar verdaderamente la sociedad humana (Puledda, 21,23).

El Humanismo renacentista no se define sólo por el amor y el estudio de la sabiduría clásica, sino por su voluntad de restaurarla en su forma auténtica, de entenderla en su realidad histórica (Colomer, 10).

Otros han visto la esencia del Humanismo en el legado de Petrarca: “El Humanismo no fue en buena medida sino el proceso de transmisión, desarrollo y revisión del legado de Petrarca” (Morrás, 14).

Así, parece que el Humanismo puede definirse básicamente desde tres puntos de vista: desde el antropocentrismo que contrasta las anteriores preocupaciones teológicas con las nuevas, centradas en el hombre; desde la intención de restituir las formas de educación romanas, su sistema de valores y en general la latinidad; y, por último, desde la transmisión erudita y filológica que comienza con Petrarca. Definiciones que, en mi opinión, no se contraponen.

El Humanismo es, pues, al mismo tiempo, un ideal y un quehacer (Santidrián, 16). El antropocentrismo y la restitución de la latinidad representan un ideal, una meta de los humanistas. Son ideales, ya que ninguno de los dos se realizó de un modo completo y efectivo. En cuanto al antropocentrismo sabemos que, durante el Renacimiento, las ideas de renovación como ésta convivieron con

las tradiciones conservadoras medievales; así, el punto de vista que ponía énfasis en el hombre siguió conviviendo con el pensamiento teológico de grandes figuras como Ignacio de Loyola. El énfasis en el hombre no fue, de ningún modo, general.

La restitución de la latinidad fracasó en su etapa más temprana y radical que estuvo representada por el deseo de Petrarca y de Cola di Rienzo de reestablecer la República Romana. Después de ello, esta “restitución de la latinidad” se convirtió en el deseo de traer de nuevo a uso las formas de educación y los valores romanos que se encuentran en la literatura clásica. Esta segunda etapa es también idealista, pues, al igual que el antropocentrismo, convivió con las formas de educación y los valores medievales.

Francisco Rico nos ofrece una metáfora al respecto:

[El Humanismo] fue un sueño, porque vislumbró el trazado de la ciudad ideal, pero le faltaron piedras y herramientas para construirla... Fue un sueño, porque los medios no bastaban para alcanzar el fin: el proyecto [de alumbrar una nueva civilización haciendo renacer la Antigüedad] sólo valía sobre el papel de los planos (Rico, 19).

Por su parte, la transmisión filológica y la producción erudita y literaria que legó Petrarca es un quehacer. Es, pues, la actividad en la que se materializan y plasman los ideales humanistas.

Creo que las tres formas de ver el Humanismo son correctas, pero incompletas por sí mismas. Si las vemos en su conjunto, podríamos caracterizar mejor al Humanismo y ofrecer una definición que no resulta contradictoria: El Humanismo es el ideal antropocentrista y de restitución de la latinidad (al menos en primer momento) que se manifiesta en el quehacer filológico y en la producción

literaria que sigue los estándares legados por Petrarca en el siglo XIV. Se distingue por la admiración de la antigüedad y la necesidad de sus representantes de encontrar, enmendar e imitar textos clásicos; todo ello matizado por una profunda conciencia histórica y con la guía de la *imitatio*.

#### **4. Vida y obra de Leonardo Bruni**

Leonardo di Francesco Bruni nació en Arezzo cerca de 1370. Hijo de una familia acomodada, sus padres fueron Francesco y Bruna Bruni.

En Arezzo realizó sus primeros estudios y cerca de 1395 se trasladó a Florencia donde comenzaría una formación jurídica que relegaría después en favor de las letras, guiado por el entonces canciller de Florencia Coluccio Salutati (1331 – 1406). Con la dirección de Giovanni Malpaghini (1346 – 1417), otro humanista discípulo de Petrarca, se instruyó en el arte gramática y retórica. Se inició luego en el estudio de la lengua helena bajo la tutela del erudito griego Manuel Crisoloras, de 1397 a 1400.

En 1405 viaja a Roma, recomendado por el propio Salutati, para competir con Iacopo Angeli da Scarperia (c. 1360 – c. 1410) por el puesto de secretario apostólico del papa Inocencio VII. Bruni se queda con el puesto y desde entonces será secretario apostólico de Inocencio VII, Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII, y viajará itinerantemente a donde se establezcan sus santos jefes, debido a las convulsiones eclesiásticas de la época.

El 29 de diciembre de 1410, Bruni acepta el cargo de Canciller de la República de Florencia y renuncia a la secretaría apostólica; sin embargo, su nuevo puesto duraría poco, ya que, a mediados de 1411, renunciaría ahora a la cancillería para regresar a la curia de Juan XXIII.



Mientras desempeñaba todavía su cargo con Juan XXIII, contrae matrimonio en Arezzo con Tomasa, hija de Simone della Fioraia, en febrero de 1412 y a finales de ese año nace su hijo, Donato, en Roma.

En mayo de 1415 Juan XXIII es depuesto y se disuelve su curia; así, Leonardo Bruni regresa a Florencia definitivamente. Ahí se dedica a los estudios y en ese año comienza a escribir su magna obra, *Historiarum Florentini populi libri XII*. El 26 de junio de 1416 le es concedida la ciudadanía florentina, principalmente por sus servicios como historiador. Aproximadamente de 1415 hasta 1420, Leonardo dedicó su tiempo a la actividad literaria; sin embargo, entre 1419 y 1420 también prestó servicio al papa Martín V durante su estancia en Florencia.

A partir de 1421, debido a las agitaciones internas de Florencia y a la guerra que la ciudad-estado entabló con Milán, la actividad política de Leonardo aumenta. En este sentido, formó parte varias veces del consejo de guerra florentino de Los Diez y en 1426 viajó como delegado a Roma ante el papa Martín V para convencerlo de que interviniera en el conflicto entre Milán y las aliadas Venecia y Florencia. Como resultado de sus acciones políticas, fue elegido en 1427 Canciller de la República por segunda vez, pero ahora ostentaría este cargo hasta su muerte.

Además del consejo de Los Diez, sirvió también en el de Las *Tratte*, órgano que regulaba los intercambios comerciales, y fue incluso uno de los *Priori* en la Señoría de Florencia. El 7 de febrero de 1439 recibe la ciudadanía extendida para todos sus descendientes que además los eximía de pagar impuestos.

Su paso por la cancillería y las reformas que llevó a cabo supusieron cierto detrimento de la organización comunal de Florencia y allanaron el camino para el ascenso de los Medici.

Murió el 8 de marzo 1444 en Florencia donde le rindieron grandes honores en su funeral. El arquitecto Bernardo Rossellino diseñó y esculpió su mausoleo en la iglesia de la Santa Croce (Jiménez 2009, 45-56).

Bruni fue un autor sumamente prolífico y muy leído en su época, por lo que tenemos varias ediciones, manuscritos e, incluso, traducciones a lenguas vernáculas de sus trabajos originales. (Jiménez 2011, 181-182) Su fama fue mucho más allá de Florencia e indudablemente fue el hombre de letras más conocido de su tiempo, han llegado hasta nuestra época unos 3200 manuscritos con sus obras y contamos con unas 200 ediciones procedentes del siglo XV (Grendler, 302).

Su obra, extensa y variada, se puede dividir en: trabajos originales, cartas y traducciones. De sus tratados tenemos la edición, no crítica, de Paolo Vitti de 1996, *Opere letterarie e politiche*; de sus cartas, la edición consagrada es *Epistularum libri VIII*, realizada por Lorenzo Mehus en 1741; de sus traducciones no conocemos algún compendio, pero como los prólogos a éstas son de interés traductológico, algunos se encuentran, junto con otros trabajos, en la obra de Hans Baron de 1922 *Humanistisch–Philosophische Schriften mit einer Chronologie seiner Werke und Briefe* (Jiménez 2009, 35).

El investigador James Hankins nos ofrece un listado dividido en cuatro períodos del proceso de creación y publicación de las obras originales y traducciones de Bruni; a continuación, presento las obras y las fechas aproximadas de término o publicación de los trabajos que el investigador sugiere.

Primer período: Florencia y sus años en la curia papal (1400-1415)

- Traducción de *Ad adolescentes* de san Basilio (1400/03)
- Traducción del *Hierón* (1401/3) y la *Apología* (1407) de Jenofonte
- Traducción del *Fedón*, *Critón*, *Apología* y *Gorgias* de Platón (1404 - 1409)
- *Laudatio florentine urbis* (1404)
- *Dialogi ad Petrum Histrum* (1404 - 5)
- *Oratio in funere Othonis* (1405)
- Traducción de siete discursos de Demóstenes y Esquines (1406 - 1412)
- Traducción de cinco *Vidas* de Plutarco (1405 - 1412)
- *Oratio Heliogabali* (1408)
- *Epistula ad magnum principem imperatorem* (1413)
- *Cicero novus* (1413)

Segundo período: Retiro literario en Florencia (1415-1427)

- *Historia del pueblo florentino*, Libros I - VI (1416 - 28)
- Traducción de la *Ética* de Aristóteles (acabado 1416/17, dedicado 1417/20)
- *Oratio in hypocritas* (1417)
- *Oratio pro se ipso ad praesides* (1417/31)
- *De origine Mantuae* (27 de mayo de 1418)

- Traducción de la *Economía* de Aristóteles, con comentario de Bruni (1420)
- *De militia* (publicada 14 diciembre de 1421)
- *De primo bello punico libri III* (publicado antes del 31 de enero de 1422)
- Traducción de fragmentos de la *Ilíada* de Homero, *Orationes tres ex Iliade* (1422/24)
- *De studiis et litteris* (1422/26)
- *Invectiva in nebulonem maledicum* (1424)
- Traducción de un fragmento del *Phaedrus* (1424)
- Publica segundas versiones del *Critón* y la *Apología* de Platón (primavera de 1424 / junio de 1427)
- *Isagogicon moralis disciplinae* (diciembre de 1424 / verano de 1426)
- *De interpretatione recta* (1424/26?)

Tercer período: Primeros años de la cancillería (1 de diciembre de 1427 – 27 de octubre de 1437)

- Traducción de *Epistulae* de Platón (dedicación: 1 de diciembre de 1427/ 26 de agosto de 1434)
- *Oratio in funere Nanni Strozzae* (finales de 1427 / junio de 1428)
- *Vita Aristotelis* (1430)
- Traducción de un discurso del *Banquete* de Platón (1435?)
- *Vite di Dante e del Petrarca* (Mayo de 1436)
- *Fabula Tancredi* (15 de enero de 1437)
- *Novella di Antioco* (15 de enero de 1437)

(Hankins, 6-7)

Cuarto período: Años finales de la cancillería (1437- 1443)

- *Praemissio quaedam ad evidentiam novae translationis Politicorum* (1 de marzo de 1437)
- Traducción de la *Política* de Aristóteles publicada con dedicación a Eugenio IV (segunda mitad de 1438)
- Libros 7-9 de la *Historia del pueblo florentino* presentados a la *Signoria* (6 de febrero de 1439)
- Traducción de un fragmento del *Pluto* de Aristófanes vv. 1-270 (1439/1440)
- *Περὶ τῆς τῶν Φλωρεντίνων πολιτείας* (inicios de 1439)
- *Commentaria rerum graecarum* (antes del 25 de diciembre de 1439)
- *Cartas familiares* publicadas en ocho libros (primera mitad de 1440)
- *Memorias* (agosto de 1440 – junio de 1441)
- *De bello Italico adversus Gothos libri IV* publicada (diciembre de 1441)
- Libros 10-12 de la *Historia* publicados (otoño de 1441 – septiembre de 1442)
- *Oratio coram Alphonso Aragonum rege* (1 de diciembre de 1442)
- *Risposta agli ambasciatori del Re d'Aragona* (noviembre de 1443)

(Hankins, 33)

Sus traducciones al latín más importantes y difundidas fueron la *Ética* y la *Política* de Aristóteles; siguiendo a éstas muy de cerca, la *Epistula ad adolescentes* de san Basilio, ya que sirvió como apología del estudio de la literatura pagana (Grendler, 303).

De sus obras originales, las más importantes y conocidas son su *Historiarum Florentini populi libri XII*, su *De interpretatione recta*, y su *Isagogicon moralis disciplinae*. La *Historiarum Florentini* narra la historia de Florencia desde el siglo I a. C. hasta la muerte de Gian Galeazzo Visconti de Milán en 1402, tiene como modelo las obras de Tácito y Livio; es el culmen de la obra histórica de Bruni y claro ejemplo de por qué se le considera padre de la historiografía moderna (Grendler, 303-304); sin embargo, no contamos con una versión moderna al castellano. El *Isagogicon* es un tratado pedagógico en forma de diálogo que pretende presentar una historia de la ética, cuyas principales fuentes son Aristóteles y Cicerón (Jiménez 2009, 139); sin embargo, tampoco tenemos una versión castellana moderna. En su *De interpretatione recta*, vierte sus ideas sobre traducción y da especial importancia a imitar el estilo del autor original, es quizá su trabajo más conocido; de éste sí contamos con una versión castellana moderna (1995) (Pérez, 200).

Finalmente, tenemos el *De studiis et litteris*, la obra que nos compete.

## 5. De studiis et litteris

Los números entre corchetes indican siempre el párrafo dentro del *De studiis et litteris*.

### a. Ubicación temporal

El texto que nos compete es un opúsculo, cuya fecha de redacción es incierta. El rango temporal en el que Virginia Cox ubica el *De studiis et litteris* es muy amplio y va del 1405 al 1429 (Cox, 47); James Hankins, por su parte, limita esa posibilidad a alguna fecha entre 1422 y 1426, con toda seguridad durante la larga estadía de Bruni en Florencia, después de sus secretarías papales (Hankins, 7).

### b. Destinatario

Comúnmente es aceptado que la pequeña obra está dedicada a Baptista de Malatesta (c. 1383 -1450), una noble italiana hija de Antonio II da Montefeltro (1348-1404), conde de Urbino. En 1405 Baptista se casó con Galeazzo Malatesta (1385–1461), heredero al señorío de Pesaro que además era un conocido condotiero (es decir, un líder de mercenarios). En 1429 Galeazzo toma el gobierno de Pesaro, pero debido a su mal desempeño es destituido por una rebelión en 1431. Galeazzo se refugia en Venecia y Baptista regresa a su natal Urbino. Baptista vivió entonces como viuda y permaneció como hermana de la orden franciscana de Santa Clara. Murió en 1450 (Woodward, 119-120) (Cannon, 7-8).

Desde antes de su matrimonio, Baptista tuvo gusto por los clásicos, pero fue al lado de su suegro Malatesta III (1370 – 1429), conocido como Malatesta dei Sonetti, que cultivó las letras en mayor medida. (Woodward, 119-120) (Cannon, 7-8). Entre su obra, resulta de especial mención la salutación en latín que pronunció al emperador Segismundo en 1433, cuando éste pasaba por Urbino de camino a su coronación, obra que conservamos (Cox, 73).

Cox ofrece la posibilidad de que, si el tratado hubiera redactado en fechas más avanzadas, haya sido dedicado a Elizabetta, hija de Baptista. (Cox, 48)

### **c. Contenido**

En el texto, Bruni básicamente defiende la idea de que, para obtener una erudición completa, el aspirante a erudito debe procurarse conocimiento general para tener de qué escribir [13-28] y un buen estilo de escritura para poder verter su pensamiento [4-12]. Se trata, pues, de procurar tanto el fondo como la forma, pero no en un texto en particular, sino en toda la producción literaria de una persona.

A lo largo del tratado, Bruni también comparte con Baptista el índice de autores que, a su parecer, serán buenas guías para adquirir ese fondo y forma deseados.

Podemos así encontrar una selección de autores bastante familiar en términos contemporáneos, si tenemos en cuenta que la obra es producto del Humanismo temprano. Se trata, en todos los ejemplos, de autores también consagrados para nosotros. En este sentido resulta aún más contemporánea la



inclusión de autores helenos, a quienes los primeros humanistas no pudieron apreciar por su falta de conocimiento del griego. Además de Aristóteles, en nuestro texto figura también Platón, el autor griego del Renacimiento por antonomasia, junto a Homero y algunos padres griegos de la Iglesia.

#### **d. Opiniones sobre el texto**

Sobre el texto, ha llamado la atención el hecho de que esté dedicado a una mujer, ya que se podría suponer que por esta razón haya reservas o preferencias en los autores y temas propuestos. William Harrison Woodward, por ejemplo, cree que la importancia del tratado radica en que éste da fe del interés que tenían las mujeres cultas de la Italia renacentista por los estudios clásicos. Además, según él, Bruni hace girar su programa de estudios en torno de la religión y la moral, por tratarse de una mujer (Woodward,119).

Virginia Cox, por su parte, defiende que el asunto del destinatario no representa un problema, pues las recomendaciones vertidas no están disminuidas a causa de que la destinataria sea mujer. En su artículo, Cox se centra sobre todo en el párrafo [14] del tratado; para la autora contemporánea, los comentarios que hace Bruni acerca de la inutilidad de la retórica para la mujer son irónicos y no literales (Cox 48-75).

Tras la lectura y traducción de la obra, nos sumamos a la opinión de Cox y creemos firmemente que el texto sería, tanto en tiempos de Bruni como en los nuestros, útil para cualquier lector, independientemente de su género.

### **e. Relación con su propia época**

Cabe recordar que estamos, con Bruni, ante los primeros intentos de recuperación helena, pues él ya podía apropiarse a los autores en su lengua original; pero no pasemos por alto que el idioma ático seguía siendo una limitante para los estudiosos de la época y que el latín representaba una hegemonía tan evidente que el *De studiis* no propone el estudio del griego, sino leer a los griegos en traducción [7].

El texto, además, sin ser un manifiesto ni una apología, muestra algunas preocupaciones humanísticas propias de los sucesores de Petrarca: es un índice de estudios sugeridos y, en ese sentido, se suma al ideal de restauración de educación clásica. También, desde el principio de la epístola, se hace patente la preocupación por la falta de eruditos: “Pero tú florecerás en este tiempo en que los estudios han decaído hasta tal punto que ver a un varón, mucho más a una fémina erudita, se considera un milagro.” [2] y por el estado de ignorancia en el que se encuentran los profesionales teología: “Ahora, sin embargo, es vergonzoso cuán poco saben de letras quienes profesan este conocimiento [de la teología]” [2]. Aunado a esto, encontramos la preocupación, tal vez más propia de Bruni que de sus contemporáneos (que sólo leían latín), sobre la traducción y el modo en que se vierten los textos del griego al latín: “Además, si han sido traducidas algunas cosas de Gregorio Nacianceno o de Juan Crisóstomo o del gran Basilio, doctores griegos, aconsejo que las leas; siempre y cuando el traductor las haya pasado al latín sin haberlas pervertido.” [7].

Finalmente, me gustaría hacer hincapié en la piedad mostrada en la epístola, ya que, por un lado, ejemplifica el esfuerzo humanista por conciliar la filosofía pagana con la religión cristiana y, por el otro, desmiente el supuesto paganismo de los sucesores de Petrarca. En lo concerniente al *conocimiento de las cosas*, Bruni nos dice que los dos puntos esenciales para adquirirlo son el estudio de la filosofía moral de los escritores antiguos y el de los escritos religiosos cristianos [15-17], de este modo queda de manifiesto el esfuerzo conciliador del Humanismo. Por otro lado, la exhibición de conocimiento que se hace de las santas escrituras y el carácter fidedigno que se les otorga en los párrafos [26] y [27], bastan para convencernos del cristianismo de Bruni.

#### **f. Originalidad del texto**

Podemos hablar de la originalidad del texto desde dos tradiciones: la que habla de fondo y forma y la tradición de los tratados pedagógicos o formativos. En ambas cuestiones habrá que remitirnos a los clásicos.

Sobre fondo y forma, ya habían escrito los antiguos; sin embargo, Bruni hace una innovación: ocupa vocablos distintos para designar estos dos aspectos de la creación literaria. En los tratados clásicos de retórica en latín, los términos *res* y *verba* pueden corresponder respectivamente con las ideas actuales de *fondo* y *forma*.

Un vestigio muy antiguo es la sentencia *Rem tene: verba sequentur*. (domina el tema y las palabras seguirán) atribuida a Catón el censor en el *Ars rethorica* del orador tardío Caius Iulius Victor. Cicerón retoma la idea en *De or.* III,

125 “*rerum enim copia verborum copiam gignit*” (así pues, la abundancia de temas genera abundancia de palabras). Horacio en *A. P.* 310 y 311 canta “*rem tibi Socraticae poterunt ostendere chartae/ verbaque provisam rem non invita sequentur*” (las páginas socráticas podrán mostrarte el tema/ y las palabras seguirán de buena gana al tema procurado). Quintiliano también usa los términos *res* y *verba*; en VIII, pr., 32 expresa que “*sit igitur cura elocutionis quam maxima, dum sciamus tamen nihil verborum causa esse faciendum, cum verba ipsa rerum gratia sint reperta*” (que haya cuidado ante todo en la elocución, mientras sepamos, no obstante, que nada debe hacerse a causa de las palabras, cuando las palabras mismas han sido halladas gracias a los temas).

Queda, pues, constatado que ya existía un léxico acuñado para tal fenómeno retórico. A pesar de esto, Bruni decide hacer su innovación y llamar al asunto o fondo *scientia rerum* y a la forma o palabra *peritia litterarum*.

Con respecto a las tradiciones pedagógicas y educativas, encontramos, por supuesto, como antecedente principal a Quintiliano con sus *Institutiones oratoriae*; además, a pseudo Plutarco con *Quomodo adolescens poetas audire debeat* y a san Basilio con su *Ad adolescentes*.

Bruni, tal como lo hizo Quintiliano, menciona directamente a los autores que el estudiante debe leer. Los libros 2 y 10 de las *Institutiones*. contienen sendas guías de autores y recomendaciones para acercarse a ellos.

Plutarco afirma que la poesía contiene cosas censurables debido a que el poeta es un imitador (*Ad adolesc.*, III). Esto hace necesario que el joven tenga a

su lado a alguien que lo guíe, lo ayude a discernir o le explique las cosas viciosas. A lo largo de su *Ad Adolescentes*, san Basilio va un paso más allá, él cree que sería inadecuado estudiar toda la literatura clásica, por lo que hay que escoger de ella sólo las cosas que se confirman en la doctrina cristiana; de este modo, se podrá usar a los clásicos como propedéutico para acercarse a los autores cristianos y a su filosofía.

Bruni acepta que hay cosas censurables en los poetas y, en general, en la literatura pagana, como Plutarco y san Basilio, pero en este aspecto también innova: defiende la lectura íntegra de los clásicos, pues incluso encuentra valor en las cosas vergonzosas que éstos narran [26].

Finalmente, como último punto a resaltar respecto a estas tradiciones antiguas, cabe mencionar que la obra de nuestro Bruni está dedicada a una persona adulta, mientras que las anteriores producciones aquí mencionadas fueron pensadas para impúberes y adolescentes.

#### **g. De los tratados educativos renacentistas**

La obra de Bruni forma parte de una nueva oleada de preocupaciones educativas y pedagógicas, como ya vimos, propia de los humanistas. *De ingenius moribus et liberalibus adulescentiae studiis* (c. 1402-1403) de Pier Paolo Vergerio (1370-1444) es la obra más temprana que conocemos de esta tradición, a ella le sigue el *De studiis et litteris* que aquí nos compete. Posteriormente darán pasos en esta misma dirección Aeneas Silvius Piccolomini (Pío II) (1405-1464) con *De liberorum educatione* (1450); Battista Guarino (1434-1503) con *De ordine docendi*

*et studendi* (1459); Maffeo Vegio (1406-1458) con *De educatione liberorum et eorum claris moribus* (1444). Todas las anteriores, obras de carácter pedagógico que relevan los esfuerzos humanistas por la recuperación del canon clásico y que además fueron puestas en práctica por otros famosos educadores en su ministerio como Gasparino Barzizza (1360-1430), Vittorino da Feltre (1370-1446) y Guarino da Verona (1374-1460) (Kallendorf, viii-xiii).

## II. Preámbulo a la traducción

### 1. La tradición del texto y sus ediciones

Como ya mencioné, no contamos con datos conclusivos sobre la fecha de producción de la obra, menos sobre su circulación. Considero que, por la popularidad de la que gozó en vida nuestro autor, hay alguna posibilidad de que el tratado se haya dado a conocer públicamente antes de su muerte.

Basado en las noticias que nos ofrece Woodward (122), el impreso más antiguo que logré localizar del *De studiis* es un compendio publicado por Arnold ter Hoernen que vio la luz en 1475, en la ciudad de Colonia. Dicho impreso contiene también la célebre traducción bruniana de los *Oeconomica* de pseudo Aristóteles. Posteriormente, en Roma Johannes Schurener imprime el *De studiis et litteris* editado por Lucas Antonius Fortunatus en 1477. Conservamos además la versión editada por el papa Pio II impresa por Matthaëus Cerdonis en Padua en 1483.

Sobre las ediciones modernas, tengo conocimiento de tres; sin embargo, todas están agotadas y no se siguen imprimiendo; además, no existen versiones electrónicas legales de ellas. Éstas son: la alemana de Hans Baron, *Leonardo Bruni Aretino humanistisch-philosophische Schriften* (1928); la italiana de Paolo Viti, *Opere letterarie e politiche di Leonardo Bruni* (1996) y la francesa de Laurence Bernard-Pradelle, *Histoire, éloquence et poésie à Florence au début du Quattrocento* (2008).

La traducción aquí presentada fue realizada a partir del texto latino ofrecido en *Humanist Educational Treatises* (2002) de Craig W. Kallendorf porque es el

único al que tuve acceso. Dicho texto latino proviene de la edición de Viti (Kallendorf, 311). A causa de las dificultades para consultar la edición de Viti, desconozco las pautas de edición usadas: en qué edición antigua se basó, qué decisiones tomó Viti sobre la ortografía renacentista del latín, entre otras.

## **2. Versiones en lenguas modernas**

En la investigación previa no encontré traducción alguna al español. En cuanto a otras lenguas modernas, tenemos conocimiento de al menos tres versiones en inglés: de William Harrison Woodward (1897), de James Hankins (1987) y de Craig W. Kallendorf (2002). Además, las ediciones arriba señaladas, la alemana, italiana y francesa cuentan con traducción moderna.

## **3. Mi traducción**

La traducción aquí presentada se aleja de la literalidad palabra por palabra; sin embargo, tampoco considero que sea un producto de características literarias. La elección de vocabulario, especialmente de los sustantivos, es tan apegada al original latino como lo permitió el español; la sintaxis latina, en cambio, se vio alterada para adecuarse a la castellana, pues esta modificación permite una lectura más fluida en la lengua de llegada.

## **4. Notas**

Las notas al español son meramente aclaratorias y no versan sobre un tema en particular; su objetivo es presentar a los autores que se mencionan en el texto y dar la referencia de las citas clásicas que aparecen.



Teniendo en cuenta que la lengua que presenta Bruni en su tratado es lo más apegada a la forma clásica, considero que las únicas notas al latín pertinentes son esa media decena de términos alejados del latín clásico que encontramos.

## 5. Estructura de la obra

Así, atendiendo al número de párrafos de nuestra edición, considero que la obra está dividida como sigue:

[1-3] Introducción:

[1] Bruni felicita a Baptista de Malatesta por la fama que su erudición ha alcanzado. Remembranza de otras mujeres ilustres en el pasado. [2] Falta de erudición real en sus tiempos. Si Malatesta la cultiva, la erudición brillará por contraste.

[4-12] Sobre la pericia en las letras (*peritia litterarum*), es decir, la forma:

[4] La pericia en las letras es el fundamento de la erudición. Para adquirir esta pericia en las letras es útil la enseñanza (*praeceptio*), es decir, la educación formal de un preceptor; pero es más importante la diligencia y cuidado (*diligentia et cura*), es decir, el empeño, que pone quien desea adquirirla. El preceptor enseñará los primeros contenidos y la gramática. [5] La diligencia, sin embargo, nos permite percibir otras sutilidades del texto. El primer paso de esa diligencia es buscar sólo los mejores libros y autores para guiarnos. [6] El segundo paso es apropiarnos del estilo y usos de esos autores. [7] Recomendación de qué

escritores religiosos usar como modelo. [8] Recomendación de qué escritores seculares usar como modelo. [9] Es necesaria la lectura en voz alta para percibir la armonía y luego poder imitarla al escribir. [10] Es necesario también el conocimiento de la ortografía y de la cantidad silábica; si además se posee caligrafía, mejor. La cantidad silábica es necesaria para apreciar la poesía. [11] La cantidad silábica y los pies también son necesarios en la prosa.

[13-28] Sobre el conocimiento de las cosas (*scientia rerum*), es decir, el fondo:

[13] Es necesario el deseo de aprender. Hay que saber que hay algunas disciplinas en las que no hay que dedicar todo el tiempo. [14] La retórica es una de ellas y, de hecho, la mujer debe dejársela al varón. [15] En lo que respecta a la religión divina, ahí sí la mujer debe volcar sus esfuerzos. [16] Además de los autores religiosos también debe leer a los filósofos y sobre todo aquello que concierna al bien vivir. [17] La religión y el bien vivir es lo principal a lo que debe dedicarse. Pero la excelencia del hombre sólo se logra leyendo de todo. [18] A lo anterior debe añadirse el estudio de la historia. Sugiere qué historiadores leer. [19] Invita a leer también a los oradores. [20] Hay que leer también a los poetas. Los grandes escritores confirman esta sugerencia, ya que ellos también leían poesía. [21] Razones de por qué leer a los poetas. Ejemplos de la sabiduría que nos transmite Homero. [22] Ejemplos de la sabiduría de Virgilio. [23] Algunos creen que no hay que leer a los poetas; Brunini nos dice por qué sí leerlos. [24] Nuestra propia naturaleza se dirige hacia la poética. [25] Pequeña digresión. Brunini acepta haberse extendido en su explicación, pero su dilatación obedece a una razón. [26]

Bruni refuta a los que dicen que los poetas no deben leerse. [27] En los libros sagrados también aparecen las mismas cosas que otros censuran en los poetas. En ambos, en los poetas y en la *Biblia*, hay utilidad en las cosas censurables que se presentan. [28] Sin embargo, es cierto que hay niveles entre los poetas y hay algunos que es mejor evitar.

[29-31] Conclusión:

[29] El conocimiento de las cosas y la pericia en las letras van siempre de la mano. Los grandes autores tenían ambas cualidades en igual medida. [30] Resumen de la epístola. [31] Bruni reitera su admiración a la destinataria y la exhorta nuevamente a la gloria.

### III. Texto comparado

#### LEONARDUS ARRETINUS DE STUDIIS ET LITTERIS LIBER AD BAPTISTAM DE MALATESTIS

1 Compulsus crebro rumore admirabilium virtutum tuarum scribere ad te constitui, ut ingenio illi, de quo tam ampla magnificaque audissem, vel gratularer iam perfectionem consecuto vel certe ad eam consequendam per meas litteras cohortarer. Neque enim desunt mihi clarissimarum mulierum exempla, quae et litteris et studiis et eloquentia claruerunt, per quarum commemorationem te provocare ad excellentiam possim, siquidem Corneliae Scipionis Africani filiae multa saecula post eius mortem exstabant epistolae elegantissimo stilo perscriptae, et Sapphus poemata et libri summo in honore apud Graecos propter singularem facundiam et scribendi artem habiti sunt. Aspasia quoque per Socratis tempora fuit doctissima quidem mulier et eloquentia litterisque praecellens, a qua Socratem, philosophum tantum, se didicisse quaedam non pudeat confiteri. Fuerunt et aliae quas referre possum, sed tamen haec tria satis esto famosissimarum feminarum exempla retulisse. Ad illarum igitur praestantiam, quaeso, mentem erige atque extolle!

2 Tantam enim intelligentiam ac tam singulare ingenium nec frustra tibi datum nec mediocribus contentum esse decet, sed ad summa spectare atque adniti. Et tua quidem laus illustrior erit quam illarum fuit, propterea quod illae his saeculis florere in quibus eruditorum hominum magna supererat copia, ut multitudo ipsa minueret admirationem, tu autem his temporibus florebis in quibus usque adeo prolapsa studia sunt, ut miraculi iam loco habeatur videre virum, nedum feminam eruditam. Eruditionem autem intelligo non vulgarem istam et perturbatam, quali utuntur ii qui nunc theologiam profitentur, sed legitimam illam et ingenuam, quae litterarum peritiam cum rerum scientia coniungit; qualis in Lactantio Firmiano, qualis in Aurelio Augustino, qualis in Hieronymo fuit, summis profecto theologis ac perfectis in litteris viris. Nunc vero, qui eam scientiam profitentur, pudendum est quam parum persciant litterarum.

Leonardo Arretino: Libro acerca de los estudios y las letras para Baptista de Malatesta

1 Decidí escribirte impulsado por la gran reputación de tus admirables virtudes, bien, para felicitarte porque aquel ingenio, del cual he escuchado grandes y magníficas cosas, ya ha alcanzado la perfección; o bien, para exhortarte ciertamente a través de mis cartas, a perseguirla. Pues no me faltan ejemplos de ilustrísimas mujeres que brillaron tanto en las letras como en los estudios y en la elocuencia, por cuya mención podría incitarte hacia la excelencia; pues las cartas de Cornelia<sup>1</sup>, hija de Escipión el Africano<sup>2</sup>, escritas en un estilo elegantísimo, sobreviven muchos siglos después de su muerte; igualmente los griegos tuvieron en el más alto honor los poemas y libros de Safo<sup>3</sup> a causa de su singular facundia y pericia para escribir.

También Aspasia<sup>4</sup>, en tiempos de Sócrates<sup>5</sup>, fue, sin duda, una mujer doctísima y sobresaliente en la elocuencia y las letras; a Sócrates, tan gran filósofo, no le avergonzaría admitir que aprendió algunas cosas de ella. Igualmente existieron otras que puedo mencionar; sin embargo, será suficiente referir estos tres ejemplos de las más famosas féminas. Entonces, por favor, ¡atiende y lleva tu entendimiento hacia la excelencia de ellas!

2 Pues es adecuado que no te hayan sido dados en vano tan gran inteligencia y tan singular ingenio y que no se contenten con cosas mediocres, sino que miren y se apoyen en lo más alto. Y ciertamente tu loa será más ilustre de lo que fue la de ellas, porque ellas florecieron en esos siglos en los que había gran cantidad de hombres eruditos, de modo que la multitud misma disminuía la admiración. Pero tú florecerás en este tiempo en que los estudios han decaído hasta tal punto que ver a un varón erudito, mucho más a una fémina, se considera un milagro. Entiendo como *erudición* no ésta vulgar y desordenada, como la que usan los que ahora profesan la teología<sup>6</sup>, sino aquella legítima y genuina que une la pericia en las letras con el conocimiento de las cosas. Como la tuvo Lactancio Firmiano<sup>7</sup>, como Aurelio Agustino<sup>8</sup>, como Jerónimo<sup>9</sup>, sin duda los más grandes teólogos y varones consumados en las letras. Ahora, sin embargo, es vergonzoso cuán poco saben de letras quienes profesan esta disciplina<sup>10</sup>.

3 Atque ego licet non ea, qua volui, ianua ingressus sum. Prosequar tamen sermonem, non quo te doceam aut dirigam (puto enim te non indigere), sed quo tibi, quid ipse sentiam, innotescat.

4 Homini quidem ad excellentiam illam, ad quam ego nunc te voco, contendenti in primis necessariam puto non exiguam neque vulgarem, sed magnam et tritam et accuratam et reconditam litterarum peritiam, sine quo fundamento nihil altum neque magnificum sibi aedificare quisquam potest. Nam neque doctorum hominum scripta satis conspicue intelliget, qui non ista fuerit peritia eruditus, nec ipse, si quid litteris mandabit, poterit non ridiculus existimari. Ad hanc autem comparandam cum praeceptio valet, tum nostra multo magis diligentia atque cura. Et de praeceptione quidem vix quicquam attinet dicere. Quis enim nescit ante omnia tinctum esse oportere ingenium et quasi initiatum praeceptoris opera, ut non solum partes structuramque earum, sed etiam minutiora illa ac velut elementa orationis agnoscat? Verum haec tamquam somniantes in pueritia capimus; postea vero ad maiora provecti, nescio quomodo haec ipsa ad os revocamus et quasi ruminamus, ut tunc demum illorum sucus saporque verus exprimatur. Est aliud genus praeceptionis robustius, ne tam pueris quam adultis perutile; eorum scilicet, qui grammatici appellantur, qui longo labore singula persecuti disciplinam quamdam litterarum effecerunt. Quo in genere Servius Honoratus et Priscianus Caesariensis haberi possunt.

5 Sed omnia (mihi crede) superat ac vincit diligentia nostra. Haec enim non verba solum et syllabas, sed tropos et figuras et omnem ornatum pulchritudinemque orationis aperit nobis atque ostendit. Ab hac informamur ac velut instituimur, denique per hanc multa discimus, quae doceri a praeceptore vix possunt: sonum, elegantiam, concinnitatem, venustatem. Caput vero huius diligentiae fuerit videre primum, ut in eorum tantum librorum, qui ab optimis probatissimisque latinae linguae auctoribus scripti sunt, lectione versemur, ab imperite vero ineleganterque scriptis ita caveamus, quasi a calamitate quadam et labe ingenii nostri.

3 Y sin duda he entrado por una puerta, aunque no por la que quise. Sin embargo, proseguiré el discurso, no para enseñarte o guiarte (pues pienso que tú no lo necesitas), sino para que tú sepas lo que yo siento.

4 En primer lugar, para quien se dirige a aquella excelencia a la que ahora yo te llamo, considero necesaria una pericia en las letras no exigua ni vulgar, sino grande, trabajada, cuidada y profunda. Sin este fundamento nadie puede edificar para sí nada alto ni magnífico. Pues quien no fuera erudito en esta pericia tampoco entenderá de manera suficientemente clara los escritos de los hombres doctos, y él mismo se consideraría ridículo, si pusiera algo por escrito. Pero mientras que la enseñanza sirve para conseguir esta pericia, sirve mucho más nuestra diligencia y cuidado. Además, sobre la enseñanza difícilmente es útil decir algo; pues ¿quién ignora que ante todo conviene que el ingenio sea sumergido y, en cierto modo, iniciado en las obras del preceptor para que reconozca no sólo sus partes y estructura, sino también aquellas cosas más pequeñas como los elementos del discurso? Ciertamente aprehendimos esto en la infancia como si durmiéramos; pero después, dirigidos hacia asuntos mayores, no sé de qué modo regresamos los primeros a la boca como si las rumiáramos, para que sólo entonces sea exprimido el verdadero jugo y sabor de ellos. Hay otro género de enseñanza más sólido y no tan útil para los niños como para los adultos; sin duda, el de los llamados gramáticos<sup>11</sup>, quienes, con gran labor, persiguiendo cada elemento, crearon cierta disciplina de las letras. En este género pueden incluirse Servio Honorato<sup>12</sup> y Prisciano de Cesarea<sup>13</sup>. Pero nuestra diligencia, créeme, vence y supera todo. Pues ésta nos abre y nos muestra no sólo las palabras y las sílabas, sino también los tropos y figuras, así como todo ornato y belleza del discurso. Ésta nos instruye y como que nos prepara. Finalmente, a través de ésta aprendemos mucho, que difícilmente puede enseñar un preceptor: la sonoridad, la elegancia, el equilibrio, la belleza. Sin embargo, el principio de esta diligencia será ver, en primer lugar, cómo nos aplicamos solamente a la lectura de esos libros que fueron escritos por los mejores y más estimados autores de la lengua latina, pero, así mismo, cómo nos cuidamos de los que fueron escritos inexperta y toscamente, como si se tratara de cierta calamidad y ruina para nuestro ingenio;

Inquinata enim inepteque scriptorum lectio vitia sua lectori affigit et mentem simili coinquinat tabe. Est enim veluti pabulum animi, quo mens imbuitur atque nutritur. Quam ob rem, ut ii, qui stomachi curam habent, non quemvis cibum illi infundunt, ita, qui sinceritatem animi conservare volet, non quamvis lectionem illi permittet.

6 Erit igitur prima diligentia, ut nihil nisi optimum probatissimumque legamus; secunda vero, ut haec ipsa optima probatissimaque nobis acri iudicio asciscamus. Videat legens quo quidque loco sit positum, quid designet singula et quid valeant; nec maiora tantum, sed minutiora discutiat, cumque plures sint orationis particulae, quae sit unaquaeque, de schola cognoscet. Consuetudinem certe et usum illarum ab iis, quos leget, auctoribus reportabit.

7 Sive igitur sacris libris delectabitur mulier sanitatem in litteris servatura, Augustinum sibi assumet et Hieronymum, etsi qui sunt alii non dissimiles, ut Ambrosius, ut Cyprianus Carthaginiensis. Maxime vero inter omnes, qui de Christiana religione umquam scripserunt, eminent et excellit nitore quodam et copia Lactantius Firmianus, vir omnium Christianorum proculdubio eloquentissimus, cuius facundia et dicendi figura ingenium illud, de quo loquor, praeclare instituere atque alere potest. Probo autem huius maxime eos libros, quos *Adversus falsam religionem* conscripsit; item, quos *De ira dei* et *De opificio hominis*. Quos lege, quaeso, si litteras amas, eorumque suavitate quasi ambrosia et nectare imbuaris! Si quae praeterea vel de Gregorio Nazianzeno vel de Iohanne Chrysostomo vel de magno Basilio, graecis doctoribus, translata sunt, ea legas censeo; modo, qui traduxit, in Latinum converterit illa, non autem perverterit.

8 Sive saecularibus delectetur, Tullium arripiet; quem virum, deus immortalis! Quanta facundia! Quanta copia! Quam perfectum in litteris! Quam in omni genere laudis singularem! Proximus huic Vergilius erit, decus ac deliciae litterarum nostrarum. Livius deinde et Sallustius et alii poetaeque et scriptores suo ordine subsequenter.



pues la lectura de los libros escritos incorrecta e ineptamente fija sus vicios en el lector y ensucia su mente con una porquería similar. Pues con lo que la mente se empapa y se nutre es como el alimento del ánimo. Por lo cual, así como quienes tienen cuidado de su estómago no toman cualquier alimento, del mismo modo, quien quiera conservar la pureza de su ánimo, no le permitirá cualquier lectura.

6 Por lo tanto, la primera diligencia será que no leamos nada, si no es lo mejor y más estimado; la segunda, ciertamente, que con juicio agudo nos apropiemos precisamente de lo mejor y más estimado. Que el lector vea en qué lugar está puesta cada cosa, qué designa y para qué sirve, y no sólo examine lo más grande, sino también lo más pequeño. Y como las partes del discurso son muchas, que a partir de la lectura sepa cuál es cada una. Ciertamente reportará el empleo y uso de aquéllas a partir de los autores que lee.

7 En caso de que la mujer se deleite con los libros sacros para conservar el buen gusto en las letras, entonces tomará para sí a Agustín y a Jerónimo, aunque hay otros que no son diferentes, como Ambrosio<sup>14</sup>, como Cipriano de Cartago<sup>15</sup>. Pero principalmente, entre todos los que alguna vez escribieron acerca de la religión cristiana, sobresale y se distingue con cierto brillo y riqueza de estilo Lactancio Firmiano, sin duda, el varón más elocuente entre todos los cristianos, cuya facundia y forma de expresarse puede claramente preparar y alimentar aquel ingenio del que hablo. En efecto, especialmente apruebo de él los libros que escribió *Contra la falsa religión*, e igualmente *Sobre la ira de Dios* y *Sobre la obra de los hombres*<sup>16</sup>. Léelos, por favor, si amas las letras, y ¡ojalá seas empapada por su sutileza, semejante a ambrosía y néctar! Además, si han sido traducidas algunas cosas de Gregorio Nacianceno<sup>17</sup> o de Juan Crisóstomo<sup>18</sup> o del gran Basilio<sup>19</sup>, doctores griegos, aconsejo que las leas, siempre y cuando el traductor las haya pasado al latín sin haberlas pervertido.

8 En caso de que uno se deleite con los autores seculares, aprovechará a Tulio<sup>20</sup>. ¡Qué varón, Dios inmortal!, ¡cuánta facundia, cuánta riqueza de estilo!, ¡cuán consumado en las letras!, ¡cuán único en todo tipo de mérito! Junto a él, irá Virgilio<sup>21</sup>, decoro y placer de nuestras letras. De ahí seguirán Livio<sup>22</sup> y Salustio<sup>23</sup> y otros de su clase, tanto poetas como escritores.

His se maxime imbuet atque alet curabitque diligenter ut, quotiens ei vel loquendum sit aliquid vel scribendum, nullum ponat verbum quod non in aliquo istorum ante reppererit.

9 Quin etiam contenta<sup>1</sup> interdum voce legere iuvabit. Sunt enim non in versu modo, verum etiam soluta in oratione numeri quidam et veluti concentus aurium sensu dimensi et cogniti flexionesque et gradus aliqui, ut modo se demittat vox, modo attollat, colaque et commata et periodi mira concinnitate inter se connexa, quae in optimo quoque scriptore maxime apparent. Ea igitur, cum alte leget, manifestius deprehendet replebitque aures veluti harmonia quadam, quam et sentiet postea scribens et imitabitur. Illud praeterea ex hac lectione consequetur, ut verba suo tempore proferat neve properet, cum immorandum sit, neve immoretur, cum properandum.

10 Volo insuper, ne sit scribendi ignara, nec non de digitorum motu (quamquam et ipsum laudo, si cui adsit; sed non de illo nunc), sed de litteris et syllabis. Teneat igitur, quomodo quicquid scribendum sit quaeve sit natura litterarum et quasi in alteras transitio, quae coire inter se litterae possint et quae in propinquum venire nequaquam patiantur. Haec enim res, quamquam pusilla, magnum tamen affert indicium disciplinae nostrae et manifestam detegit ruditatem<sup>11</sup>. Illud quoque decantatum et cognitum habere oportet, quanta sit unaquaeque syllabarum, hoc est: longa an brevis an alterutra. Est enim necessaria cognitio, tum quia multa incidunt, quae aliter intelligi non possunt (ut illud Vergilianum:

Omnibus in morem tonsa coma pressa corona,

Et milia huiusmodi), tum quia foeditas summa est homini litteras sibi arroganti ne syllabas quidem tenere; praesertim cum non contemnenda pars litterarum versibus constet, versus autem pedibus, pedes vero longitudine brevitateque syllabarum. Quas qui non tenet, quid ipse in eo genere de se polliceri aut quem gustum in poetis habere possit, non equidem intelligo.

---

<sup>1</sup> *Contenta de contendo.*

<sup>11</sup> *Ruditatem*: no es clásico. De *ruditas, ruditatis*: rusticidad. La palabra clásica más cercana es el adjetivo *rudis, e*.

Principalmente uno se empapará y alimentará con ellos y se cuidará diligentemente, cada vez que le sea necesario hablar o escribir, de no poner ninguna palabra que no haya encontrado antes en alguno de éstos.

9 Más aún, a veces servirá leer en voz alta. Pues no sólo en el verso, sino también en la prosa hay ciertas cantidades mesurables y reconocibles por el sentido del oído, como en un concierto; también existen modulaciones y algunos grados para bajar o elevar la voz; igualmente, cólones, comas y períodos<sup>24</sup> conectados entre sí con admirable equilibrio y que aparecen sobre todo en los mejores escritores. Pues cuando lea estas cosas en voz alta, más patentemente sorprenderá y llenará los oídos como con cierta armonía, que escuchará e imitará después al escribir. Por lo demás, a partir de esta lectura se conseguirá que diga las palabras a su tiempo; que no se apresure cuando haya que detenerse, ni que se detenga cuando haya que apresurarse.

10 Quisiera, además, que ella sepa escribir y no me refiero al movimiento de los dedos<sup>25</sup> (aunque también alabo esto, si está presente en alguien; pero ahora no hablaré de eso), sino a las letras y sílabas. Que conozca, pues, de qué modo debe escribirse cualquier cosa; o cuál es la naturaleza de las letras y, por así decirlo, la transición hacia otras; qué letras pueden ir juntas entre sí y cuáles nunca pueden estar cerca<sup>26</sup>. En efecto, aunque pequeño, este asunto aporta, no obstante, gran muestra de nuestra disciplina y pone al descubierto la rusticidad manifiesta. También conviene tener bien repasado y conocido esto: cuán grande es cada una de las sílabas, o sea, si es larga, breve o indiferente<sup>27</sup>. Es, en efecto, un conocimiento necesario ya porque se presentan muchas cosas que no pueden entenderse de otro modo (como aquel verso virgiliano: *omnibus in morem tonsa coma pressa corona*<sup>28</sup>, y mil ejemplos de ese modo); ya porque el mayor descrédito para el hombre que se jacta de su conocimiento de las letras es no dominar siquiera la cantidad silábica, principalmente cuando una parte de las letras que no debe ser menospreciada está constituida por versos; los versos, por pies; los pies, por la longitud y brevedad de las sílabas. Ciertamente, no entiendo qué podría prometer de sí mismo en este género o qué gusto de los poetas podría tener, quien no las domine.

11 In prosa quoque oratione eadem ista cognitio scribenti dictantique necessaria videtur. Neque enim, si multitudo non sentit, propterea soluta in oratione pedes non insunt; sed quod delectat aures, quod sono demulcet, inde est. Refert enim permultum, ut Aristoteli placet, a quo pede incipiendum sit et in quem finiendum; in mediis autem, qui recipiendi sint pedes et qui reiciendi. Itaque probat ille quidem paeana maxime. Is autem est duplex; aut enim ex longa, quam tres breves subsequuntur, aut ex tribus brevibus et longa postrema constat. Hunc ultimum ille clausulis aptum putat, principiis vero primum convenire, in mediis quoque hunc ipsum pedem quam optime cadere. Dactylum vero ac iambum in mediis reicit; alterum ut elatum nimis, alterum ut depressum. Cicero autem in clausulis dichoreum probat maxime, qui est ex duobus trochaeis, et creticum, qui est ex longa et brevi et longa, et paeana illum, de quo supra dixi. In mediis autem, si demisso humilique sermone utamur, iambum maxime convenire putat, si ampliore, dactylum vel paeana vel dochmium, qui est ex quinque syllabis (brevis et duabus longis, brevis et longa); quem cunctis etiam in partibus apte cadere existimat. Nec dubium est alios in contentionibus pedes, alios, dum narramus, alios, dum conquerimur, esse frequentandos. Ira enim et concitatio animi spondaeum repudiat; nihil enim nisi properum ac rapidum amat. Contra vero, dum aut narramus aliquid aut docemus, moram et stabilitatem sermo deposcit; itaque pedes non amat, qui procliviter currunt. Omnis igitur oratio pedibus suis commovenda erit; quos si ignoret scribens, velut in tenebris ambulet necesse est, nullo certo ductu, sed fortuito gradiens.

12 Erunt fortasse complures quibus mea ista cura nimis anxiosa videatur. Sed meminerint me de ingenio loqui magno et summa omnia de se pollicenti. Quare mediocres incedant, vel reptent potius, ut possunt. Ad summum certe nemo perveniet, qui non fuerit horum omnium et usu tritus et disciplina imbutus.

11 También en la prosa, este mismo conocimiento parece que es necesario para el escritor y para el orador. Pues, aunque la multitud no los percibe, no por eso no hay pies en la prosa; pero a partir de ello se encuentra lo que deleita los oídos, lo que endulza con su sonido. Pues importa muchísimo, como opina<sup>29</sup> Aristóteles<sup>30</sup>, con qué pie se debe empezar y con cuál finalizar; asimismo, a la mitad, qué pies debemos procurar y cuáles evitar. De manera que él aprueba principalmente el peán<sup>31</sup>, (éste es, en efecto, doble: consta de una sílaba larga a la que siguen tres breves o de tres breves y una última larga). Aristóteles piensa que este último es apropiado para las cláusulas, pero que el primero conviene para los inicios; también, que este mismo pie es óptimo a la mitad. Sin embargo, a la mitad, evita el dáctilo<sup>32</sup> y el yambo<sup>33</sup>. Uno por ser demasiado elevado, el otro por rebajado. Sin embargo, sobre todo en las cláusulas, Cicerón aprueba<sup>34</sup> el dicoreo<sup>35</sup> (que consta de dos troqueos<sup>36</sup>), el crético<sup>37</sup> (que consta de una sílaba larga, una breve y una larga) y el peán, del que hablé arriba. Efectivamente, él piensa que el yambo conviene sobre todo a la mitad, si usamos un lenguaje bajo y humilde; si uno mayor, el dáctilo, el peán o el docmio<sup>38</sup>, que consta de cinco sílabas (una breve y dos largas, una breve y una larga): considera que éste queda bien en todas partes. Y es indudable que deben usarse unos pies en las discusiones; otros, mientras narramos; otros, mientras nos quejamos. Pues la ira y la conmoción del ánimo repudian al espondeo<sup>39</sup>, ya que no gustan de lo que no es presto ni rápido. Al contrario, mientras narramos o enseñamos algo, el lenguaje pide lentitud y estabilidad y, por lo tanto, no gusta de los pies que corren con más rapidez. Así pues, todo el discurso deberá moverse por sus propios pies; si el que escribe los ignora, es necesario que deambule como en tinieblas, por un camino nada cierto, avanzando fortuitamente<sup>40</sup>.

12 Quizás habrá muchos a quienes esta preocupación mía les parezca muy solícita. Pero recordarán que hablo del gran ingenio que promete a partir de sí todas las cosas más altas. Por lo cual, que los mediocres caminen o, mejor, que repten como puedan. Ciertamente nadie, que no se haya pulido en la práctica de todo esto ni se haya imbuido en su disciplina, llegará a lo más alto.

Denique mea haec de litteris sententia est: nihil ut ignoret quod in usum venire soleat, et praeterea nitorem elegantiam deliciasque omnes in oratione sectetur, sitque illi ad omne genus scribendi mundus quidam et ornatus ac (ut ita dixerim) abundantissima domi suppellex, quam promat, cum opus sit, et in lucem educat.

13 Et quoniam eruditionem legitimam ex peritia litterarum et scientia rerum constare diximus et, quid de litteris nobis placeret, ostendimus, addatur nunc sane illa pars, quae ad scientiam pertinet. Volo igitur huic ingenio, quod summa mihi omnia de se repromittat, ardentissimam cupiditatem inesse discendi, ita ut nullum genus disciplinae aspernetur, nullum a se alienum existimet, rapiatur incensum mirabili aviditate ad intelligentiam et cognitionem rerum. Huic ergo et ardenti per se et incitato partim stimulos adhibebo et meo insuper clamore adhortabor, partim frenos incutiam ac veluti receptui canam. Sunt enim disciplinarum quaedam, in quibus ut rudem omnino esse non satis decorum, sic etiam ad cacumina illarum evadere nequaquam gloriosum; ut geometria et arithmetica, in quibus, si multum temporis consumere pergat et subtilitates omnes obscuritatesque rimari, retraham manu atque divellam. Quod idem faciam in astrologia, idem fortasse et in arte rhetorica.

14 Invitor de hac postrema dixi, quoniam, si quisquam viventium illi affectus fuit, me unum ex eo numero esse profiteor. Sed multarum rerum habenda mihi ratio est: in primis, cui scribam, videndum. Quid enim *statuum* subtilitates et *epicherematum* curae et illa, quae appellantur *crinomena*, et mille in ea arte difficultates mulierem conterant, quae forum numquam sit aspectura? Iam vero actio illa artificiosa, quam Graeci *hypocrisim*, nostri “pronuntiationem” dixere, cui Demosthenes primas et secundas et tertias tribuit ut actori necessaria, ita mulieri nequaquam laboranda, quae, si brachium iactabit loquens aut si clamorem vehementius attollet, vesana coercendaque videatur.

Finalmente, es esta mi opinión acerca de las letras: no ignorar lo que suele usarse; además, perseguir después el brillo, la elegancia y todos los deleites en el discurso; y que éste tenga, para todo género de escritos, cierta decoración y ornato y, por así decirlo, en casa un abundantísimo ajuar qué sacar cuando sea necesario, y exhibirlo.

13 Y puesto que ya dijimos que la erudición legítima está constituida por la pericia en las letras y el conocimiento de las cosas, y mostramos qué es lo que nos parece bien respecto a las letras; añádase ahora juiciosamente aquella parte que concierne al conocimiento. Quiero, pues, que en este ingenio, que para mí promete de sí mismo todo lo más elevado, haya el más ardiente deseo de aprender, de manera que no desprecie ningún género de la disciplina, que no considere nada ajeno a él, que, inflamado, sea arrastrado con admirable avidez hacia el entendimiento y conocimiento de las cosas. Entonces, ya por sí mismo ardiente y entusiasmado, unas veces, lo estimularé y además lo exhortaré con mi clamor; otras veces, le pondré frenos y como que tocaré la retirada. Pues hay algunas disciplinas en las que no es muy decoroso ser del todo rústico, así como tampoco de ningún modo es glorioso llegar hasta su cima: como la geometría y la aritmética, en las que, si continúa consumiendo mucho tiempo y examinando todas las sutilezas y oscuridades, con mi mano lo retiraré y apartaré. Haré lo mismo en la astrología, lo mismo, quizá, también en el arte retórica

14 Más forzado hablé sobre esta última arte porque, si alguien de entre los vivos ha sido afectado por ella, confieso que yo soy uno. Pero debo tener en consideración muchas cosas: en primer lugar, debo considerar para quién escribo. Luego, ¿por qué, las sutilezas de las *posturas*<sup>41</sup> y los cuidados de los *epiquéremas*<sup>42</sup> y aquellas que se llaman *controversias*<sup>43</sup> y mil dificultades en este arte abruma a una mujer que nunca ha ver el foro? Sin embargo, aquella acción artificiosa, a la que los griegos llamaron *hypocrisis*<sup>44</sup>, los nuestros, *pronunciación*<sup>45</sup>, a esta misma Demóstenes<sup>46</sup> le atribuyó el primero, segundo y tercer puesto en cuanto a cosas indispensables para el orador; tampoco, de ninguna manera, debe esforzarse en ellas la mujer, quien, si mientras habla, mueve un brazo o si con más ímpetu aumenta su clamor, parecería que está loca y que debe ser encerrada.

Ista quidem virorum sunt: ut bella, ut pugnae, sic etiam fori contentiones atque certamina. Non igitur pro testibus neque contra testes dicere addiscet mulier, neque pro tormentis aut contra tormenta, neque pro rumoribus aut contra rumores, nec se communibus locis exercebit, neque interrogationes bicipites neque responsiones veteratorias meditabitur; totam denique fori asperitatem viris relinquet.

15 Quando igitur calcaria adhibebo? Quando currentem incitabo? Cum illis sese dedet, quae aut ad religionem divinam aut ad bene vivendum pertinent, tunc se diffundat, tunc animum applicet, tunc die noctuque insistat, obsecrabo. De quibus etiam singulatim dicere haud quaquam pigebit. Primum igitur sacrarum litterarum cognitionem sibi acquirere studeat christiana mulier. Quid enim prius illi suadeam? Multa de his inquirat, multa disceptet, multa sciscitetur. Sed veteres illarum amet scriptores, novos vero istos, si boni sunt viri, honoret illa quidem ac veneretur, ceterum eorum scripta non nimis attingat. Quid est enim, quod litterata mulier ab Agustino discere non possit, ab istis autem possit? Praesertim cum ille afferat orationem eruditam et auribus dignam, isti nihil afferant, cur legi mereantur.

16 Nec sacris litteris contentam esse volo, sed ad saecularia traducam studia. Videat, quid de iis quae pertinent ad bene vivendum, excellentissima philosophorum ingenia tradidere; quae de continentia, de temperantia, de modestia, de iustitia, de fortitudine, de liberalitate. Nec ignoret, quae sit de beata vita illorum sententia: numquid virtus ipsa satis sit ad beate vivendum? An tormenta et carcer et exilium et paupertas illam impedian? Et si haec felici accidant: numquid miserum faciant? An auferant solum felicitatem, miseriam vero haud quaquam inducant?



Estas cosas, en efecto, son propias de los varones: como las guerras, como las peleas, e igualmente los debates del foro y los certámenes. Pues la mujer no aprenderá a hablar en pro de los testigos ni en contra de los testigos; ni en pro de las torturas o contra las torturas; ni en pro de los rumores o contra los rumores; ni se ejercitará con los lugares comunes<sup>47</sup>; ni meditará las interrogaciones bicéfalas<sup>48</sup>, ni las respuestas expertas<sup>49</sup>. En suma, dejará toda la aspereza del foro a los varones.

15 ¿Pues cuándo emplearé las espuelas? ¿Cuándo la incitaré a que corra más? Cuando se entregue a aquellas cosas que conciernen a la religión divina o al bien vivir, entonces pediré que se extienda; entonces, que ponga el alma en ello; entonces, que se aplique de día y de noche. Tampoco me será para nada pesaroso mencionar cada detalle sobre esto. Pues, en primer lugar, que la mujer cristiana se dedique a adquirir para sí el conocimiento de las letras sagradas. En efecto, ¿qué le aconsejaría primero? Que investigue mucho acerca de esto, que discuta mucho, que indague mucho, pero que ame a los antiguos escritores de aquellas letras. Sin embargo, a esos nuevos, si son buenos varones, que ella ciertamente los honre y los venera; de lo contrario, que no se ocupe demasiado en sus escritos. En efecto, ¿qué cosa podría aprender de ellos la mujer letrada que no podría aprender de Agustín? Sobre todo, cuando él presenta un discurso erudito y digno para los oídos; ellos nada aportan, ¿por qué merecerían ser leídos?

16 Y no quiero que se quede satisfecha con la literatura sagradas, sino que yo la conduciría hacia los estudios seculares. Que vea qué de entre estas cosas, que conciernen al bien vivir, transmitieron los excelentísimos ingenios de los filósofos. Qué cosas transmitieron de la continencia, de la templanza, de la modestia, de la justicia, de la fortaleza, de la generosidad<sup>50</sup>. Que tampoco ignore cuál es la opinión de éstos acerca de la vida feliz. ¿Acaso sería suficiente la virtud misma para vivir felizmente? ¿acaso los tormentos, la cárcel, el exilio y la pobreza la pueden impedir? Y si estas cosas le sucedieran al feliz, ¿acaso lo harían miserable? ¿o acaso quitarían solamente la felicidad, pero en nada inducirían la miseria?

Praeterea: an in voluptate vacuitateque doloris felicitas consistat humana, ut Epicuro placuit, an in honesto, ut Zenoni, an in usu virtutis, ut Aristoteli? Haec (mihi crede) praeclarissima sunt et dignissima cognitione nostra. Nec ad vitam solum dirigendam utilitatem afferunt, verum etiam in omni sermone admirabilem quamdam cum dicendi tum scribendi supeditant copiam.

17 Haec igitur duo, quorum alterum ad religionem, alterum ad bene vivendum spectat, tamquam praecipua illi proposita erunt. Cetera vero ad ista referentur, quae possint haec ipsa vel adiuvere vel quasi ornatum quemdam illis afferre. Protinus enim excellentia hominis illa admirabilis, quae vera inclitum fama nomen extollit, non nisi ex multarum variarumque rerum fit cognitione. Itaque multa legendo et discendo undique carpere accumulareque oportet, cunctaque omnifariam scrutari atque rimari, unde nobis ad studia nostra aliqua sit proventura utilitas. Sed sit apud eam selectio diligens et circumspecta temporis impensio<sup>III</sup>, ut potiora semper commodioraque praeponat.

18 Placet ergo ad studia illa, de quibus supra dixi, in primis historiae cognitionem adiungere, rem studiosis hominibus nullo modo negligendam. Est enim decorum cum propriae gentis originem et progressus tum liberorum populorum regumque maximorum et bello et pace res gestas cognoscere. Dirigit enim prudentiam et consilium praeteritorum notitia, exitusque similium coeptorum nos pro re nata aut hortantur aut deterrent. Praeterea exemplorum copia, quibus plerumque illustrare dicta nostra oportet, non aliunde quam ab historia commodius sumetur. Est etiam genus scriptorum in ea quidem parte egregium sane atque praecellens omnique ornatu nitoreque perpolitum, quos etiam ad usum litterarum legere operae pretium sit: Livium dico et Sallustium Tacitumque et Curtium et in primis Caesarem ipsum res gestas suas *Commentariis* summa facilitate venustateque explicantem.

---

<sup>III</sup> *Impensio*: no es clásico. De *impensio*, *impensionis*: gasto. La palabra clásica más cercana es el verbo *impendo*, *di*, *sum*, *ěre*.

además, ¿acaso la felicidad humana consiste en el placer y en la falta de dolor, como le pareció a Epicuro<sup>51</sup>, o en lo honesto, como a Zenón<sup>52</sup>, o en el uso de la virtud, como a Aristóteles? Estas cosas, créeme, son muy notables y dignas de nuestro conocimiento. Y no solamente aportan utilidad para guiar la vida, sino también dan una admirable riqueza de estilo en todo lenguaje, tanto escrito como hablado.

17 Pues estas dos cosas, de las que una mira a la religión y otra al bien vivir, serán, por así decir, los propósitos más importantes para ella. A estas cosas hacen referencia todas las demás, que pueden o ayudarlas o aportarles cierto ornato. Pues la admirable excelencia del hombre, aquella que con fama verdadera otorga un ínclito renombre, sólo llega a partir de mucho y variado conocimiento. Y así conviene asir y acumular muchas cosas leyendo todo y aprendiendo por todos lados, igualmente escrutar y examinarlas por completo, de donde se llegue a conseguir alguna utilidad para nuestros estudios. Pero que en ésta haya una selección diligente y una inversión cauta del tiempo, para que siempre anteponga los mejor y más conveniente.

18 Entonces, parece bueno adjuntar a aquellos estudios, sobre los que hablé arriba, en primer lugar, el conocimiento de la historia, asunto que de ningún modo debe ser menospreciado por los hombres estudiosos. En efecto, es conveniente conocer el origen y el desarrollo del propio pueblo y, especialmente, las hazañas en la paz y en la guerra de los pueblos libres y de los más grandes reyes. En efecto, la noción del pasado guía la prudencia y las resoluciones, y los desenlaces de inicios similares o nos impulsan, o nos disuaden, según el estado actual de las circunstancias. Además, que la abundancia de ejemplos, con los que a menudo es propio ilustrar lo que decimos, sea tomada más especialmente de la historia. Ciertamente en ese tema, hay un género de escritores juiciosamente selecto, sobresaliente y pulido en todo ornato y brillo; a éstos también vale la pena leer en favor de las letras. Hablo de Livio, Salustio, Tácito<sup>53</sup>, Curcio<sup>54</sup> y, en primer lugar, de César<sup>55</sup>, quien por sí mismo explica sus hazañas en los *Comentarios*<sup>56</sup> con suma facilidad y belleza.

Hos igitur et leget mulier summae spei et sibi acquirere perget, praesertim cum eos perdiscere ludus sit. Neque enim subtilitas ulla in illis eruenda est aut quaestio enodanda; in narratione enim rerum facillimarum omnis consistit versaturque historia. Quam si semel arripuerit ingenium illud, de quo loquor, perpetuo eius memoria cohaerebit.

19 Oratores quoque ut legere non negligat, suadebo. Quis enim aut virtutes extollere ardentius aut vitia fulminare atrocius solet? Ab his et laudare bene facta et detestari facinora addisces; ab his consolari, cohortari, impellere, absterrere. Quae licet omnia a philosophis fiant, tamen nescio quomodo et ira et misericordia et omnis animi suscitatio ac repressio in potestate est oratoris. Iam vero illa verborum sententiarumque ornamenta, quae tamquam stellae quaedam et faces orationem illuminant et admirabilem reddunt, instrumenta oratorum propria sunt, quae mutuabimur ab illis scribentes loquentesque et in usum nostrum, cum res poscet, vertemus. Denique omnem opulentiam verborum, omnem dicendi vim et quasi ornatum, omnem orationis (ut ita dixerim) vivacitatem et sanguinem ab istis sumemus.

20 Poetas insuper ut et legat et intelligat, volo. Quem enim summorum virorum expertem huius cognitionis fuisse videmus? Aristoteles certe Homeri, Hesiodi, Pindari, Euripidis ceterorumque poetarum versus frequentissime ponit tenetque omnes memoriter et facillime reddit, ut appareat illum non poetarum fere minus quam philosophorum studiosum fuisse. Apud Platonem quoque poetarum usus frequentissimus est, occurruntque illi ubique atque ultro se offerunt, auctoritateque illorum sua saepe confirmat. Dixi de Graecis. Quid autem nostri? An Cicero parum structus poetarum cognitione videtur, qui, non contentus Ennio, Pacuvio, Accio ceterisque nostris, Graecorum insuper poemata in Latinum convertit totosque libros suos illis refert? Quid Seneca, durus profecto vir atque severus: nonne et ipse poemata scripsit et totus interdum scaturit versibus? Mitto Augustinum, Hieronymum, Lactantium, Boethium, in quibus quanta cognitio poetarum fuerit, scripta eorum disputataque ostendunt.

Pues la mujer de la más alta expectativa también los leerá y persistirá hasta apropiárselos, sobre todo cuando sea un juego aprenderlos. Y ciertamente no debe desentrañar ninguna sutileza en ellos ni resolver ninguna cuestión, pues toda la historia consiste y versa en la narración de las cosas más evidentes<sup>57</sup>. Si aquel ingenio del que hablo la alcanzara alguna vez, la retendrá por siempre en su memoria.

19 Invito también a que no descuide la lectura de los oradores. ¿Pues quién suele elevar más ardientemente las virtudes o fulminar más atrozmente los vicios? A partir de ellos aprenderemos también a alabar las buenas acciones y a detestar los crímenes; a partir de ellos, a consolar, a exhortar, a impeler, a ahuyentar. Aunque la ira, la misericordia y toda suscitación y represión del ánimo se hallan en los filósofos, no sé de qué modo todo esto está también en poder del orador. Sin duda, aquellos ornamentos de las palabras y de las oraciones, que como ciertas estrellas y antorchas iluminan el discurso y lo vuelven admirable, son instrumentos propios de los oradores que tomaremos prestados al escribir y al hablar y que volcaremos en nuestro beneficio cuando el asunto lo requiera. Finalmente, tomaremos de éstos toda la opulencia de palabras, toda la fuerza y como ornato de la oratoria, (por decirlo de algún modo) toda la vivacidad y la sangre del discurso.

20 Además quiero que lea y entienda a los poetas. ¿Pues a quién de los más altos varones vemos que haya ignorado este conocimiento? En efecto, Aristóteles cita con muchísima frecuencia versos de Homero<sup>58</sup>, Hesíodo<sup>59</sup>, Píndaro<sup>60</sup>, Eurípides<sup>61</sup> y de los demás poetas; se sabe a todos de memoria y los recita fácilmente, de modo que es evidente que él no fue menos estudioso de los poetas que de los filósofos. Platón<sup>62</sup> también emplea frecuentemente a los poetas y ellos aparecen en todos lados<sup>63</sup> y se presentan espontáneamente, y su autoridad a menudo confirma la de Platón. Ya hablé de los griegos, ¿qué, pues, de los nuestros? ¿Acaso parece que es poco instruido en el conocimiento de los poetas Cicerón, quien, no contento con Ennio<sup>64</sup>, Pacuvio<sup>65</sup>, Accio<sup>66</sup> y los restantes nuestros, además tradujo los poemas de los griegos al latín y colmó todos sus libros con ellos? ¿Qué de Séneca<sup>67</sup>, varón ciertamente duro y severo?, ¿acaso no él mismo también escribió poemas y entretanto toda su obra abunda en versos. No hablaré de Agustín, Jerónimo, Lactancio ni Boecio<sup>68</sup>; sus escritos y disputas demuestran cuánto conocimiento de los poetas poseyeron.

21 Mea quidem sententia mancus quodammodo in litteris est, qui poetas non didicit. Nam de vita moribusque percommode multa sapienterque ab illis dicta et naturae generationisque principia et causae et quasi doctrinarum omnium semina in illis reperiuntur; et inest auctoritas magna propter opinionem sapientiae ac vetustatem et splendor eximius propter elegantiam et ingenuitas quaedam liberis hominibus digna, ut, cui haec non adsit, paene subrusticus videatur. Quid Homero deest, quominus in omni sapientia sapientissimus existimari possint? Eius poesim totam esse doctrinam vivendi quidam ostendunt, in belli tempora pacisque divisam; et in bello quidem quae provisio ducis, qui aut astus aut fortitudo militum, quod insidiarum genus vel cavendum vel faciendum, quae monitio, quod consilium ab eo est praetermissum? Aeneas, quodam proelio Troianorum dux, Graecos magna vi pulsos in castra redegerat; cum itaque audacius urgeret ac iam totum agmen obiceret castris, advolat ad eum Hector ac pedetentim circumspecteque agere monet affirmatque eum, qui exercitum ducat, non tam audacem quam caute esse debere. Quanti, o deus immortalis, praeceptum hoc aestimandum est, praesertim ab Hectore audacissimo traditum! Id quidam aetatis nostrae duces consilium non servantes, dum audacter magis quam caute feruntur, in magnam se et suos ruinam clademque prope miserabilem iniecerunt. Apud eundem poetam Iris ad Atridem missa, cum dormientem repperisset, corripit illum verbis negatque dormiendum esse viro, cui et populorum salus commissa sit et tantarum rerum incumbat provisio. Hoc rursus quam sapiens est! Sive praeceptum sive consilium sive monitionem appellare mavis. Quid Socrates aut Plato aut Pythagoras maius imperatori consuleret aut sanctius? Decem milia sunt huiusmodi eius poetae in bello, quae referrem perlibens, nisi vererer prolixitatem. In pace autem alia rursus nec pauciora sunt nec minus egregia.

21 En mi opinión, ciertamente está de algún modo manco en las letras quien no estudió a los poetas. Pues ellos muy sabia y oportunamente dijeron muchas cosas sobre la vida y las costumbres; también en ellos se encuentran los principios y las causas de la naturaleza y de la generación, y las semillas de casi todas las doctrinas; igualmente, tienen una gran autoridad a causa de la fama de su sabiduría y belleza; un esplendor eximio, a causa de la elegancia, así como cierta nobleza digna de los hombres libres, de modo que parecerá un poco rústico al que le falten todas estas cosas. ¿Qué le falta a Homero para que pueda ser considerado extremadamente sabio en toda sabiduría? Algunos sostienen que toda su poesía es una doctrina de vida, dividida por tiempos de guerra y paz. Y, ciertamente, en la guerra, ¿qué precaución de los generales pasó por alto, qué ardid o fortaleza de los militares, qué tipo de insidias a evitar o realizar, qué advertencia, qué consejo? En cierto combate, Eneas<sup>69</sup>, jefe de los troyanos, hizo volver a los griegos, expulsados con gran fuerza, hacia su campamento. Y así, al presionarlos con más audacia y al arrojar toda su tropa hacia el campamento, Héctor<sup>70</sup> corrió hacia él y le sugirió actuar lentamente y con cuidado y le aseguró que él, que dirigía el ejército, debía no ser tan audaz como cauto<sup>71</sup>. ¡Oh Dios inmortal! ¿En cuánto debe estimarse este precepto, prescrito sobre todo por el muy audaz Héctor? Ciertos generales de nuestra era no observan este consejo, en tanto que se conducen más audaz que cautamente y arrojan hacia gran ruina y casi a un miserable desastre a ellos mismos y a los suyos. Según el mismo poeta, Iris<sup>72</sup>, enviada hacia el Atrida<sup>73</sup>, al encontrarlo durmiendo, lo levanta con palabras y prohíbe dormir al varón al que le fue encomendada la salvación de los pueblos y al que le corresponde tomar precaución de tan importantes asuntos<sup>74</sup>. De nuevo, ¡qué sabio es esto! Ya sea que prefieras llamarlo precepto, consejo o advertencia. ¿Qué cosa más grande o más santa aconsejaría Sócrates, Platón o Pitágoras<sup>75</sup> a un gobernante? En ese poeta hay miles de sucesos de este tipo concernientes a la guerra, que referiría muy gustoso, si no me preocupara extenderme. Ciertamente, todo lo demás que concierne a la paz no es, a su vez, menor, ni menos egregio.

22 Age vero, ne cuncta ad Homerum Graecosque referamus, Maronis nostri sapientia quam multi facienda est! Cum tamquam ex oraculo quodam adytoque naturae illa revelat:

Principio caelum ac terras camposque liquentes  
Lucentemque globum Lunae Titaniaque astra  
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus  
Mens agitat molem et magno se corpore miscet.  
Inde hominum pecudumque genus vitaeque volantum  
Et quae marmoreo fert monstra sub aequore Pontus.  
Igneus est ollis vigor et caelestis origo  
Seminibus... (Aen. VI, 724-731).

Et reliqua. Quae cum legimus, quem philosophum non contemnimus? Aut quis umquam de natura animi tam enucleate scienterque locutus est? Quid? Cum poeta quasi deo plenus vaticinatur parum ante Salvatoris adventum, dicens,

Ultima Cumaei venit iam carminis aetas;  
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.  
Iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna;  
Iam nova progenies caelo demittitur alto (Ecl. IV, 4-7).

Nempe mentem divinam inesse poetis sapientissimi veterum tradidere vatesque inde nuncuparunt, quod non tam ex se quam concitatione quadam animi afflatuque divino loquerentur; quamquam Vergilius ad Cumanam hic sese refert Sibyllam, quam adventum Christi praedixisse Lactantius probat. Sibylla igitur adventum Christi vaticinata est, tempus vero quo is venturus foret, non satis aperuit; Vergilius autem multa post Sibyllam natus saecula venire iam id tempus recognoscit, novamque progeniem caelo dimitti velut admirabundus stupensque denuntiat.



22 Ea, pues, ¡para que no mencionemos todo de Homero y de los griegos, debemos apreciar cuán grande es la sabiduría de nuestro Marón<sup>76</sup>! Como cuando aquella sabiduría revela por cierto oráculo y desde lo más recóndito de la naturaleza:

En el principio, al cielo y a las tierras y a las superficies líquidas  
y al globo reluciente de la luna y a los astros titanios,  
el espíritu interno alimenta; e, infundida a través de las articulaciones,  
la mente agita toda la masa y con el magno cuerpo se mezcla.

De ahí viene el género de los hombres y de las bestias y las vidas de los  
que vuelan

y los monstruos que alimenta bajo su marmórea superficie el Ponto.

Aquellas semillas tienen el ígneo vigor y el origen celeste... (Aen. VI, 724-731).

Y así lo demás. Cuando lo leemos ¿a qué filósofo no desdeñamos? o ¿quién alguna vez habló acerca de la naturaleza del ánimo tan clara y sabiamente? ¿Qué? Cuando el poeta, como colmado por dios, vaticina poco antes el advenimiento del salvador con estas palabras:

La última edad del canto de Cumas ya viene,  
el gran orden de los siglos nace por completo,  
regresa también la virgen, regresan los reinos saturnios,  
ya la nueva progenie desciende desde lo alto del cielo (Ecl. IV, 4-7).

Ciertamente los ancianos más sabios transmitieron que la mente divina está en los poetas y, de ahí, los llaman vates, porque hablaron no tanto a partir de sí mismos como de cierta conmoción del ánimo y de un soplo divino. Aunque aquí Virgilio se refiere a la sibila cumana<sup>77</sup>, la que Lactancio prueba que predijo el advenimiento de Cristo. Pues la sibila vaticinó el advenimiento de Cristo, pero no mostró con exactitud el tiempo en el que él llegaría; Virgilio, por su parte, nacido muchos siglos después de la sibila, reconoce que ya viene ese tiempo y, admirado y estupefacto, anuncia que una nueva progenie desciende desde lo alto del cielo.

23 Et negant quidam poetas esse legendos, divinum, ut vere dixerim, litterarum genus! Quod tamen ii soli facere consueverunt, qui nulla ipsi disciplina politiore imbuti neque intelligunt praestantiam ullam in litteris neque existimant. Mihi vero studia haec nostra intuenti in primis necessaria videri solet poetarum cognitio, cum propter utilitatem, de qua supra dixi, variamque multarum rerum notitiam, tum ob sermonis excellentissimum nitorem. Praeterea nihil est ex omnibus studiis, quod minus nobis auferat temporis; nam et addiscuntur in pueritia cum aliis fere vacare non possumus, et inhaerent memoriae ob rotundam concinnitatem et peregrinantur una nobiscum et sine libris ultro recursant, ut vel aliud agens hoc etiam agas.

24 Quanta vero sit naturae ipsius ad poeticam convenientia vel ex hoc patere arbitror, quod vulgo ineruditi homines, quamvis litterarum doctrinaeque expertes, tamen, si ingenio valent, ea ipsa, qua possunt, ruditate sonitus quosdam et rhythmos efficere delectantur. Etsi queant illa eadem solutis verbis dicere commodius, tamen ita demum aliquid dignum auditu se perfecisse putant, si illa numero rhythmisque incluserint. Quin etiam ipsa missarum solemnia quamquam omni studio perpolita sint, tamen, cum aguntur in templis, dormire nonnumquam animus noster oscitareque videtur. At enim, si inter ista chorus poetica illa decantet 'Primo dierum omnium' vel 'Iste Confessor' vel 'Ut queant laxis resonare fibris', cuius usque adeo mens humi depressa est, ut non elevetur animus et quasi suscitetur? Ex quo opinati sunt quidam antiquorum animum nostrum harmoniam esse et numerum, quoniam exploratum sit cuncta secundum naturam simili cognatoque maxime gaudere; nihil autem est omnium, quo animus noster tantum demulceatur et gaudeat, quantum harmonia et numero. Sed haec maiora quam secundum praesens; tantum illud intelligi volo:

23 ¡Y algunos dicen que no debemos leer a los poetas, el género divino de las letras, para hablar con la verdad! Acostumbraron a hacer eso sólo quienes no entienden que hay alguna superioridad en las letras, ni la aprecian, ya que ellos mismos no fueron empapados por ninguna disciplina más pulida. Pero, para mí que observo estos estudios nuestros, parece que es necesario conocer en primer lugar a los poetas, tanto a causa de la utilidad de la que arriba hablé y de la variada noción de muchas cosas, como por el excelentísimo brillo de su lenguaje. De todos los estudios no hay nada que nos quite menos tiempo; pues los poetas se aprenden en la infancia, cuando casi no podemos dedicarnos a otros asuntos, y debido a su total equilibrio se plasman en la memoria y viajan con nosotros al mismo tiempo y regresan espontáneamente sin libros, de tal modo que, mientras haces otra cosa, también haces ésta.

24 Opino que a partir de esto queda claro qué tan grande es la conformidad de la naturaleza misma con la poética, porque los hombres ineruditos en general, por muy desconocedores de las letras y de las doctrinas, no obstante, si gozan de un ingenio saludable, se deleitan con esta misma rusticidad con la que pueden efectuar ciertos sonidos y ritmos. Aunque con mayor conveniencia puedan decir lo mismo en prosa; sin embargo, piensan que finalmente ellos terminaron algo digno de ser escuchado, si lo encierran en cantidades y ritmos. Es más, también las solemnidades mismas de las misas, aunque hayan sido embellecidas con todo afán, no obstante, cuando se celebran en los templos, nuestro ánimo parece a veces dormir y bostezar. Pero ciertamente, si entre esas el coro canta aquellas solemnidades poéticas como "*Primo dierum omnium*" o "*Iste confessor*" o "*Ut queant laxis resonare fibris*"<sup>78</sup> ¿Quién tiene la mente tan hundida hasta el suelo, que su ánimo no se eleve y como que se despierte? A partir de esto, algunos antiguos opinaron que nuestro ánimo es armonía y cantidad<sup>79</sup>, porque es seguro que todas las cosas juntas, siguiendo la naturaleza, se regocijan sobre todo con lo similar y lo semejante. En efecto, de todas las cosas, no existe ninguna con la que nuestro ánimo se recree y se regocije tanto como con la armonía y la cantidad. Pero esto es más grande que lo que se puede decir ahora. Quiero que solamente se entienda esto:

nos natura magis ad poeticam duci quam ad aliud genus litterarum et esse in ea utilitatem plurimam et delectationem et ingenuitatem, cuius qui expers sit, minime liberaliter eruditus videatur.

25 Prolixiorem in hac parte me fuisse intelligo quam ego ipse ab initio proposueram; verum ubi inceperis, ita multa occurrunt, ut difficilius sit reicere quod ultro se offert quam reperire quid dicas. Feci praeterea non invitus, quod principem familiae vestrae, si haec forsitan audierit, in hac quidem parte refragaturum esse sciebam: virum ad omnia summa natum et multis magnisque virtutibus praecellentem, sed ita pertinacem in disputando, ut, quod semel dixerit, semper defendat. Is ergo, quia quandoque negavit poetas esse legendos, usque ad mortem hunc errorem prosequetur. Sed nolo cum eo, scriptis praesertim, contendere, cui etiam absenti reverentiam debeo.

26 Sed ab alio quodam istorum qui poetas insectantur perlibenter quaererem: quanam sit causa, cur legendos non putent? Qui, cum nihil plane sit quod imputare illis queant, dicent tamen: quia amores et flagitia in illis reperiuntur. Ego vero affirmare ausim in nullis scriptoribus tanta pudicitiae bonarumque rerum exempla reperiri, quanta in poetis: nam et Penelopae erga Ulyxem fidelissimam castitatem et Alcestae in Admetum incredibilem pudicitiam et utriusque admirabilem constantiam in absentibus calamitatibusque maritorum. Atque multa huiusmodi in poetis leguntur, maxima documenta uxoriae disciplinae. Quod si quando amores describunt, ut Phoebi et Daphnidis Vulcanique et Veneris, quis usque adeo hebes est, ut non fictas res et aliud pro alio significantes intelligat? Denique ista, quae tu damnas, perpauca sunt, optima vero permulta et dignissima cognita, ut de Homero et Virgilio supra ostendi.

que nosotros somos conducidos por naturaleza más hacia la poética que hacia otro género de las letras y que en ella hay muchísima utilidad, deleite y nobleza; quien esté desprovisto de ella, de ningún modo parecerá que es erudito en las artes liberales.

25 Entiendo que me amplié más en esta parte de lo que yo mismo al inicio me había propuesto; ciertamente, tan pronto empiezas, se te ocurren muchas cosas, de modo que es más difícil rechazar lo que espontáneamente se presenta que encontrar qué decir. Además, no lo hice obligado, porque sabía que el jefe de tu familia, si por casualidad oyera estas cosas, ciertamente habría de oponerse en esta parte; pues, aunque es un varón nacido para todo lo más alto y sobresaliente en muchas y grandes virtudes, también es obstinado al disputar, de tal modo que siempre defiende lo que haya dicho alguna vez. Él, entonces, puesto que dijo que los poetas no deben leerse, defenderá este error hasta la muerte. Pero no quiero contender, especialmente de manera escrita, con aquél a quien debo reverencia, incluso si está ausente.

26 Pero más gustosamente preguntaría a algún otro de estos que atacan a los poetas: ¿cuál, pues, es la causa por la que piensan que no deben leerse? Aquéllos, al no encontrar absolutamente nada que puedan imputarles, dirán, no obstante, que en ellos se hallan amores y vergüenzas. Y yo, por mi parte, me atrevería a afirmar que no hay escritores en los que se hallen tantos ejemplos de pudor y de hechos buenos como en los poetas: está la fidelísima castidad de Penélope<sup>80</sup> para con Ulises<sup>81</sup> y el increíble pudor de Alceste<sup>82</sup> hacia Admeto<sup>83</sup> y la admirable constancia de las dos en las ausencias y calamidades de sus maridos. Además, muchas cosas de ese tipo se leen en los poetas, máximos documentos de la disciplina marital. Y si alguna vez describen amores, como el de Febo<sup>84</sup> y Dafne<sup>85</sup> y el de Vulcano<sup>86</sup> y Venus<sup>87</sup> ¿quién es a tal punto obtuso, que no pueda entender que son ficciones que significan una cosa por otra? Finalmente, estos pasajes que tú condenas son muy pocos; sin embargo, los buenos son muchísimos y muy dignos de conocerse, como arriba señalé acerca de Homero y de Virgilio.

Est autem perquam iniustum eorum, quae verae laudis sunt, oblivisci, meminisse vero illorum, quae ansam aliquam praebeant insectandi. 'Nolo ista misceri', dicit mihi severus quidam, 'potiusque relinquam bona malorum metu, quam spe bonorum mala incurram; itaque nec ipse legam poetas, nec aliis, uti legant, permittam'. At Plato et Aristoteles legebant! Quibus si te aut gravitate morum aut intelligentia rerum anteponis, nullo modo feram. An tu te aliquid discernere putas, quod illi non viderint?

27. 'Christianus', inquit, 'sum'. At illi forsitan suo more vixerunt? Quasi vero honestas gravitasque morum non tunc eadem fuerit, quae nunc est! Aut quasi non haec ipsa, vel etiam deteriora in sacris reperiantur libris! An non ibi Samsonis amores paene insani et robustissimum viri caput gremio mulierculae impositum et fortitudinis detonsus crinis, an non haec poetica, an non flagitiosa? Taceo filiarum Lothi scelus infandum et Sodomitarum execrandam obscenitatem, quae duo mehercule flagitia ego ille, qui poetas laudo, commemorare nequaquam sustineo. At etiam Davidis amorem in Bersabeam et scelus in Uriam Salomonisque fratricidium et tam numerosum concubinarum gregem quorsum spectare dicemus? An, quia haec mala sunt et flagitiosa et obscena, propterea negabimus sacros libros esse legendos? Nequaquam. Nec poetae igitur respuendi sunt, quia in illis interdum aliqua ad delectationem hominum scripta reperiantur. Equidem, si quando Didonis Aeneaeque amores apud Vergilium lego, ingenium poetae admirari soleo, rem autem ipsam, quia fictam esse scio, nequaquam attendere. Quod idem mihi accidit in aliis fictionibus poetarum. Animum certe non movet, quia fabulosas et aliud pro alio significantes intelligo. At enim, cum illa in sacris lego, quia vera fuisse scio, saepe inflector.

No obstante, es muy injusto olvidar los sucesos que son dignos de verdadero mérito y recordar aquéllos que presentan algún motivo de censura. “No quiero que estas cosas se mezclen” alguien en tono serio me dice, “y más bien dejaría las buenas por miedo a las malas que incurrir en las malas por esperar las buenas; y de este modo, ni yo mismo leería a los poetas, ni les permitiría a otros que los leyeran.” ¡Pero Platón y Aristóteles los leían! Yo no soportaré que tú te antepongas a ellos en el entendimiento de las cosas y en la gravedad de las costumbres. ¿Acaso piensas que tú disciernes algo que ellos no vieron?

27 “Soy cristiano” dirá. ¿Pero acaso los poetas vivieron a su antojo? ¡Como si la honestidad y la gravedad de las costumbres no hubiera sido entonces la misma que es ahora! ¡O como si esto mismo, o incluso algo peor, no apareciera en los libros sagrados! ¿Acaso no ahí están los amores casi locos de Sansón<sup>88</sup> y la muy robusta cabeza del varón puesta en el regazo de la mujerzuela<sup>89</sup> y el cabello cortado de su fuerza<sup>90</sup>? ¿Acaso no son propias de la poesía estas cosas, acaso no son deshonorosas? Me callo el abominable crimen<sup>91</sup> de las hijas de Loth<sup>92</sup> y la detestable obscenidad de los sodomitas<sup>93</sup>, dos deshonoras que yo, que alabo a los poetas, de ninguna manera ¡por Hércules! puedo mencionar. También ¿de qué manera diremos que vemos el amor de David<sup>94</sup> hacia Betsabé<sup>95</sup> y su crimen<sup>96</sup> contra Urías<sup>97</sup> y el fratricidio y la tan numerosa grey de concubinas de Salomón<sup>98</sup>? ¿Acaso a causa de ello diremos que no deben leerse los libros sagrados porque estas cosas son malas, vergonzosas y obscenas? En absoluto. Por lo tanto, los poetas no deben ser repudiados porque a veces se encuentran en ellos algunas cosas escritas para el deleite de los hombres. Ciertamente, cuando leo los amores<sup>99</sup> de Dido<sup>100</sup> y Eneas en Virgilio, suelo admirar el ingenio del poeta, pero nunca suelo poner atención en el asunto mismo porque sé que es ficticio. Lo mismo me pasa con las otras ficciones de los poetas. Ciertamente no inquietan el ánimo porque entiendo que son situaciones fabulosas y que significan una cosa por otra. Y cuando las leo en los libros sagrados, siempre me conmuevo, porque sé que fueron verdaderas.

28. Sed ne pertinax ipse sim, placet aliquid de iure meo remittere, praesertim cum ad mulierem scribam. Fateor ergo: ut populus in nobilitatem plebemque dividitur, ita inter poetas gradus quosdam esse dignitatis. Si quid igitur vel a comico non satis pudico argumento protexitur aut a satyro vitium aliquod apertius exprobat, ne leget haec mulier neve inspiciat! Sunt enim veluti vulgus poetarum. At enim proceres illos, Vergilium dico et Senecam et Statium ceterosque eiusmodi, nisi legerit, maximum sibi ornamentum sciat deesse litterarum; nec summum speret, cui haec pars desit.

29. Omnino enim praestantia illa, de qua loquor, non nisi ex multarum variarumque rerum fit cognitione. Itaque multa vidisse legisseque oportet et philosophis et poetis et oratoribus et historicis et aliis omnibus scriptoribus operam impertisse. Sic enim resultat<sup>IV</sup> plenum quiddam ac sufficiens, ut copiosi, ut varii, ut ornati, ut nulla in re vacui rudesque videamur. Adhibenda insuper est litterarum peritia non tenuis neque contemnenda. Haec enim duo sese invicem iuvant mutuoque deserviunt. Nam et litterae sine rerum scientia steriles sunt et inanes, et scientia rerum quamvis ingens, si splendore careat litterarum, abdita quaedam obscuraque videtur. Quid enim prodest multa et pulchra scire, si neque loqui de his cum dignitate neque mandare litteris nisi ridicule possis? Atque ita coniugata quodammodo sunt peritia litterarum et scientia rerum. Haec duo simul coniuncta veteres illos, quorum memoriam veneramus, ad celebritatem nominis gloriamque provexere: Platonem, Democritum, Aristotelem, Theophrastum, Varronem, Ciceronem, Senecam, Augustinum, Hieronymum, Lactantium, in quibus omnibus discerni vix potest, maiore scientia rerum an peritia fuerit litterarum.

---

<sup>IV</sup> *Resultat*: no es clásico. De *resulto*, *atum*, *are*: [aquí con el sentido de] resultar. La palabra existe en latín clásico, pero con el sentido de rebotar, retumbar, resistir, repugnar.



28 Pero para que yo mismo no sea obstinado sobre todo al escribirle a una mujer, conviene contestar algo desde mi autoridad. Confieso entonces que, así como el pueblo se divide en nobleza y plebe, del mismo modo hay entre los poetas ciertos grados de dignidad. Pues si algo fue encubierto por un poeta cómico con un argumento no lo suficientemente púdico o si algún vicio es aprobado más abiertamente por un poeta satírico, ¡que la mujer no lea estas cosas ni les ponga atención! Pues son como el vulgo de los poetas. En efecto, digo que aquellos próceres son Virgilio, Séneca, Estacio<sup>101</sup>, y los demás de este tipo. En el caso de que no los haya leído, que sepa que le falta el máximo ornamento de las letras; que no espere lo más alto al que le falte esta parte.

29 Pues aquella excelencia, de la que hablo, sólo se produce en su totalidad a partir del conocimiento de muchas y variadas cosas. Y así conviene haber visto y leído mucho y haberse dedicado a los filósofos, poetas, oradores, historiadores y a todos los demás escritores. Así pues, resulta algo completo y suficiente de modo que parezca que nosotros como abundantes, variados, adornados, y de ninguna manera vacíos ni rústicos. Además, no debe emplearse una pericia en las letras ligera o despreciable. En efecto, estos dos puntos<sup>102</sup> se ayudan alternativamente y se sirven mutuamente. Pues las letras son estériles y vacías sin el conocimiento de las cosas y este conocimiento, por muy grande que sea, si carece del esplendor de las letras, parece que es en cierto modo oculto y oscuro. Efectivamente ¿para qué te sirve saber muchas y bellas cosas si no puedes hablar acerca de ellas con dignidad ni ponerlas por escrito si no es de modo ridículo? Y así, de cierto modo, están conjugadas la pericia en las letras y el conocimiento de las cosas. Estos dos puntos unidos conjuntamente elevaron a aquellos antiguos, cuya memoria veneramos, hacia la gloria y hacia un célebre renombre: Platón, Demócrito<sup>103</sup>, Aristóteles, Teofrasto<sup>104</sup>, Varrón<sup>105</sup>, Cicerón, Séneca, Agustín, Jerónimo, Lactancio; en todos ellos difícilmente puede discernirse si fue mayor el conocimiento de las cosas o la pericia en las letras.

30. Ut autem ad extremum concludam: ingenium, quod summa omnia de se mihi repromittat, his duobus structum esse oportere afirmo, horumque comparandorum gratia undique legenda multa et coacervanda esse; habendum tamen rationem temporis, ut potioribus semper utilioribusque incumbat, nec aut nimium obscuris aut parum profuturis occupetur; religionis et bene vivendi studia mihi praecipua videri, cetera vero omnia tamquam adminicula quaedam ad ista referri, quae possint vel adiuvere vel illustrare, eaque de causa poetis et oratoribus et scriptoribus aliis inhaerendum; in litteris autem providendum, ut et praeceptio adsit ingenua et pervigil solertia, nec umquam nisi optima probatissimaque legamus.

31. Habes meum de litteris studiisque iudicium, de quibus, si forsan aliter existimes, faciliter cedam. Non enim quasi praeciens ad te scripsi (non tantum mihi arrogo), sed quasi unus de turba erga tuam excellentiam affectus conferre tecum volui opinionem meam et currentem, ut aiunt, ad gloriam cohortari. Vale.

30 Y, por último, para concluir: afirmo que conviene que el ingenio, que me prometa de sí todas las cosas más altas, esté construido por estos dos puntos; y para juntarlos debe leerse y acumularse mucho otras de todas partes; no obstante, debe considerarse bien el tiempo para que siempre se dedique a lo mejor y más útil y no se ocupe en lo demasiado oscuro, ni en lo poco provechoso. Afirmo que me parece que los estudios de la religión y del bien vivir son principales, y que todos los demás se dirigen a éstos como ciertos apoyos, que pueden ayudar o ilustrar. Por esta causa uno debe adherirse a los poetas, a los oradores y a otros escritores. Ciertamente debe preverse en las letras que también estén presentes un digno precepto y una destreza atenta; y que nunca leamos sino lo mejor y más aprobado.

31. Tienes mi opinión sobre las letras y los estudios, de los que fácilmente me apartaré, si consideras quizá otra cosa. Ciertamente no te escribí como maestro (no me atribuyo tanto), sino como uno de la turba e, impresionado por tu excelencia, quise compartirte mi opinión y, como dicen, exhortarte a que corras a la gloria. Adiós.

## IV. Notas

---

<sup>1</sup> Cornelia (s. II a. C.). Segunda hija de Escipión el Africano, se casó con Tiberio Sempronio Graco y fue madre de Tiberio y Gayo Graco. Sabemos que Cicerón admiró sus cartas, pero no las conservamos. A la muerte de Tiberio, se mudó a una villa en Miseno donde se dedicó a la cultura y a escribir. Murió después del año 100 a. C. (Hornblower, 103).

<sup>2</sup> Publio Escipión Africano (236 – 185 a. C.). General romano, gobernador de Hispania y cónsul. Combatió a los cartagineses. Venció a Asdrúbal Barca y a Mago en Hispania y llevó luego la guerra a África donde culminó su campaña al derrotar a Aníbal en la batalla de Zama por lo que consiguió el cognomen de Africano. Por problemas en la política romana, se exilió en Literno, donde murió (Hornblower, 139-140).

<sup>3</sup> Safo (segunda mitad del s. VII a. C.). Poetisa lírica griega originaria de la isla de Lesbos. Tenemos pocos datos fidedignos de su vida y sólo conservamos fragmentos de su obra poética que, en la antigüedad, los filólogos alejandrinos habían compendiado en nueve libros. Parece ser que tenía un círculo de mujeres jóvenes con las que convivía antes de que éstas contrajeran matrimonio. Sus fragmentos escritos en dialecto eólico tratan de amor erótico, a veces entre doncellas, y cantos a los dioses (Hornblower, 347).

<sup>4</sup> Aspasia (s. V a. C.) Famosa mujer de la Atenas clásica. Sabemos poco sobre ella. Nacida en Mileto, su fama se debe principalmente a las conversaciones que supuestamente sostenía con el filósofo Sócrates y a la relación amorosa que sostuvo con el estadista Pericles. Las personalidades que sobre ella transmiten las diversas fuentes son contradictorias (Howatson, 83).

<sup>5</sup> Sócrates (469 – 399 a. C.) Filósofo griego. Nació y vivió en Atenas y formó parte activa de la vida pública de la ciudad. No escribió nada así que su vida y pensamiento sólo pueden ser reconstruidos mediante los testimonios de terceros, los cuales resultan inconsistentes entre sí. Contamos, pues, con tres testimonios principales: el de Platón, su más grande discípulo, que nos presenta un hombre sensato, inquisidor e implacable; el de Jenofonte, otro discípulo, que presenta un pensador más relajado y sencillo; y el de Aristófanes, el comediógrafo, que lo identifica totalmente dentro del movimiento sofista del que Platón y Jenofonte pretendían diferenciarlo. Hubo más testimonios de otros discípulos y contemporáneos suyos que no llegaron hasta nosotros. La importancia de Sócrates y su identificación con el ideal del filósofo se deben sin duda a la imagen que presenta Platón, con el que se funden sus ideas y no sabemos con certeza

---

hasta qué punto o en qué momento las cuestiones presentadas en los Diálogos se volvieron propiamente platónicas y se apartaron de las del maestro (Hornblower, 363-365).

<sup>6</sup> Se refiere a los escolásticos. En la época de Bruni, los estudios teológicos seguían el método escolástico. La escolástica es una doctrina que presumía haber encontrado la concordancia definitiva entre razón y fe, su sistema está compuesto por la *lectio* y la *disputatio*. Tal sistema, estrechamente ligado con la enseñanza, condicionó la forma y el método de la producción literaria de quienes la practicaban. Las principales formas literarias que cultivaban sus seguidores eran comentarios, cuestiones y disputas (Aguilera, 25-29).

<sup>7</sup> Lactancio (¿Lucio Celio o Cecilio? Firmiano) (c. 240 – c. 320 d. C.). Apologeta cristiano del norte de África. Debió convertirse al cristianismo antes del 303. Fue profesor de retórica en Nicomedia, se trasladó luego a occidente y se desempeñó como tutor de Crispo, hijo de Constantino I. Conservamos sólo sus obras de corte cristiano en las que demuestra conocimiento de los autores latinos, sobre todo de Cicerón, pero no así de los griegos. Durante el Renacimiento se le conoció como *el Cicerón cristiano*. *Sobre la obra de Dios*, *Sobre la ira de Dios*, *Instituciones divinas*, y su poema *Ave Fénix* son algunas de sus obras más conocidas (Hornblower, 236).

<sup>8</sup> San Agustín de Hipona (Aurelio Agustino) (354 – 430 d. C.). Padre, doctor y santo de la Iglesia católica. Nació en Teggaste al norte de África y fue obispo de Hipona. Fue maestro de retórica y orador público, se sintió atraído por la filosofía pagana, después probó el maniqueísmo, luego el neoplatonismo para abrazar finalmente el cristianismo. Su pensamiento y obras sentaron las bases del sistema ideológico y teológico del catolicismo. Conservamos numerosas obras, más de una centena, entre tratados, exégesis, homilias y epístolas; de las más afamadas podemos nombrar sus *Confesiones* y *La ciudad de Dios* (Hornblower, 8-9).

<sup>9</sup> San Jerónimo de Estridón (Eusebio Jerónimo) (c. 347 – 420 d. C.). Padre, doctor y santo de la Iglesia católica y traductor de la *Biblia* al latín. Nació ya cristiano en Estridón en la provincia de Dalmacia, se trasladó a Roma donde estudió gramática y luego retórica. Abrazó fervientemente su cristianismo y vivió como monje asceta en oriente, donde aprendió hebreo. Regresó a Roma ya ordenado sacerdote en 382, ahí, a petición del papa Dámaso, comenzó su traducción de la Biblia, la *Vulgata*. Regresó a oriente y fundó un monasterio en Belén, donde murió. Fue un erudito de la tradición pagana y también de las sagradas escrituras, conocimiento que queda manifestado en su obra de varios comentarios y exégesis. Además de la *Vulgata*, es famosa su obra *Sobre los varones ilustres* (Hornblower, 222-223).

---

<sup>10</sup> O sea, la teología.

<sup>11</sup> Gramáticos. Se refiere a los maestros de educación media en la Roma clásica e imperial, como bien lo constatan los ejemplos de autores que Bruni ofrece más adelante. Se trataba profesores que enseñaban latín y sus sofisticaciones gramaticales a jóvenes de entre diez y quince años, y los preparaban para el siguiente nivel educativo a cargo del maestro de retórica. Usaban un método basado en el estudio de autores reconocidos que hoy llamamos clásicos. Algunos de estos pedagogos llegaron a ser muy famosos en su tiempo y otros más se consagraron para la posteridad gracias a los textos didácticos que confeccionaron. Además de los dos que menciona Bruni, tenemos como exponente a Elio Donato (mediados del siglo IV) con su *Arte gramatical*.

<sup>12</sup> Mario Servio Honorato (principios del s. V d. C.). Gramático y comentarista latino de época tardía. Su máxima obra es un comentario de Virgilio de uso escolar, *Exposición de tres obras de Virgilio*, en el que trata principalmente la gramática y retórica de algunos textos virgilianos (Howatson, 745).

<sup>13</sup> Prisciano de Cesarea (s. V – VI d. C.). Gramático latino de época tardía. Nació en Mauritania y se desempeñó como maestro de latín en Constantinopla. Su obra monumental y más importante es *Instituciones gramáticas*, fundamental para el estudio del latín durante toda la Edad media (Hornblower, 331-332).

<sup>14</sup> San Ambrosio de Milán (Aurelio Ambrosio) (340 – 397 d. C.). Padre, doctor y santo de la Iglesia católica. Nació en la provincia de Galia y muy joven fue trasladado a Roma donde tuvo una educación ejemplar. Fue gobernador de Emilia y Luguria en 374 pero en 375 asumió el cargo de obispo de Milán. Es recordado por sus enfrentamientos con el emperador Teodosio, los cuales sentaron el primer antecedente importante de la intervención de los líderes católicos en los asuntos estatales. Su erudición y doctrina es fundamental para el catolicismo. *Sobre los deberes* es una de sus obras más importantes (Hornblower, 16).

<sup>15</sup> San Cipriano de Cartago (Tascio Cecilio Cipriano) (c. 200- 258 d. C.) Padre, mártir y santo de la Iglesia católica. Nació en Cartago en el seno de una familia acomodada, se convirtió en obispo de esa ciudad y sufrió las persecuciones de Decio (248) y de Valeriano (257), ahí también fue ejecutado. Sus ideas y educación lo asemejaban más a un funcionario romano que a un teórico cristiano, situación que se refleja bien en su obra llena de paralelismo y analogías con el derecho romano; así las categorías jurídicas que aplicó a la iglesia se consolidaron en la jerarquía y proceder católico. Una de sus obras principales es *Sobre la unidad de la iglesia* (Hornblower, 90-91).

---

<sup>16</sup> Los nombres en cursiva permanecieron en esta tipología porque así estaban en la edición latina utilizada. Dicha edición latina parece indicar que se trata de títulos de obras; sin embargo, considero más bien que Bruni simplemente nos está ofreciendo el contenido, es decir, los temas que él sugiere leer de entre los que toca Lactancio. Ciertamente no contamos con ningún tratado llamado *Contra la falsa religión* (*Advesus falsam religionem*) en la obra conservada de Lactancio, pero podría referirse al primer libro de sus *Instituciones divinas* (*Divinae institutiones*) intitulado *De falsa religione deorum*, o a toda esa obra en general, puesto que en toda ella ataca al paganismo y trata de demostrar que el cristianismo es la verdadera religión. Tampoco contamos con ningún tratado *Sobre la obra de los hombres* (*De opificio hominis*) pero sí con uno intitulado *Sobre la obra de Dios* (*De opificio Dei*) en el que se presenta un estudio del cuerpo humano como obra de Dios. Finalmente, sí conservamos un tratado llamado *Sobre la ira de Dios* (*De ira Dei*) en el que Lactancio defiende que Dios sí se encoleriza, pero sólo contra los pecadores (Teja, 10).

<sup>17</sup> Gregorio Nacianceno (c. 330 – 390 d. C.). Padre, doctor y santo de la Iglesia católica. Hijo de Gregorio el Viejo, obispo de Nacianzo. Contemporáneo y amigo de Basilio de Cesarea y de Gregorio Niseno, con el que no debe confundirse. Estudió en Cesarea de Capadocia, en Cesarea de Palestina, en Alejandría y en Atenas. Estudió con Basilio la obra de Orígenes. Fue ordenado sacerdote por su padre. A pesar de que administró la sede en Nacianzo, no fue obispo de ahí. Se trasladó luego a Constantinopla para defender la fe nicena. Se vio envuelto en varios conflictos de fe con arrianos, con la comunidad cristiana de Roma y con la de Alejandría. Su obra es conocida por su vehemente defensa de la Trinidad y de la consustancialidad del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. Conservamos de él discursos, cartas y poesías (Di Berardino, 995-998).

<sup>18</sup> Juan Crisóstomo (345/354 – 407 d. C.). Padre y santo de la Iglesia católica. Nació en Antioquía de Orontes en el seno de una familia acomodada. Gozó de una excelente educación retórica con el orador pagano Libanio y pasó su juventud en los tribunales de Antioquía. Luego fue influido por Diodoro de Tarso y se acercó al cristianismo. Se volvió asceta durante algunos años y luego se ordenó sacerdote. Llegó a ser obispo de Constantinopla donde atacó vehemente los abusos y excesos de la sociedad y líderes cristianos, lo que lo enemistó con la emperatriz y algunos obispos. Finalmente fue exiliado por sus enemigos y murió en el viaje. Su vasta obra se compone de homilías, exégesis, cartas y tratados; en ella, Juan demuestra su excelente formación retórica. Sus ideas no son especulaciones teológicas innovadoras o llamativas, más bien propugna por seguir un cristianismo escrupuloso en la vida cotidiana, el matrimonio, la educación de

---

los hijos, etc. Es famosa su preocupación por el ascetismo y la eucaristía. Sus exégesis son minuciosas y buscan acercar los textos a los cristianos (Di Berardino, 1177-1181).

<sup>19</sup> San Basilio de Cesarea (c. 330 – 379 d. C.). Padre, doctor y santo de la Iglesia católica. Nació en Cesarea y fue educado en Atenas, posteriormente viajó a Oriente donde se inmiscuyó en la práctica ascética, después se interesó por los asuntos de la Iglesia y se ordenó sacerdote y fue obispo de Cesarea. Combatió el arrianismo, aunque su doctrina fue moderada, lo que le permitió incluso acercarse al emperador arriano Valentiniano; así, la dirección de su trabajo era más dirigida a la conciliación y unidad de la Iglesia. Una de sus principales obras fue el *Hexaemeron* (Hornblower, 64-65).

<sup>20</sup> Marco Tulio Cicerón (106 – 43 a. C.). Orador y político romano. Hijo de una familia ecuestre, tuvo una excelente educación en Roma y posteriormente en Atenas y Rodas, regresó a Roma donde se desempeñó como abogado y como miembro activo de la vida política de la república, en la época en que ya se dejaban ver cambios dirigidos hacia el imperio. Defendió el modelo republicano y fue afín a personajes como Pompeyo, mientras que se enfrentó a otros como Catilina, César y, después, Marco Antonio, pertenecientes a la misma facción. Fue ejecutado por órdenes de Marco Antonio. Su estilo de escritura es el modelo y epítome de la prosa latina clásica. Su extensa obra se puede dividir en discursos, epístolas y tratados de divulgación filosófica (Hornblower, 81-88).

<sup>21</sup> Publio Virgilio Marón (70 – 19 a. C.). Poeta latino. Nació en Andes, una aldea cercana a Mantua. Los datos de su vida son inciertos, pero pudo educarse en Cremona y luego en Milán, antes de ir a Roma. Después de la publicación de sus *Bucólicas*, ganó reconocimiento entre sus contemporáneos, entró en el círculo de Mecenas y posteriormente gozó del favor de Augusto. Murió en Brundisio, tras contraer una enfermedad en el viaje que realizó a Oriente para terminar de componer su *Eneida*. Su obra: *Eneida*, *Geórgicas* y *Bucólicas*, es considerada la más importante en versos latinos y se convirtió en el parámetro de imitación de los posteriores poetas en esa lengua (Hornblower, 412-420).

<sup>22</sup> Tito Livio (59 a. C. – 17 d. C.). Historiador romano. Nació y murió en Padua. Vivió algún tiempo en Roma, pero desconocemos cuándo y cuánto; tuvo buena relación con Augusto y alguna cercanía con el joven Claudio, futuro emperador. Su historia y obra más importante, *Ab urbe condita*, originalmente constaba de 142 libros, desde los orígenes de Roma hasta el año 9 a. C., de los que conservamos del I-X y del XXI-XLV. Es la principal fuente para la historia de la república. El estilo reflejado en ella resulta original, más dinámico y adornado que el de los



---

historiadores romanos anteriores, por lo cual se le ha calificado de retórico (Hornblower, 244-247).

<sup>23</sup> Cayo Salustio Crispo (86 – 35 a. C.). Historiador romano. Nació en Amiterno, realizó una carrera política y ostentó algunos cargos. Se alineó a la facción de César y se opuso a Cicerón; sin embargo, tuvo algunos reveses que incluso lo llevaron a enfrentar procesos en su contra. Al librarse de los cargos, no siguió su carrera política y se dedicó a las letras. Su obra historiográfica se manifiesta en la monografía, trata un solo tema tanto en su *Conjuración de Catilina* como en su *Guerra de Yugurta*. Su estilo se ha calificado de tucididiano y ya incluye muchos elementos retóricos que se encontrarán después en Tito Livio.

<sup>24</sup> El período (*περίοδος*) (*comprehensio* o *periodus*), según Cicerón, es un pensamiento completo (*Or. LXI, 204*) que abarca más o menos la extensión de cuatro versos hexámetros (*Or. LXVI, 221*). Colón (*κῶλον*) (*membrum*) es cada una de las oraciones que constituyen el período (*Ad. Her. VI, 26*). Coma (*κόμμα*) (*incisum*) es una parte del miembro (Quint. *Inst. IX, 4, 122-125*).

<sup>25</sup> Se refiere a la caligrafía.

<sup>26</sup> Se refiere a las cacofonías que las letras de algunas palabras generan cuando el final de una se junta con el principio de otra. Como la coincidencia de la misma sílaba al final de una palabra y al inicio de otra en *dorica castra*, o la conjunción de muchas consonantes como en *ars studiorum*. Quintiliano habla de ello en *Inst. IX, 4, 33-43*.

<sup>27</sup> Se refiere a la cantidad silábica.

<sup>28</sup> A todos les fue ceñida la cabellera con una corona podada, según la costumbre. (Virg. *Aen. V, 556*)

<sup>29</sup> Aristóteles nos habla del ritmo en el discurso en *Rh. III, 8*, específicamente de los peanes en 1409a.

<sup>30</sup> Aristóteles (384 – 322 a. C.). Filósofo griego. Nació en Estagira en Calcis, hijo del médico Nicómaco. Viajó a Atenas donde estudió en la Academia con Platón durante 19 años. A la muerte de Platón, abandonó Atenas y se dirigió a Aso, a la corte del tirano Hermias; ahí realizó gran parte de su investigación biológica. Fue invitado después a la corte de Filipo II de Macedonia donde se encargó de la educación de Alejandro Magno. Regresó a Atenas en 335 y fundó el Liceo donde enseñó hasta 323, cuando la muerte de Alejandro exaltó los ánimos anti-macedonios y se vio forzado a exiliarse en la isla de Eubea, donde murió. Su

---

postura filosófica contrastó con el idealismo de Platón, poseyó un conocimiento multidisciplinario y fue precursor de la ciencia occidental. Su extensa obra abarca temas de metafísica, lógica, física, biología, psicología, ética, política y literatura. A veces resulta repetitiva y otras veces contradictoria, muy probablemente porque el *corpus* que poseemos no fue compuesto por él mismo, sino por sus discípulos, tal vez también por la evolución de su pensamiento. Algunos de sus trabajos más famosos son *Metafísica*, *Política*, *Retórica*, *Poética*, *Ética a Nicómaco* (Hornblower, 45-50).

<sup>31</sup> Peán: Los peanes o metros peánicos son compuestos por pies de 5 tiempos distribuidos en 3 sílabas breves y una sílaba larga, según la posición de la sílaba larga se llaman: peán primero (la sílaba larga ocupa el primer lugar -uuu), peán segundo (la sílaba larga ocupa el segundo lugar u-uu), peán tercero (la sílaba larga ocupa el tercer lugar uu-u) y peán cuarto (la sílaba larga ocupa el cuarto lugar uuu-) (Lenchantin, 95-96).

<sup>32</sup> Dáctilo. Es un pie de cuatro tiempos distribuidos en sílabas larga, breve, breve (-uu) (Lenchantin, 55).

<sup>33</sup> Yambo. Es un pie de una sílaba breve y una larga (u-). (Lenchantin, 75)

<sup>34</sup> Cicerón habla de las cláusulas en *Or.* LXIII-LXIV y en *De or.* III, 47, 182-183.

<sup>35</sup> Dicoreo. Es una dipodia trocaica o metro trocaico (Lenchantin, 87).

<sup>36</sup> Troqueo. O coreo es un pie de tres tiempos compuestos por una sílaba larga y una breve (-u) (Lenchantin, 87).

<sup>37</sup> Crético. O *anfímacro* es un pie de 5 tiempos con la secuencia de sílaba larga, breve, larga (-u-) (Lenchantin, 95).

<sup>38</sup> Docmio. Es un metro compuesto cuya estructura fundamental es sílaba breve, larga, larga, breve, larga (u--u-) pero admite sustituciones (Lenchantin, 145).

<sup>39</sup> Espondeo. Es un pie de cuatro tiempos distribuidos en dos sílabas largas (-- ) (Lenchantin, 29).

<sup>40</sup> Se habla de la prosa rítmica en Arist. *Rh.* III, 8. y en Cic. *De or.* XLIV-LI y *Or.* LIII-LXI.

Cuando Aristóteles y Bruni recomiendan que se coloquen ciertos metros al principio o al final, no hacen aclaración alguna que nos permita saber si están pensando en el principio de la oración, del periodo o del discurso; sin embargo, de la lectura de Cicerón, podemos deducir que las recomendaciones se refieren al

---

principio, medio o final de los períodos, es decir, el conjunto de oraciones unidas entre sí por relaciones sintácticas de subordinación o de coordinación.

<sup>41</sup> Estado de la causa (*status*). En retórica, es la posición o postura que toma el orador en determinada causa o cuestión (Quint. *Inst.* III, 6).

<sup>42</sup> Epiquerema (*ἐπιχείρημα*). Silogismo formado por proposición mayor, menor y conclusión, sirve para llegar a conclusiones probables (Quint. *Inst.* V, 14).

<sup>43</sup> Crinómenon (*κρινόμενον*). Certamen de controversia (Cic. *Orat.* XXXVI, 126).

<sup>44</sup> Hipócrisis (*ὑπόκρισις*). Es el término en griego usado por Aristóteles en la *Retórica*, III, 1, 1043b. Es una palabra tomada del antiguo teatro griego así que puede traducirse como *puesta en escena*.

<sup>45</sup> Pronunciación (*pronuntiatio*). Es la ejecución del discurso, conformada por la voz y el movimiento (Quint. *Inst.* XI, 3).

<sup>46</sup> Demóstenes (384 – 322 a. C). Orador griego. Nació en Atenas y la pronta muerte de sus padres lo dejó a cargo de tutores. Al llegar su juventud y darse cuenta de que sus tutores habían malgastado su herencia, estudió retórica y dirigió un exitoso juicio contra ellos. Se quedó, pues, con la profesión de logógrafo y llevó causas particulares; se inmiscuyó luego en las causas públicas, convirtiéndose en un actor principal de la política ateniense. En la política pública dedicó sus esfuerzos a persuadir a los atenienses a luchar contra Filipo II de Macedonia, cuya política expansionista ponía en riesgo la libertad de las ciudades-estado griegas. Su voz no fue escuchada a tiempo y la historia le dio la razón pues tras la batalla de Queronea (338 a. C.) las ciudades-estado fueron sometidas por Filipo. A la muerte del rey, Demóstenes volvió a exaltar los ánimos atenienses para sacudirse la dominación macedonia, pero el sucesor macedonio, Alejandro Magno, logró mantener su potestad sobre los griegos. A la muerte de Alejandro, Demóstenes hizo su tercer intento por la independencia ateniense, pero Antípatro, el sucesor del poder macedonio en Grecia, sofocó la rebelión. Finalmente, Demóstenes fue perseguido y terminó por suicidarse. Es considerado el más grande de los oradores griegos por su estilo, fuerza de palabras y elegancia. Sus discursos tienen todas las diferencias marcadas que dan fe de la facilidad con la que Demóstenes adaptaba sus palabras a las situaciones que defendía: ya sea una defensa particular o una vehemente oración en contra de Filipo. Su obra más conocida es *Sobre la corona* (Hornblower, 11-115).

---

<sup>47</sup> Lugar común (*communis locus*). Partes del discurso que aparecen de la misma manera o muy semejante en muchos otros discursos de distintos autores y distintas épocas (Cic. *Orat.* XXXVI, 126).

<sup>48</sup> Interrogaciones bicéfalas (*interrogationes bicipites*) No localicé el término técnico en la obra de Cicerón ni en la de Quintiliano; sin embargo, por el contexto, considero que podría tratarse de preguntas capciosas que el orador hace al interrogado con el objetivo de que este último se equivoque o contradiga.

<sup>49</sup> Respuestas expertas (*responsiones veteratorias*) No localicé el término técnico en la obra de Cicerón ni en la de Quintiliano; sin embargo, por el contexto, considero que podría tratarse de respuestas preparadas; es decir, un tipo de aleccionamiento previo de los testigos.

<sup>50</sup> Parece ser alguna interpretación de las cuatro virtudes cardinales para los antiguos: prudencia, justicia, fuerza y templanza. Falta la prudencia, que en latín es *prudentia*; puede, sin embargo, estar cercana a la *continentia* que menciona el autor. La templanza puede estar abarcada por *temperantia* y *modestia*. Sobre *fortitudo* y *iustitia* no hay duda, son la fuerza y la justicia. Sobra *liberalitas*, generosidad, que no se corresponde con ninguna virtud cardinal clásica. También pudieran ser los dones del Espíritu Santo, mencionados en *Gálatas* 5, 22-23, pero tampoco están completos. Finalmente, hay menciones a estas virtudes en la *Tabla de Cebes*, parágrafo 20.

<sup>51</sup> Epicuro (341 – 270 a.C.) Filósofo griego. Nació en Samos de padres atenienses, regresó a Atenas para hacer su servicio militar y también tuvo algún acercamiento al platonismo. Emigró una vez más, ahora a las ciudades orientales. En Colofón estudió a Demócrito, luego fundó una escuela en Mitilene y luego otra en Lámpsaco. Finalmente regresó a Atenas donde fundó el Jardín, la escuela epicúrea propiamente dicha, ahí enseñó hasta su muerte. Su filosofía era de tipo hedonista racional, defendía un materialismo atomista basado en el de Demócrito, creía que los dioses no tienen interés en los asuntos humanos y defendía la decisión y la libertad en oposición al destino inexorable. Conservamos tres cartas: *a Heródoto*, *a Pitocles* y *a Meneceo*, y dos colecciones de máximas (Hornblower, 134-136).

<sup>52</sup> Zenón (335 – 263 a. C.) Filósofo griego. Nació en Cito, una isla de Chipre. Llegó a Atenas en 313 y se dice que recibió lecciones de Crates el cínico, de Antístenes el socrático y de los platónicos Jenócrates y Polemón. Fundó su escuela en la *Stoa pintada*, de donde el estoicismo toma su nombre. La doctrina estoica conjuga el estudio de la lógica, la física y la ética, conocimientos que permiten al hombre vivir en concordancia con la virtud y alcanzar la felicidad. No conservamos ninguna

---

obra completa de Zenón, pero su doctrina fue estudiada y ampliada por filósofos posteriores lo que la dotó de buena distribución y le permitió ser bien admitida por las élites romanas (Hornblower, 424).

<sup>53</sup> Publio Cornelio Tácito (c. 56 – c. 118 d. C.) Historiador romano. Nacido quizá en la Galia Narbonense o Cisalpina, se trasladó a Roma para hacer carrera política, que duró los imperios de Vespasiano, Tito y Domiciano. Entre los cargos que ostentó podemos nombrar sacerdote guardián de los libros sibilinos, cónsul sufecto y procónsul de Asia. Su obra más importante es la histórica que comprende los *Anales* y las *Historias*, juntas constaban originalmente de unos 32 libros y cubrían la historia desde el imperio de Tiberio hasta el de Domiciano, la obra nos ha llegado fragmentada. Su estilo recuerda al de Salustio, y usa un lenguaje elevado con proliferación de metáforas. En toda la obra se muestra una nostalgia por la república, pero también admite la necesidad de su tiempo de un gobernante único bien preparado (Hornblower, 373-375).

<sup>54</sup> Quinto Curcio Rufo (probablemente vivió durante el reinado de Claudio). Retórico e historiador romano. Su obra es una *Historia de Alejandro Magno* en diez libros de los que se han perdido los dos primeros y los restantes tienen lagunas. Su relato tiene un tono moralizante y carácter extremadamente retórico lleno de discursos de distinta extensión y calidad (Hornblower, 108).

<sup>55</sup> Cayo Julio César (100 – 44 a. C.). Político, general e historiador romano, precursor de los emperadores. Nació en Roma en el seno de una antigua y eminente familia senatorial cuyo desempeño en la política republicana no había sido tan notorio en los años previos a la actuación de éste. Comenzó su carrera en el grupo de afectos a Cinna lo que le trajo problemas con el dictador Sila. Sirvió en las campañas orientales contra Mitrídates VI. Regresó a Roma y comenzó una carrera como orador donde demostró su facilidad de palabra. Pero fue su exitosa campaña de conquista y pacificación de la Galia, lo que le ganó fama y los recursos suficientes para sus ulteriores pretensiones. Logró acumular poder sin igual gracias a su convicción, carisma y genio militar. No sabemos hasta qué punto deseaba para sí el poder absoluto, pero la posibilidad de que efectivamente lo adquiriera enfrentó a sus partidarios con sus detractores en la llamada guerra civil. Entre los últimos figuraban Cicerón y Pompeyo. Tras una campaña exitosa, César logró vencer a Pompeyo y, después, a sus hijos, con lo que se consolidó como el principal hombre de la aún República romana. A pesar de eso, su figura aún suscitaba temor entre los republicanos recalcitrantes y su vida terminó en una conjura llevada a cabo por éstos a la puerta del senado. Su obra literaria conservada es modelo del más clásico latín, junto con la de Cicerón; abemos de la composición de una obra gramática que se ha perdido, lo que ha llegado a

---

nosotros es su obra histórica y apologética de sus campañas *La guerra de las Galias* y *La guerra civil* (Hornblower, 226-230).

<sup>56</sup> Comentarios de César. Se trata de las dos obras conservadas de Julio César: los *Comentarios sobre la Guerra de las Galias* y los *Comentarios sobre la Guerra Civil*. En la primera plasma las memorias de su campaña de conquista de la Galia; en la segunda, las del conflicto armado que entabló con Pompeyo (Howatson, 206-208).

<sup>57</sup> El período ataca al método escolástico, que se desvivía por analizar sutilezas filosóficas (*subtilitas*) y por proponer cuestiones (*quaestiones*). Bruni, pues, opina que la historia no se presta para esas sofisticaciones escolásticas.

<sup>58</sup> Homero (siglo VIII a. C.). Poeta épico griego. Autor legendario al que se le atribuye la composición de la *Ilíada* y *Odisea*. Su historicidad es ampliamente discutida, pero con base en la lectura de los poemas sabemos que, si fue un solo hombre quien los compiló, vivió en la costa oriental de Jonia, tal vez en Quíos o Esmirna. La tradición lo caracteriza como un bardo ciego. Su obra, pues, incluye los dos grandes poemas mencionados cuyo estilo varía de uno a otro y tienen elementos agregados después del siglo VIII; fue considerada formacional y panhelénica para la cultura de las ciudades estado griegas. Está compuesta en hexámetros y es el arquetipo de poesía épica. El conjunto de dudas generadas por los estudiosos sobre este autor y su obra se conoce como “cuestión homérica” (Hornblower, 205-208).

<sup>59</sup> Hesíodo (c. 700 a. C.). Poeta épico griego. Lo poco que sabemos de él es debido a sus poemas. Su padre dejó el comercio en Cime, Eolia, para trasladarse a Ascra en Beocia. Ahí Hesíodo se dedicó al ganado y a la agricultura. Su obra poética compuesta en hexámetros contiene sabiduría popular y mitos. Sus poemas principales, y cuya autoría es más segura, son la *Teogonía*, una genealogía de los dioses griegos, y *Los trabajos y los días*, una serie de consejos sobre el trabajo honrado (Hornblower, 200-201).

<sup>60</sup> Píndaro (c. 518 – c. 446 a. C.). Poeta lírico griego. Nació en Cinoscéfalos, Beocia, en el seno de una familia aristocrática. Fue reconocido en toda Grecia y sabemos que componía por encargo. De su obra, sólo conservamos cuatro libros de los llamados *epinicios*, composiciones que cantaban la victoria de atletas. Su estilo es denso, economizador de palabras y rico en metáforas, por lo que se le ha calificado de difícil (Hornblower, 302-304).

<sup>61</sup> Eurípides (c 480 – 406 a. C.). Poeta trágico griego. Realizó su carrera en Atenas y logró ganar cuatro veces el certamen dramático de las festividades Dionisiacas.

---

Dejó Atenas en el último período de su vida para asentarse en la corte del rey Arquelao de Macedonia, donde murió. Se le ha calificado como un autor “realista” que muestra un tratamiento naturalista de la psicología humana. Son famosas sus mujeres protagonistas, ya sea en su papel de víctima o de vengadora. Escribió cerca de noventa dramas de los que nos han llegado diecinueve. Entre los más famosos encontramos *Medea* y *Electra* (Hornblower, 156-160).

<sup>62</sup> Platón (c. 429 – 347 a. C.). Filósofo griego. Nació en Atenas en el seno de una familia aristocrática. Renunció a la vida pública ateniense y se dedicó a la filosofía. Fue el más importante discípulo de Sócrates. Realizó algunos viajes fuera de Atenas de los que el más importante fue a Sicilia donde intentó instituir un estado con sus ideas políticas, pero fracasó. De regreso a Atenas, fundó la Academia y enseñó ahí hasta el final de sus días. No se casó ni tuvo hijos. Sus ideas han sido unas de las más influyentes en el pensamiento occidental. Se considera como iniciador de las tradiciones filosóficas idealistas. La obra que conservamos consiste en sus *Diálogos*, composiciones filosóficas de carácter más bien publicable y divulgativo; sabemos, sin embargo, que también produjo obras de tipo esotérico para uso interno de la Academia que no llegaron a nosotros. En los *Diálogos*, Platón aborda muchos de los problemas y preguntas fundamentales de la filosofía en voz de interlocutores prominentes de la Atenas de su tiempo, entre esos interlocutores no figura el mismo Platón, que de cierto modo toma distancia de los problemas al ponerlos en boca de otros. El interlocutor más recurrente e importante es Sócrates. Conservamos un epistolario y veintinueve *Diálogos* de autoría prácticamente segura. La *República*, el *Fedro*, la *Apología*, las *Leyes*, el *Sofista* son algunos de los más conocidos (Hornblower, 308-312).

<sup>63</sup> Este pasaje de Bruni contrasta con la aversión que manifiesta Platón hacia los poetas a lo largo de su obra. El ataque más rotundo se encuentra en la *República*, X, 598e, donde el filósofo nos dice que, para imitar, como lo hacen los poetas, no es necesario el conocimiento de lo imitado. Así, este pasaje de Platón contradice también el párrafo 21 de Bruni, ya que el humanista atribuye a Homero toda la sabiduría, mientras que Platón se la niega. Ahora bien, siguiendo la idea de Bruni, Platón en efecto conocía bien a los poetas, por ejemplo, cita a Homero repetidas veces en el *Ion* 537b, 538c, 538d, 539c.

<sup>64</sup> Quinto Ennio (239 – 169 a. C.). Poeta épico y trágico latino. Nació en Mesapia, al sur de Italia, y llegó a Roma por intervención de Catón el Viejo, después de haber prestado servicio en el ejército romano. Obtuvo la ciudadanía romana y gozó del favor de grandes familias senatoriales. Enseñó griego y compuso versos de metro variado. De su extensa obra, muy leída en la antigüedad y fundamental para grandes autores como Cicerón, Lucrecio, Catulo, Virgilio, Ovidio, sólo

---

conservamos fragmentos. Fueron muy representadas sus versiones latinas de las tragedias de Eurípides y algunas originales de tema romano. Su máximo y más importante trabajo fueron los *Anales*, un extenso poema épico que cantaba la historia romana desde la caída de Troya hasta la conquista de Ambracia, cuya publicación instituyó los hexámetros griegos como verso épico, desplazando a los nativos versos saturnios (Hornblower, 131-133).

<sup>65</sup> Marco Pacuvio (220 – 130 a. C.). Poeta trágico latino. Nació en Brundisio, al sur de Italia. Fue sobrino y discípulo de Ennio. Trabajó en Roma como tutor y pintor, se relacionó con la clase alta romana y finalmente murió en Trento. Es reconocido por sus dramas áticos en latín, muy probablemente de inspiración post-euripídea, y alguno de tema romano. Fue muy representado y valorado por autores como Cicerón y Virgilio. Se dice que su obra continuaba la línea marcada por Ennio, pero se reconocía en ella un estilo más enaltecido; es propio de Pacuvio un lenguaje lleno de neologismos griegos, palabras creadas por él y una sintaxis no muy ortodoxa del latín. Nos ha llegado la noticia de, por lo menos, trece dramas de su autoría, de los que sólo conservamos fragmentos (Hornblower, 293-294).

<sup>66</sup> Lucio Accio (170 – c. 86 a. C.). Poeta trágico y erudito latino. Nació en el seno de una familia de libertos originarios de la Umbría. En Roma formó parte del círculo de Décimo Junio Bruto Calpurnio y conoció a Cicerón y a Pacuvio. Heredero de la tradición de Ennio y Pacuvio, su obra se componía de dramas y de algunos tratados literarios, también en verso. De su producción dramática tenemos noticia de más de 40 títulos de tema troyano principalmente y algunos de tema romano, de un estilo descrito como grandilocuente y muy representados hasta el siglo I a. C (Hornblower, 1).

<sup>67</sup> Lucio Anneo Séneca (c. 1 – 65 d. C.) Político, filósofo estoico y poeta trágico latino. Hijo de una eminente familia ecuestre, estudió en Roma gramática y retórica, y se interesó por las escuelas filosóficas estoica y cínica. Comenzó una carrera política en Roma y ocupó el cargo de cuestor. Posteriormente, su elocuencia y opiniones le ganaron problemas con el emperador Claudio y lo llevaron al destierro. La buena relación con Agripina la Menor le permitió volver a Roma y fue nombrado pretor. Su máxima influencia en la política romana fue como tutor y consejero del nuevo y joven emperador Nerón. Ocho años más o menos duró la potestad real de Séneca, hasta que el emperador comenzó a alejarse de los consejos del filósofo con lo que su papel en el gobierno declinó. Finalmente, Séneca fue obligado a suicidarse. Su vasta obra se divide en la filosófica y la dramática. Su obra filosófica es eminentemente moral y retórica, expone un estoicismo romano y toca algunos temas de filosofía natural, no es originalmente propositiva en sus posturas filosóficas, pero en ella se acuña un amplio



---

vocabulario filosófico en latín del que se servirá toda la tradición posterior. El trabajo más conocido e importante suscrito a este género son sus *Epístolas morales*. En cuanto a sus tragedias, nos han llegado diez de tema griego, basadas principalmente en Eurípides. En ellas se nota más la influencia de poetas tan clásicos como Ovidio y Virgilio que la de los trágicos antiguos como Ennio, Pacuvio y Accio, ya que muy probablemente no fueron compuestas para la interpretación, sino para la lectura (Hornblower, 352-355).

<sup>68</sup> Anicio Manlio Severino Boecio (c. 480 – c. 524 d. C). Filósofo latino. Pertenciente a la antigua familia romana de los Anicios, tuvo una educación excepcional para la época debido a su conocimiento de los griegos, obtenido de alguna escuela neoplatónica alejandrina o ateniense. Sirvió al rey Teodorico como cónsul y maestro de oficios, pero una conspiración senatorial que lo acusaba de pro-bizantino lo llevó a la cárcel y, finalmente, a la ejecución. Su obra destaca por su conocimiento y gusto de la tradición griega, sabemos de su proyecto inacabado de traducir al latín todo el corpus aristotélico y platónico. Entre sus trabajos principales tenemos su *Consolación de la filosofía*, donde justifica la providencia sin declararse cristiano; su *Acerca de la aritmética*, que trata sobre lógica peripatética; y su *Institución musical*, una recopilación de fuentes griegas sobre música, obra fundamental durante la Edad Media (Hornblower, 65).

<sup>69</sup> Eneas. Personaje de la mitología griega y romana. Héroe épico, uno de los caudillos de Troya durante la guerra con los aqueos. Es hijo de Anquises y de la diosa Afrodita. En la *Ilíada*, Poseidón le profetiza que Eneas y sus descendientes reinarán sobre los troyanos. Posteriormente se comenzaron a crear leyendas sobre la huida de Eneas de Troya cuando fue destruida y de su llegada a Italia. La ciudad de Alba Longa comenzó a ligar el pasado de sus reyes con la descendencia de Eneas y luego Roma fomentó la leyenda que para el siglo III a. C. ya era bien conocida. Virgilio explota esta versión y narra en la *Eneida* las vicisitudes que sufrió el héroe troyano para el establecimiento del linaje romano. El Eneas de Virgilio es un héroe eminentemente piadoso y dispuesto a cumplir los designios de los hados (Howatson, 300).

<sup>70</sup> Héctor. Personaje de la mitología griega. Héroe épico, hijo de Príamo, el rey de Troya, y de Hécuba; esposo de Andrómaca y padre de Astianacte. Fue el más destacado de los troyanos durante la guerra; sin embargo, murió a manos de Aquiles. Es quizá el héroe más humanamente caracterizado por Homero en la *Ilíada* (Howatson, 407).

<sup>71</sup> Tal consejo de Héctor a Eneas no aparece en la *Ilíada*; de hecho, Héctor invita a Eneas a pelear en XVII, 485-490. Lo más parecido a un consejo de prudencia son

---

dos intervenciones de Polidamante, en las que le pide a Héctor retirarse de la batalla en XII, 211-229 y en XVIII, 254-283.

<sup>72</sup> Iris. Personaje de la mitología griega. Es la diosa que personifica el arcoíris, hija de Taumante y de la oceánide Electra, es también hermana de las Harpías. Es mensajera de los dioses, particularmente de Hera (Howatson, 458).

<sup>73</sup> Agamenón. Personaje de la mitología griega. Héroe épico, rey de Micenas. Es hijo de Atreo y de Aérope, hermano de Menelao, esposo de Clitemnestra y padre de Orestes, Electra e Ifigenia. Es el jefe de la expedición aquea llevada en contra de los Troyanos para rescatar a Helena. Es llamado *Atrida* por ser hijo de Atreo, y aunque su hermano Menelao también lo es, Agamenón es el *Atrida* por antonomasia (Howatson, 12).

<sup>74</sup> El pasaje aparece en *Ilíada*, II, 16-34. Sin embargo, Zeus no envió a Iris, como dice Bruni, sino al Sueño que tomó la forma de Néstor para hablarle a Agamenón.

<sup>75</sup> Pitágoras (c. siglo VI a. C.). Filósofo griego. Nació en Samos, luego emigró a Crotón donde fundó su escuela y asociación de carácter iniciático. La tradición griega cuenta que adquirió sus conocimientos casi místicos en Egipto, pero es probable que también haya bebido de las ideas de medio oriente. No poseemos textos originales suyos pero su escuela y asociación largamente mantenida durante la antigüedad formó pensadores que estudiaron, ampliaron y legaron sus conocimientos. Es habitualmente aceptada la influencia de Pitágoras en las ideas platónicas. Su interés particular en el número y en su importancia en la conformación del mundo constituyen su más indiscutible identificación. (Hornblower, 306-307)

<sup>76</sup> Marón, es Virgilio v. n. 25.

<sup>77</sup> Sibila cumana. Profetiza de Cumas, en la Campania, la más conocida de su género. Según la leyenda, puso sus oráculos por escrito en nueve volúmenes y se dirigió a venderlos a un elevado precio a Tarquino, último rey de Roma. El rey rehusó pagar el precio, entonces la sibila quemó tres volúmenes y volvió a pedir el mismo precio; el rey se rehusó una vez más, la sibila quemó tres más y pidió lo mismo; finalmente el rey compró los tres restantes al precio original. Más allá de la leyenda, en Roma se conservaba un compendio de oráculos que se consultaba en tiempo de conflictos y estaba custodiado por una magistratura especial. En el incendio del 83 a. C. en Roma, se perdieron estos oráculos supuestamente originales de la Sibila cumana y se confeccionaron otros que con el paso del tiempo adquirieron interpolaciones judeo-helenísticas y cristianas pero que aun así se siguieron identificando con la Sibila cumana. Debido a esto, la Sibila cumana

---

llegó a ser aceptada por la tradición cristiana, incluso en igualdad con los profetas del Antiguo Testamento (Howatson, 746-747).

<sup>78</sup> Se trata de himnos católicos y se nombran por su primer verso, tal como lo hace Bruni. Los dos primeros, '*Primo dierum omnium*' e '*Iste confessor*' son himnos cantados en la Liturgia de las horas; el segundo, '*Ut queant laxis resonare fibris*', es el himno a san Juan Bautista, es famoso porque con la primera sílaba de cada uno de sus versos se forma el nombre de las notas musicales en la notación latina (<http://ec.aciprensa.com/wiki/Himno>).

<sup>79</sup> Idea propia de Pitágoras y las escuelas pitagóricas.

<sup>80</sup> Penélope. Personaje de la mitología griega. Reina de Ítaca, hija de Icaro de Esparta, esposa de Ulises y madre de Telémaco. Una tradición distinta la hace madre de Pan con el dios Hermes como padre. El mito nos dice que Penélope esperó casta y fielmente a Ulises durante los 20 años de su ausencia, 10 de guerra y otros 10 del viaje de vuelta. La falta de rey en Ítaca le propició varios pretendientes a la reina Penélope, ésta los rechazó a todos. Para postergar su nueva unión, dijo a sus pretendientes que elegiría a uno de ellos cuando terminara de tejer una mortaja para su suegro Laertes. Penélope tejía durante el día y destejía durante la noche para no terminar la prenda (Howatson, 629).

<sup>81</sup> Ulises (Odiseo). Personaje de la mitología griega. Héroe épico hijo de Laertes y de Anticlea. Era rey de Ítaca, esposo de Penélope y padre de Telémaco, cuando acudió al llamado de los aqueos para embarcarse en la campaña contra Troya. Es uno de los héroes más destacados en la *Ilíada*; en la *Odisea* se narran las vicisitudes que pasó de vuelta a su hogar, tras la guerra. En ambos poemas épicos es conocido por su ingenio y astucia (Howatson, 593).

<sup>82</sup> Alceste (Alcestis). Personaje de la mitología griega. Hija de Pelias y Anaxibia, esposa de Admeto, madre de Eumelo. Eurípides la representa como una mujer abnegada y virtuosa, preocupada por sus hijos. Según el mito, Alceste dio su vida por la de su marido Admeto quien estaba destinado a morir prontamente, pero gracias a que contaba con el favor de Apolo, éste intercedió por el mortal ante las Moiras. Las Moiras le concedieron más vida a Admeto a cambio de la de alguien más. Admeto les pidió a sus viejos padres inmolarse, pero ninguno accedió, entonces Alceste tomó el sacrificio voluntariamente. Posteriormente Heracles viajó al inframundo y la rescató (Howatson, 8 y 21).

---

<sup>83</sup> Admeto. Personaje de la mitología griega. Rey de Feras, en Tesalia. Hijo de Feres y Periclímene, esposo de Alceste, padre de Eumelo. Gozó del favor del dios Apolo y gracias a eso logró desposarse con Alceste y también alargar su vida (Howatson, 8).

<sup>84</sup> Apolo (Febo). Personaje de la mitología griega. Dios olímpico, hijo de Zeus y Leto, hermano mellizo de Artemisa. Sus facultades eran muchas y variadas: dios del orden, de la belleza, de la música, de la adivinación. Estaba relacionado también con el culto al sol y de ahí surge su más conocido epíteto “febo”, que significa “brillante”. El arco y la lira son sus atributos y se representa como un joven bello y atlético (Howatson, 52-53).

<sup>85</sup> Dafne. Personaje de la mitología griega. Ninfa hija de un dios-río, ya sea Ladón o Peneo. Quería dedicarse a la caza y rechazaba a sus pretendientes. En el mito griego, Apolo se había burlado de Eros por lo que éste último planeó vengarse: con sus flechas hizo que Apolo se enamorara de la ninfa Dafne, pero no sin antes incitar el rechazo de la ninfa hacia el dios del orden; de modo que Apolo buscaba a la que lo odiaba. Apolo persiguió y acosó vehementemente a Dafne para consumir su deseo; la ninfa, al saberse inminentemente alcanzada por Febo, rogó a su padre, el dios-río, que la liberara del amor no deseado. Así, el dios-río convirtió a la ninfa en un árbol de laurel justo cuando Apolo le daba alcance, evitando con esto la violación. Apolo juró entonces amar por siempre el árbol del laurel y dedicar sus ramas a los vencedores. Encontramos una versión de este mito en el libro primero de las *Metamorfosis* de Ovidio, versos del 452 al 567 (Howatson, 229).

<sup>86</sup> Vulcano (Hefesto). Personaje de la mitología romana. Vulcano es originalmente el dios autóctono del Lacio, patrono del fuego. Después de la helenización romana, se le identificó con Hefesto, el dios olímpico del fuego y de los oficios, especialmente de la herrería. Es hijo de Zeus y Hera o de Hera sola, y esposo de Afrodita. Se le representa como un herrero feo y cojo trabajando en su yunque (Howatson, 408-409 y 840).

<sup>87</sup> Venus. Personaje de la mitología romana. Diosa autóctona del Lacio de la que se sabe muy poco, tal vez diosa de la fertilidad. Muy pronto fue identificada con la deidad griega Afrodita, diosa olímpica del amor y de la belleza. Era hija de Zeus y Dione, según Homero; o nació de la espuma de mar acumulada alrededor de los genitales de Urano, según Hesíodo. Era además esposa de Hefesto, amante de Marte y madre del dios Eros y del héroe Eneas. Según Homero en *Od.*, VIII, 266-358, Venus y Marte sostenían amoríos ilícitos pero el dios Helios, el dios Sol, los había visto e informó de la situación a Vulcano, esposo de la diosa. Vulcano

---

entonces forjó una red que no podía ser vista y la dispuso en su propio lecho conyugal, lugar donde los adúlteros solían yacer, y fingió emprender un viaje. Al quedar sola Venus en su casa, Marte la visitó para consumir su pasión, pero, al acostarse en el lecho, quedaron atrapados en la red de Vulcano. Regresó entonces el dios herrero y descubrió a los amantes atrapados (Howatson, 11, 408-409 y 831).

<sup>88</sup> Sansón. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Hijo de Manoa de la tribu de Dan, es un *nazir*, hombre consagrado a Dios para los judíos, y juez de los israelitas, cuya ocupación es hacer la guerra y gobernar. Pelea contra los filisteos y, al mismo tiempo, se relaciona con ellos mediante amoríos con un par de mujeres de esa nacionalidad. La fuerza sobre-humana con la que combate a sus enemigos le fue dada por Dios para tal propósito, pero tiene como requisito que su cabellera permanezca sin cortar (Roper, 2245-2247).

<sup>89</sup> Dalila. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Pareja filisteo de Sansón que, después de ser sobornada, descubrió el secreto de la fuerza de su amante judío y lo entregó a sus compatriotas filisteos para esclavizarlo (Roper, 547).

<sup>90</sup> Sansón gobernó a los israelitas y combatió a los filisteos durante 20 años, posteriormente se relaciona amorosamente con Dalila. Los filisteos conocieron de esta relación y se entrevistaron con la mujer para sobornarla y para que descubriera el secreto de la fuerza de Sansón. Dalila le preguntó al juez israelita sobre su secreto y éste la engañó tres veces; a la cuarta vez, Sansón cedió a los ruegos femeninos y reveló la verdad: si le cortaran el cabello perdería su fuerza. Sansón yacía con Dalila y posteriormente se quedó dormido en su regazo, ella mandó a llamar a un siervo filisteo para que rapara al judío. Así, Sansón perdió su cabellera y fuerza y fue hecho prisionero por los filisteos. La historia completa se narra *Je* 13-16 (Roper, 2245-2247).

<sup>91</sup> El crimen que perpetran las hijas de Lot es el incesto. Lot, por ser un hombre justo, se había salvado junto con su familia de la destrucción de Sodoma. Mientras la ciudad era arrasada por Dios y toda la familia de Lot huía, su esposa se volvió a ver la catástrofe y se convirtió en una estatua de sal. De este modo Lot llega a Zoar, un pueblo vecino, únicamente con sus dos hijas, pero, por miedo, no se queda ahí, sino que sube a un monte cercano y se refugia en una cueva. En la cueva, las hijas de Lot, al verse sin madre y sin compañeros, temen por el futuro de su linaje y deciden embriagar a su padre y yacer con él para quedar embarazadas. De tal unión nacen sendos hijos: Moab y Ammon, supuestos ancestros de los moabitas y los amonitas, enemigos de los israelitas. En el relato

---

bíblico no se menciona el nombre de las jóvenes y puede ser consultado en *Gn* 19.

<sup>92</sup> Loth. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Es sobrino de Abraham y dirigía junto con su tío un grupo de pastores, pero se separaron debido a que el grupo se había hecho demasiado grande. Lot eligió pasear a sus rebaños cerca de Sodoma y posteriormente terminó viviendo en la ciudad. Fue raptado durante una guerra de la que tomó parte Sodoma, pero Abraham lo rescató. Regresó a Sodoma y se salvó junto con sus hijas de la destrucción de la ciudad por Dios. Se menciona en los capítulos 12-14 y 18-19 del libro del *Génesis* (Roper, 1537-1538).

<sup>93</sup> Sodomitas. Habitantes de Sodoma, ciudad que se describe en el Antiguo Testamento como enemiga de Dios y alejada de sus preceptos. El gentilicio pasa luego a ser un adjetivo sinónimo de pecador y, posteriormente, connota a un hombre de prácticas homoeróticas (Roper, 2386-2387).

<sup>94</sup> David. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Fue el segundo rey de Israel, después de Saúl. Unificó y expandió el reino de Israel y fue ejemplo de obediencia al dios de los judíos. Realizó varias hazañas que se cuentan principalmente en los dos libros de *Samuel* del Antiguo Testamento. Reinó 40 años. Además de gobernar, también tenía capacidad profética. Sus atributos son el arpa y la estrella de seis puntas (Roper, 563-568).

<sup>95</sup> Betsabé. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Bella mujer, hija de Eliam. Primero fue esposa del soldado Urías, al que engañó con el rey David, y luego también de este último. Su primer hijo con David murió, pero después fue madre de Salomón, sucesor de David, y de otros (Roper, 335).

<sup>96</sup> David se encontraba en Jerusalén mientras su general Joab, al mando del ejército israelita, estaba haciendo la guerra a los amonitas. Una mañana, desde la terraza de su palacio, David vio a una hermosa mujer bañándose y, admirado por su belleza, mandó a traerla. La mujer era Betsabé y estaba casada con Urías, un soldado ausente por sus deberes bélicos. Betsabé se presentó en el palacio y durmió con el rey David, tras lo cual quedó embarazada. David, cuando supo de la preñez, mandó a llamar al soldado Urías, lo felicitó por su desempeño y le sugirió descansar y ver a su mujer, con el propósito de que Urías yaciera con Betsabé y el futuro hijo pareciera del marido y no del amante. Sin embargo, Urías no fue a su casa, sino que, en voto de compañerismo hacia sus amigos soldados acampados, durmió con la guardia del palacio. Tras el plan fallido, David urdió una segunda solución más violenta. Urías regresó al campamento y David ordenó a su general Joab que dispusiera a Urías en lo más ajetreado de la batalla para que encontrara la muerte. Joab obedeció y Urías murió como soldado. Betsabé se convirtió luego

---

en esposa de David y el niño nació, pero murió a los siete días, como castigo por el pecado del rey. Así encontramos que los amores hacia Betsabé son adúlteros y el crimen contra Urías es el homicidio ordenado. El pasaje se cuenta en 2 Sm 11.

<sup>97</sup> Urías. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Soldado, uno de los treinta y siete valientes del ejército de David. Era de origen hitita, quizá de la aristocracia indígena antes de David, pues su casa se encontraba junto al palacio de Jerusalén. Era esposo de la bella Betsabé cuando ésta cometió adulterio con el rey David. Era también un soldado ejemplar pues rechaza el descanso a sabiendas de que sus compañeros están en batalla y obedece las órdenes de Joab cuando lo dispone en el frente de batalla más peligroso, donde encontrará la muerte (Roper, 2553).

<sup>98</sup> Salomón. Personaje bíblico del Antiguo Testamento. Tercer rey de Israel, hijo de David y Betsabé. Consolidó los dominios que había conquistado David e hizo construir el templo de Jerusalén. Es identificado como un rey sabio, culto, justo y pacífico. Compuso además numerosos proverbios y era amigo de las letras. Reinó unos 40 años; ya para el fin de su mandato las regiones norteñas de su dominio comenzaron a separarse, lo que desembocó en la creación de dos reinos judíos. El fratricidio mencionado en nuestro texto se encuentra el pasaje bíblico 1 R, 2: 13; ahí se narra que cuando estaba próxima la muerte de David, Adonías, medio hermano mayor de Salomón, pretendía el trono de Israel; sin embargo, el viejo rey David refrendó a Salomón como sucesor. Ya hecho rey, Salomón mandó a matar a Adonías. La grey de concubinas se menciona en 1 R, 11: 1-13; de ahí sabemos que Salomón tenía un gran harem de mil mujeres, del que formaban parte no judías. La diferente religión de sus concubinas hizo que el rey Salomón construyera altares a dioses extranjeros para complacerlas e incluso que él mismo se acercara a tales ídolos. Para la antigua ley judía el pecado de Salomón no fue la poligamia, sino la interracialidad y la idolatría; para Bruni, por otro lado, parece que lo censurable es la poligamia que implica el harem (Roper, 2219-220).

<sup>99</sup> Durante una cacería de la que toman parte Dido y Eneas, se precipita una tormenta mandada por Juno. Ante las inclemencias del tiempo, los héroes se protegen juntos en la misma cueva y ahí consuman su amor sin matrimonio de por medio (*Eneida*, IV, 160-172).

<sup>100</sup> Dido. Personaje de la mitología griega y romana. Hija de Beleo, el legendario rey de Tiro, se casó con Siqueo. Siqueo guardaba un gran tesoro y Pigmalión, hermano de Dido, lo deseaba. Pigmalión mata a Siqueo para apoderarse de sus riquezas, pero Dido logra huir con ellas a Libia. En Libia, Dido es acogida por Yarbás, un rey local, que le concede tierras donde ella funda una nueva ciudad. A

---

partir de aquí la historia griega y la virgiliana difieren. Según la tradición original, Yarbás ofrece matrimonio a Dido, ella no quiere al caudillo africano, pero acepta desposarse por temor a que él tome represalias contra su nueva ciudad. Se organiza la boda y el mismo día de la unión, Dido se suicida para mantenerse fiel a su antiguo esposo Siqueo. Según Virgilio, Dido acoge a Eneas en su nueva ciudad y Cupido traba un romance entre ellos; sin embargo, el héroe troyano debe dejar su incipiente relación porque los hados le urgen la fundación del linaje romano en Italia. Despechada por la partida de Eneas, Dido se suicida (Howatson, 259 y 302).

<sup>101</sup> Publio Papinio Estacio (c. 45 - c. 96 d. C.). Poeta épico latino. Nació en la ciudad de Nápoles y llegó a Roma cuando aún era un niño; desde temprana edad adquirió fama como poeta en Roma gracias a su participación en certámenes de poesía, en los que obtuvo varias victorias. Después regresó a Nápoles, donde murió. La *Tebaida* es su más grande obra, narra la guerra entre los hijos de Edipo por el trono de Tebas, en ella se deja ver la influencia de Ovidio, Virgilio, Lucano y Séneca (Hornblower, 148-149).

<sup>102</sup> El conocimiento de las cosas y la pericia en las letras.

<sup>103</sup> Demócrito (c. 460 – c. 360 d. C.). Filósofo griego. Nació en Abdera, Tracia y se dice que viajó mucho por Oriente y Egipto para adquirir su conocimiento. Fue contemporáneo de Sócrates y discípulo de Leucipo, cuyas ideas heredó y amplió. Sabemos que se interesó por las matemáticas, la música, la biología y otros saberes que hoy llamaríamos científicos. Es conocido por su famosa “teoría atomista” que postula que el vacío (lo que no es) separa y es el medio donde coinciden los átomos (lo que es). Su postura fue criticada por Platón, pero a pesar de ello encontró importantes defensores en Epicuro y Lucrecio. Diógenes Laercio menciona 70 obras de Demócrito de las que no conservamos ninguna, sólo algunas citas de otros autores y fragmentos de resúmenes (Hornblower, 110-11).

<sup>104</sup> Teofrasto (c. 371 – c. 287 d. C.). Filósofo griego. Nació en Éreso de Lesbos, estudió en Atenas, primero con Platón y luego con Aristóteles a quien finalmente sustituiría en la dirección del Liceo. Continuó y amplió la obra de Aristóteles, se separa de él en algunas opiniones, en otras ocasiones introduce algunas cuestiones que difieren del aristotelismo más para suscitar el debate que para contradecir a su maestro o afirmar otra postura. Son famosos y minuciosos sus trabajos de botánica por los que se le ha llamado padre de esta ciencia. La zoología también formó parte importante de sus intereses; estudiaba a los animales en su hábitat y comportamiento más que en su forma. Siguiendo ese acercamiento, escribe los *Caracteres*, su obra más conocida, donde pone de



---

manifiesto su interés por el comportamiento humano en una serie de descripciones de treinta tipos distintos de personalidad (Hornblower, 382-383).

<sup>105</sup> Marco Terencio Varrón (116 – 27 a.C.). Erudito romano. Nació en Rate, territorio sabino. Estudió en Roma con L. Elio y en Atenas con Antíoco de Ascalón. Inició luego su carrera política y durante la Guerra Civil peleó al lado de Pompeyo. Tras la derrota de éste, fue perdonado por César, pero finalmente fue desterrado por Marco Antonio. Ya en su retiro, se dedicó por completo a las letras y la erudición. Poseedor de un conocimiento multi-temático, escribió cerca de 75 títulos que abarcaban historia, geografía, retórica, derecho, filosofía, música, medicina, arquitectura, historia de la literatura, religión, agricultura y lengua; de ellos conservamos muy poco. Las obras más importantes por mejor conservadas son *Sobre la lengua latina*, una disertación sobre etimologías, morfología y otros aspectos del latín; y *De las cosas del campo*, un tratado de agricultura y crianza de animales (Hornblower, 407).

## Conclusiones

Durante la confección de esa traducción comentada, tuve la necesidad de buscar y consultar diversidad de fuentes, lamentablemente me encontré con que Leonardo Bruni, escritor y político estimado en su tiempo, está hoy casi en el olvido. Sin lugar a duda, el que un autor haya tenido gran éxito en vida no le garantiza seguir siendo valorado en el futuro; esto se comprueba porque los estudios que versan sobre Leonardo Bruni en español son escasos; de igual manera, son pocas las obras de este autor que han sido traducidas a nuestra lengua. Tengo la esperanza de que este trabajo ayude a la difusión y recuperación de su estudio.

La necesidad de recurrir a esquemas historiográficos para contextualizar tanto al autor como a la obra me llevó a revisar los conceptos de Renacimiento y Humanismo. En un primer momento, pensé que sería una tarea fácil y que dichos conceptos, por comunes, seguramente debían tener una definición técnica casi unánime ente los historiadores. Pero no fue el caso: no existe un libro consagrado por completo, ni un autor indiscutible al cual dirigirse; no hay consenso entre los eruditos, aún hoy, sobre los conceptos de Renacimiento y Humanismo. Mucha tinta sigue corriendo en el intento de esclarecerlos.

Tras la finalización del trabajo, quedo convencido de que el *De studiis et litteris* representa un documento vigente, actual y de gran utilidad para los estudiosos de las letras latinas. El tratado posee una practicidad de aplicación inmediata, si se decide seguir los preceptos de Bruni tras su lectura, pero también

serviría para la confección ulterior no sólo de un curso, sino inclusive de un plan completo de estudios superiores. Sin duda, sería tiempo bien invertido si alguien decidiera embarcarse en tal tarea.

En este aspecto, el *De studiis* representa una doctrina literaria completa y tiene un fin bien pensado, más allá de adquirir conocimientos enciclopédicos: la obra nos ofrece un objetivo y un medio para nuestro acercamiento a la literatura. El objetivo de Bruni era comunicar cómo alcanzar la erudición completa y genuina; en términos modernos podríamos moldear este objetivo y decir que buscarnos aguzar nuestro ingenio, dar orden a nuestro pensamiento y, en general, mejorar nuestra inteligencia. El medio para ello es el estudio de la literatura latina, primero para aprender a escribir y luego para adquirir conocimientos importantes, ambos subtítulos con la prescripción detallada de cuáles son los autores idóneos para nuestros fines.

Otra reflexión que me deja la obra es la importancia del buen estilo, y el ánimo de procurarlo que le infunde al lector. Así, el *De studiis* nos recuerda un fenómeno ya bien conocido por nosotros: cuando leemos buena literatura no sólo aprendemos lo que expone el autor, sino que, de paso, obtenemos una cátedra de estilo y buena escritura. Si un tema vano, expuesto bella y artesanalmente, ya se vuelve digno de admiración, cuánto más un tema importante que por sí mismo ya nos habría deleitado. El recordatorio de la imitación de lo bien hecho y la búsqueda de la belleza literaria aún en nuestras producciones expositivas nunca es dañino, ni se vuelve innecesario.

Finalmente, creo que el precepto más importante con que me quedo del *De studiis et litteris* es también el más obvio: conjugar una buena técnica de escribir con un contenido apropiado es fundamental para el éxito de una producción literaria. Precepto que, sin duda, es más que sabido por quienes se dedican a los estudios clásicos; pero la belleza y la claridad con la que lo expone Bruni, además del cariño que he puesto en este trabajo, lo han dejado grabado en mi mente de manera indiscutible.

## **Bibliografía consultada**

Antonetti, Pierre. *Historia de Florencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Argullol, Rafael. *El quattrocento*. Barcelona: Montesinos, 1988.

Basilio de Cesarea. *A los jóvenes: cómo sacar provecho de la literatura griega*. Madrid: Ciudad Nueva, 2011. Archivo Electrónico

Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. México: Porrúa, 1984.

Burke, Peter. *El Renacimiento*. Barcelona: Crítica, 1993.

Cannon, Mary Agnes. *The education of women during the Renaissance*. Washington: National Capital Press, 1916. Archivo electrónico.

Cicerón. *Sobre el orador*. Madrid: Gredos, 2002.

Colomer, Eusebi. *Movimientos de renovación: Humanismo y Renacimiento*. Madrid: Akal, 1997.

Cox, Virginia. "Leonardo Bruni on Women and Rhetoric: De studiis et litteris Revisited". *Rhetorica*, Vol. XXVII, Issue 1, pp. 47–75. Archivo electrónico.

Delumeau, Jean. *La civilización del Renacimiento*. Barcelona: Juventud, 1977.

Garín, Eugenio. *El Renacimiento Italiano*. Barcelona: Ariel, 2012.

González González, Enrique. "Hacia una definición del término Humanismo".  
*Estudis*, vol. 15, pp. 45-66. Archivo electrónico.

Gramsci, Antonio. *El Risorgimento*. México: Juan Pablos, 1986

Grendler, Paul F., ed. *Encyclopedia of the Renaissance*. New York: Charles  
Scribners & Sons, 1999.

Hankins, James. "The dates of Leonardi Bruni's later Works (1437-1443)". *Studi  
medievali e umanistici*, V/VI (2007-2008), pp. 11-50. Archivo electrónico.

Header, Harry. *A short history of Italy*. Birkenhead: Cambridge University Press,  
1963.

Horacio. *Arte poética*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas,  
2002.

Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza, 1982.

Huizinga, Johan. "El problema del Renacimiento". En: *El concepto de la Historia y  
otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.

Jiménez San Cristóbal, Montserrat. "Del latín al vernáculo: la difusión manuscrita  
de la obra de Leonardo Bruni en la Castilla del siglo XV". *Revista de  
literatura medieval*, xxiii (2011), pp. 179-193. Archivo electrónico.

Jiménez San Cristóbal, Montserrat. *El Isagogicon moralis disciplinae de Leonardo  
Bruni y sus versiones castellanas: Edición y estudio*. Tesis doctoral en

formato digital. Madrid: Universidad Complutense, 2010. 28 de abril de 2016  
(<http://eprints.ucm.es/10604/1/T31570.pdf>).

Kaegi, Werner. *Prólogo*. En: Burckhardt, Jacob. *La cultura del renacimiento en Italia*. México: Porrúa, 1984.

Kallendorf, Craig W. *Humanist Educational Treatises*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

Kraye, Jill. *Introducción al Humanismo Renacentista*. Madrid: Cambridge University Press, 1998.

Mallet, Michael. *Politics and Society*. En Holmes, George. *The Oxford illustrated History of Italy*. Florence: Oxford University Press, 1997.

Mann, Nicholas. "Orígenes del Humanismo." En Kraye, Jill, ed. *Introducción al humanismo renacentista*. Impreso en España: Cambridge University Press, 1998

Morrás, María, selec. y trad. *Manifiestos del humanismo*. Barcelona: Península, 2000.

Pérez González, Maurilio. "Leonardo Bruni y su tratado *De interpretatione recta*". *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, nº 8, pp. 193-233. Servicio de Publicaciones UCM. Madrid, 1995. Archivo electrónico.

Plutarco. *Cómo debe el joven escuchar la poesía*. En *Obras morales y de costumbres I*. Madrid: Gredos, 1992. Pp. 83-158.

Puledda, Salvatore. *Interpretaciones del Humanismo*. México: Plaza y Valdés, 1996.

Quintiliano. *Instituciones oratorias*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004. Archivo Electrónico.

Rico, Francisco. *El sueño del humanismo*. Barcelona: Destino, 2002.

Romero, Eladio. *Breve historia de los Medici*. Madrid: Nowtilus, 2015.

Ropero Berzosa, Alfonso, ed. *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*. Barcelona: CLIE, 2013.

Santidrián, Pedro, selec. y trad. *Humanismo y Renacimiento*. Madrid: Alianza, 2007.

Symonds, John A. *El Renacimiento en Italia*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Waley, Daniel. *Las ciudades-república italianas*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969.

Woodward, William Harrison. *Vittorino da Feltre and other humanist educators: essays and versions*. Cambridge: Cambridge University Press, 1897. Archivo electrónico.